LEYENDAS NACIONALES

POR

DON SALVADOR SANFUENTES.

1885

SANTIAGO DE CHILE.

SE VENDE EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE LA REPÚBLICA.

ÍNDICE.

Pájina

El Campanario 1

Inámi o la laguna de Ranco 87

El Bandido 215

EL CAMPANARIO.

LEYENDA NACIONAL EN TRES CANTOS.

PRÓLOGO.

Grave asunto es escribir
Para el público un poema:
Cosa dificil un tema
Que a todos guste, elejir.

Unos lo serio prefieren,
Otros aman lo jocoso,
Estos estilo pomposo,
Aquellos humilde quieren.

Yo que acometer intento
Empresa de tanto azar,
Casi siento al empezar,
Sucumbir mi atrevimiento.

Porque sé que para el chiste
Vale bien poco mi musa,
I casi siempre confusa
A encumbrarse se resiste.

De llorar se cansa a veces,
I de describir pasiones,
I entre sus inspiraciones
Vierte a menudo sandeces.

Pero sé tambien, Chilenos,
Que si nunca comenzamos,
Campo vastísimo damos,
A los dicterios ajenos.

Ya sabeis lo que nos dice
Un periódico perverso,
Que no ha producido un verso
Nuestro caletre infelice;

A pesar que nuestro hermano
Mas estrofas ha medido,
Que lagrimones vertido
Por el monte i por el llano.

Sabeis tambien que induljentes
Serán con nuestros ensayos
Ciertos benéficos ayos
Que quieren hacernos jentes.

¿Qué tememos, compatriotas,
Con tan franco pasaporte?
Ea ¡que no hai quien nos corte,
Ni diga: «Callad idiotas!»

Si no sabemos hablar,
Inventemos un lenguaje;
Todo lo vence el coraje,
I se trata de empezar.

Por mi parte, he de deciros
Que aunque sé que nada valgo,
A vuestra cabeza salgo
Deseoso de redimiros

De ese temor que encadena
Vuestras mentes embotadas
Por reglas ya desterradas
Del recinto de Hipocrena.

¿No somos libres hoi dia?
¿No hemos hecho mil pedazos
Los ignominiosos lazos
De la hispana monarquía!

I formando a nuestro modo
Un gobierno democrático,
¿No hemos con grito simpático
Dicho que el pueblo lo es todo?

Pues ¿por qué en literatura
Sufrimos un yugo exótico,
I ese vestijio despótico
Entre nosotros aun dura?

¡Vamos, vamos! que es en suma
Preciso ser consecuentes,
I hacernos independientes
Con la espada i con la pluma.

Escribamos sin preceptos,
Cuanto a las mientes nos venga,
I ninguno se detenga
A meditar sus conceptos.

Si le falta el consonante,
En el sitio requerido,
Hágase el desentendido,
I continúe adelante.

Ni mida con mucho empeño
Los versos que vaya echando,
Que en la tierra anda alternando
Lo grande con lo pequeño.

Con nuestra facilidad
La prensa jemir hagamos,
I entre tanto repitamos:
«Que viva la libertad!»

Si os parece estrafalario.
Compatriotas, tal consejo,
Con vuestro capricho os dejo;
Ya yo soi su partidario.

I hoi permito a rienda suelta
Divagar mi pensamiento,
I una historia os presento
En difícil metro envuelta.

Si os gusta, tanto mejor:
Si os desagrada, acabóse;
Mas de un poeta llevóse
Un chasco mucho peor.

CANTO PRIMERO.

Cuando el siglo diez i ocho promediaba,
Cierto Marques vivia en nuestro suelo,
Que las ideas i usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo:
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo:
Viejo devoto i de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

I amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
O a Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiacion de casi todas
Las familias de Chile era perito,
I de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducia argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.

Nosotros hoi llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos;
Mas esto era frecuente en otros siglos.

I bien podia mi Marques sin mengua
Alarde hacer de pretension tan loca,
Porque él era mui rico, i ¿a qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista, i su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico,
Es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el Marques por el verano,
Ejerciendo en sus siervos i peones
La amplia jurisdiccion de un soberano;
I luego a los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Exento de molestias i pesares,
Tornaba con gran pompa a sus hogares.

I ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas i cohetes,
Ora una procesion con lujo vario
De arcos triunfales, música i pebetes,
De admiracion llenaba al vecindario,
I daba a las beatas i vejetes
Para conversacion fecundo tema,
En que ensalzaban su piedad estrema.

Como ningun quehacer le daba prisa,
Dormia hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decian misa,
I tomaba despues su chocolate.

La comida a las doce era precisa,
I la siesta despues, i luego el mate,
I tras esto, por via de recreo,
Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, i si del templo
Llama a Escuela de Cristo el campanario,
El Marques i los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hai distribucion, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
I luego ir a palacio dilijente,
Para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
I vuelto a su mansion, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
I viniéndole el sueño dulce i blando,
A las once el Marques se halla roncando

Tenia este dichoso personaje
Un hijo i una hija; i al primero,
Por no hacer una injuria a su linaje,
Solo de paso describir yo quiero;
Leia no mui bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacia
Garabatos sin lei ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
Que aprendiese a Nebrija de muchacho;
Pero en llegando a *quis vel qui* estancóse,
Sin poder dijerir aquel empacho.

Al fin su sabio preceptor cansóse,
I recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas i domando potros.

¡Valientes ejercicios! a los cuales
Se aficionó bien pronto a tal estremo,
Que el andar en rodeos de animales
Era su dicha i su placer supremo.
Con tal educacion, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme a la ciudad venia,
En sociedad ridículo seria.

Error ¡solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atencion jeneral i el rendimiento
De su persona en rededor volaba:
El mismo sexo hermoso; qué portento!
Con su conversacion se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera,
Que de pechadas, lazos, i carrera.

Tanto es lo que valia i lo que vale
Ser hijo de Marques! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Mui prolongado, i al lector aburro.
Así, evitando que mi esplin se exhale
En duras voces, a pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto,
De tener un hermano mas despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterar diez i ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mí me gusta
Como a Lord Byron la mujer que es alta;

I no se tache esta opinion de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese jentil i seductor donaire,
De que habla aquel proverbio: *amor es aire.*

Su delicado talle es tan esbelto,
Que sin duda las Gracias le han formado:
Breve es su planta, su ademan resuelto,
I su seno gracioso i abultado:
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,
Ver en todo su cuerpo me imajino,
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color oscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
I su mirada al corazon mas duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, i un si es no es henchida,
En que los signos del talento lucen,
Boca pequeña i a la vez pulida,
Donde las perlas i el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroinas,
Son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
I hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;

Mas su despejo i su vigor son tales,
Que a tener el mas leve pulimento,
Daria en profusion rico tributo
De sazonado i esquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
Poco servian tan brillantes dotes,
I era en las niñas escesivo ornato
El saber algo mas que hacer palotes:
Coser, bordar y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotes
Donde raros prodijios se injirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

I si Leonor tenia letra hermosa,
Era porque copiaba de contino
Novenas que su madre relijiosa
Juzgaba flores del amor divino;
I siempre que ocurria alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente,
Hacian de Leonor su confidente.

Un viejo motilon que era mui diestro
En tocar en el órgano una misa,
I con su canto lúgubre i siniestro
Causaba a veces a los niños risa,
Fué de clave i de canto su maestro,
I si bien la enseñanza anduvo a prisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilon gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino a Condes i Marqueses;
Jente de estado llano no se admite,
Sino por grande precision a veces.

El padre confesor hace en desquite
Mas de veinte visitas en dos meses,
I siempre su persona gorda i santa
A la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
Son sus discursos fáciles i amenos,
I al mismo tiempo que consejos dicta,
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.
I sobre todo su elocuencia invicta
Parece despedir rayos i truenos,
Cuando por blanco de su arenga toma
A los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del Marques, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa
Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo solo el minuet lícita danza,
E invencion infernal la contradanza.

En los dias tambien de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
I mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

I a las diez de la noche cada uno
Se retire a su casa sin desvelo,
Que el pasar de esta hora es importuno,
I anuncia planes que reprueba el cielo.

Yo estoi con este padre: yo me aduno
A los consejos de su santo celo,
I al ver tal mutacion en años pocos,
Esclamo: «O *tempora corrupta* ¡O locos!»

Vivió Leonor tranquila i satisfecha
En tan mística vida algunos años.
A pesar que ha llegado ya a la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
I en que la niña a la virtud mas hecha,
Por mas que la refiera desengaños,
Empieza a desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud, gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
I apartando los ojos, ai! suspira:
Ama a los niños con ardor vehemente,
I su inocencia encantadora admira:
Se vuelve hácia un espejo, i se alboroza
Al notar con rubor que es buena moza.

I luego va a mirar si está el zapato
Ajustado a su pié; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
I abre i cierra con gracia el abanico;
Se hace de crespos un pomposo ornato,
I ufana se acomoda el sombrerico:
I al fin despues de ajitacion tan viva,
Viene a quedarse mustia i pensativa.

Mas Leonor no ama aún: nó, quien lo crea
Se engañará por cierto; ella conoce
De Condes i Marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;

I por mas bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
E imbuida en las ideas de su rango,
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algun encanto,
Para ser mas completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfeccion, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamas des que confiesa,
I que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
I de un sabio frances sigo el aviso,
Pues que se amolda a mi esperiencia en todo.
Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que a mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla,
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

I prueba con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna a cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega a querer, de veras ama;
I las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes a estinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
I si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razon que es mujer fuerte.

Figúrese el lector que ya está cerca
El dia del Marques, que de su inerte
Reposo él sale, i quiere que haya boda(*)
A que se invite la nobleza toda.

Brillando como el dia los salones
Me imajino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones,
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
I portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje.
Con ricos i plegados faldellines
I lijeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas i rubines,
El bordado de plata i el encaje
Con que su lujo i su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete,
I de grandes señores rodeado,
Preséntase el Marques con mas copete
Que si fuera un monarca coronado:
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
I se ha puesto a escuchar como indeciso.

(*) La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier funcion doméstica. En este sentido se toma aquí.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
I si un leve rumor, cualquier murmullo
Hiere su oido, que se encuentra en guarda,
Con dulce sobresalto se detiene,
Creyendo ya que su Escelencia viene.

Ultimamente un ruido no engañoso
De coche i de caballos se percibe:
«El Presidente!» grita sonoroso
Clamor al punto, i el Marques revive.
Con los demas señores presuroso
Se precipita hácia el zaguan, recibe
En él al noble amigo, i mui ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salon do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga i comitiva,
Hacen con pompa i majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia i de estatura algo elevada,
Cortés, afable, i amador de gloria,
Segun le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
I popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño,
Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indíjenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, i rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto
La vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
Lucida escolta de oficiales viene,
Jóvenes, viejos, i de edad mediana,
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Jóven gallardo, que en su aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece,
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si a un estrado por ventura asoma,
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De estrema ajilidad su cuerpo bello,
I su conversacion llena de hechizo.
Un clásico poeta al conocello,
Diria pronto que el amor lo hizo,
A fin de que las damas insensibles,
Aprendiesen a ser mas accesibles.

Tal fué el jóven a quien el Presidente,
Luego que se sentó llamó a su lado;
I al marques que le asiste dilijente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: «Amigo mio, este valiente
»Jóven, que siempre como a hijo he amado,
»Es el ilustre capitan Eulojio,
»De que os hablé mil veces con elojio.

»Es el que me ha sacado del barranco
»En que he estado metido sin remedio
»I derrotando al fiero *Curiñanco*,
»Libró a *Cabrito* de su duro asedio.
»En vano de mil tiros se hizo el blanco,
»Rompiendo con sus bravos por el medio
»Del ejército infiel que a Angól cercaba,
»Pues su próspera suerte le guardaba

»Para honor de su patria. Bien merece
»Que le titule Salvador la España.
»¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
»A nuestra imitacion tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, i se enternece,
Ocasionando admiracion estraña
Con su tierno discurso laudatorio,
A todo el nobilísimo auditorio.

La vista jeneral clavóse al punto
En el jóven así favorecido,
I todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulojio entretanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
I no hallando espresion que satisfaga,
Con cortesias respondió a Gonzaga.

Tambien le hizo el Marques gran agasajo,
Aunque fué mas forzado que sincero,
Porque al momento a su memoria trajo
Que Eulojio no era un noble caballero;
I aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podia citar mas de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzon modesto
Por la falsa afeccion que le mostraba
I de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
No sé que cosa en su interior notaba
Que daba a sus ideas raro jiro;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

I a una amiga de su íntima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo:
«Lástima es que ese jóven de esperanza
»No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respueta fué maligna chanza,
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
I con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un jesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroina
Llenó al concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,
I nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia espresion, cual la cantata
Qne aquí voi a copiar i la retrata.

«Corren mis dias en perfecta calma:
No halla el camino de mi pecho amor,
I de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.
Nó, no se han hecho para mí sus penas,
Libre me veo entre cautivas mil,
Ni quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.
Dicen que suele ocasionar mil bienes,
Que amor es fuente de inmortal placer;

Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.
Una pastora conocí que amaba
A un pastorcillo con estremo ardor,
I a la inocente el seductor juraba
Sincero amor.
¡Mas ai! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frio ante sus pies jemir,
I otro consuelo no quedó a la amante
Que el de morir.
La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasion traidora
Me salvará.
I como el ave que la red burlando,
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel,
Yo que orgullosa de desprecios huyo,
Yo que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡o amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro i repetido,
Cuando esclamó Gonzaga: «Pues ahora
»Una guitarra para Eulojio pido.
»No solo la natura bienhechora
»La prenda del valor le ha concedido,
»Que mostrandóle pródiga su afecto,
»Le ha formado tambien galan perfecto.

»Vamos, Eulojio, vamos! Tus canciones
»Distrajeron mil veces mis fatigas,
»Cuando en pos de contrarios escuadrones
»Corríamos las tierras enemigas.

»Osténtanos, pues, hoi tus perfecciones,
»I que el digno Marques i las amigas
»Nobles y bellas que a su fiesta asisten,
»De tus talentos a juzgar se alisten.»

A tal invitacion, de rubor lleno,
El mancebo jentil quiso escusarse;
Pero ningun pretesto se halló bueno,
I le fué necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, segun malas lenguas refirieron,
Para aquel caso improvisados fueron.

«Laura hermosa cual la estrella
Que precede a la mañana,
Vive sola i mui ufana
Con su dulce libertad.
Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado,
Pero ya se han ausentado,
Maldiciendo su impiedad.
Con afecto mas sincero
A sus piés llega otro amante,
I asi pinta sollozante
A Laura su padecer:
«Influjo del hado fiero
Me fuerza a amarte, bien mio,
Ni pendió de mi albedrío
El dejarte de querer.
«Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor, riqueza;
Sé tambien que tu belleza
Sus presentes despreció.
«En hora fatal nacido,
Sin fortuna i sin honores,

Para obtener tus favores
¿Qué puedo ofrecerte yo?
«Solo un corazon poseo
Que te adora apasionado,
I únicamente a tu lado
La vida podrá sufrir.
«Complacerte es su deseo,
I como por tí respira,
Si compasion no te inspira,
Su solo anhelo es morir.
«A tí dictar mi sentencia,
Vida mia, corresponde,»
Laura entonces le responde
«La libertad es mi bien,
Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás tambien,»
Desprecio tan rigoroso
Sufrir no pudo el amante,
I ante Laura al mismo instante
De sentimiento espiró.
«Vive para ser mi esposo!»
Clamó Laura arrepentida;
Pero el cuerpo ya sin vida
Sus palabras no escuchó.»

El que vagando en una fértil vega
A orillas de un arroyo entre el carrizo,
Oye al nevado cisne qne desplega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca a sentir las impresiones llega
Con que a Leonor enternecerse hizo
En delicioso inesprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algun sueño
De los que habian su niñez mecido,
Aquel acento dulce i halagüeño
Escuchado por ella habia sido,
Que la llamaba: *mi querido dueño*,
I se quejaba triste i dolorido
De la frialdad e indiferencia dura
Con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo i palpitante
Su mente absorbe, i en estatua muda
La deja convertida al mismo instante
Que un palmoteo al capitan saluda.
La amiga que la observa vijilante,
Le dice «Ola! Leonor ¿qué es lo que anuda
»Al presente tu voz? ¿No te entusiasma
»Esta linda cancion que a todos pasma?»

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causon padece,
Responde la doncella: «el trance amargo
«Del desdichado amante me enternece!»
La amiga sonriose, i aunque largo
Espacio a nuevas chanza se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
I al oficial tomando de la mano,
Le llevó hácia Leonor, i con atento
Ademan i lenguaje cortesano,
«Señorita, le dice, mucho siento
»No verme ya tan ájil i lozano
»Como en los dias de mi edad primera,
»Pues danzar un minué con vos quisiera.

«Mas como impropio de mi edad reputo
»Ofrecerme yo a vos por compañero,
»Os presento en Eulojio un sustituto,
»Que vos gustosa aceptareis espero.»
La jóven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
I siguiendo al mancebo afortunado,
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
Enlazadas las manos avanzaron,
I luego en movimientos elegantes,
I graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos espresivos i brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
I el carmin de sus rostros encendióse,
I aun en sus pasos turbacion notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
I aéreos ademanes parecia
Aparicion celeste i luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiracion algo anhelosa
En su ajitado seno se veia,
I cierta languidez que cunde en ella,
La hace mostrarse cada vez mas bella.

I cuando a fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos a acercarse,
I sus dos manos en union sintieron,
I sus piés mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse,
Es solo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre a los humanos.

Nunca habia bailado con mas gusto
Mi heroina un minué, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto,
Que aplausos repetidos no le diese:
Solo el Marques sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese,
Mas su enojo no osó salir al labio,
Que ofender al amigo temió sabio.

CANTO SEGUNDO.

Terminóse la fiesta, i el concurso
Se retiró a sus casas satisfecho:
La negra noche al promediar su curso,
Vió reposando a todos en el lecho,
Menos a dos, que dieran buen recurso
Para alargar mi canto un largo trecho,
Si quisiera pintar como violenta
De dos amantes la pasion se aumenta.

Pero no he de aburrir a los lectores
Con una relacion que ellos ya saben;
A falta de otros méritos mayores,
Por conciso deseo que me alaben.
¿Quién no ha tenido su época de amores?
¿Qué monstruo ha permitido que se acaben
Los dias de su dulce primavera,
Sin ablandar su corazon de fiera,

Para poder decirnos qué contento
Tan dulcemente triste es desvelarse
Vagando con la mente en seguimiento
De un objeto empeñado en alejarse,

Cuando torna mas bello a aproximarse,
I con sus ojos lánguidos nos mira,
I al escucharnos suspirar, suspira?
Que no bien le olvidamos un momento,

El está ahí: su andar es como un sueño
Que blandamente el corazon halaga;
El eco de su voz es un beleño
Que en celestial deleite nos embriaga:
Le vemos alargarnos halagüeño
Un brazo de marfil, su mano vaga
Sentimos como velo trasparente
Cariñosa pasar por nuestra frente.

Vamos a asir esa adorada mano,
I ¡cielos! como ambiente se desliza:
Fué toda una ilusion, un soplo vano,
Que la onda sosegada apenas riza.
Desvanecido nuestro error insano,
El destino que atroz nos tiraniza,
Tiende su brazo, i nos recuerda impío
Que nunca será cierto el desvarío!

Leonor i Eulojio como dos imanes
Mutuamente atraidos se quisieron,
En vano a aquella sus antiguos planes
De indiferencia avergonzar la hicieron:
En vano a su memoria los desmanes
De las malignas lenguas se ofrecieron,
Como incendio voraz su amor la abrasa,
I cuanto estorbo se le ofrece arrasa.

I si ella por acaso se estremece,
La oposicion paterna presumiendo,
I un mar de desventuras le parece
Que entre ella i su cariño está rujiendo,

Con nueva reaccion su audacia crece,
Una voz dulce i amorosa oyendo,
Que le dice: «Leonor, juntos vivamos,
O ambos a dos por nuestro amor muramos.»

Si al capitan en fin alcurnia ilustre
No le ha otorgado su infeliz destino,
¿No le dan sus hazañas mayor lustre
Qué a los nobles un vano pergamino?
¿Quien dirá que su casa se deslustre
Con un enlace tal, cuando el mas fino
El mas puro crisol sin duda alguna,
Las virtudes lo dan, no la fortuna?

Así la jóven infeliz se place
Alimentando su ominoso fuego,
I en deseos vehementes se deshace
Porque vuelva a su vista Eulojio luego.
Al fin el Presidente satisface
El anhelar de su cariño ciego,
I volvió a casa del Marques un dia
Trayendo al capitan por compañía.

¡Cuántas dulces miradas se cambiaron
Los amantes a falta de espresiones!
Cuán fervientes sus pechos palpitaron
Al contemplar sus mútuas perfecciones!
Dos ánjeles sin duda se juzgaron,
Enviados por Dios a estas rejiones
A fin de que su amor tan puro fuera
Como el azul de la celeste esfera.

Siguióse a esta visita otra visita
I muchas mas despues; i ya bien claro
Se vé que el Presidente solicita
Protejer el amor del jóven caro.

Ya la cruel locuacidad maldita
Que todo lo pondera sin reparo,
Va publicando por Santiago toda
Que Gonzaga va a hacer un gran boda.

La madre de Leonor fué la primera
Que pertrechada de senil malicia,
Penetró tal proyecto, i considera
Que al Marques debe darle esta noticia.
Incrédulo al principio se exaspera
El magnate, i culpando la estulticia
De su esposa, le dice con enfado
Que solo presumirlo es un pecado.

Mas la Marquesa aduce pruebas tales
A fin de demostrar que razon tiene,
Que apartando a sus ojos los cendales,
El buen Marques a convencerse viene;
I con el fin de precaver fatales
Resultados tal vez, no se detiene
En jurar que a Gonzaga dirá recio,
«Si ha podido tenerle por un necio;»

«I esperar que él consienta en un enlace
Que cubriera de oprobio a su ascendencia?
Que la alta injuria que con esto hace
A su amistad, le agota la paciencia» —
Esta resolucion no satisface
A la astuta matrona, i su prudencia
Halla que es necesario ver un modo
De conseguirlo sin peligro todo —

Despues que largas horas discurrieron
Sobre un asunto de interes tan grande.
Los dos con sabio acuerdo resolvieron
Que a Leonor esconderse se le mande:

Diferentes escusas previnieron
Para cuando Gonzaga la demande,
I a ella misma dirán que en caso urjente,
Con desprecios despida al pretendiente.

Mas por fortuna de la amante triste
La ocasion no llegó de que le fuera
Con el rigor que un hijo no resiste,
Intimada una órden tan severa.
De síntomas crueles se reviste
Mas cada vez el mal que en traicionera
Lentitud consumiendo va a Gonzaga,
I ya su vida al descubierto amaga.

Pronto le fué imposible del palacio
Salir a divertir su amarga pena,
I de su estancia en el estrecho espacio
Suspira en vano la llanura amena:
Su fuerza se estinguió; su cuerpo lacio,
Cual árbol majestuoso que condena
A perder su verdor larga sequía,
Perdió su robustez i lozanía.

I cual leve vapor que por el viento
Lentamente se exhala i se disuelve,
Dejando el corporal alojamiento,
El alma de Gonzaga al cielo vuelve.
A tan triste noticia en sentimiento
I luto i llanto la ciudad se envuelve,
Ponderando del muerto las bondades,
Con que supo captar las voluntades.

Despues que con gran pompa i aparato
Se le hicieron los últimos honores,
El fino Eulojio que ni un breve rato
Del lecho se apartó de sus dolores,

Volvió a entregarse al pensamiento grato
I esclusivo ya en él de sus amores.
I a buscar empezó con vano empeño
Quien le llevase a casa de su dueño.

Mas viendo al fin que nadie se le ofrece
A realizar su fervoroso anhelo,
I que un dia tras otro desparece
Sin brillarle esperanza de consuelo,
En su impaciencia loca le parece
Que debe sofocar todo recelo,
I armarse del valor que necesita
Para hacer por sí solo una visita.

Locura fué en verdad; pero locura
De las que amor inspira a cada paso
Al hombre de mas seso, si procura
Que su ardiente pasion no sufra atraso;
Mas la pena de Eulojio fué tan dura,
Que el cuento mio de moral no escaso
Será si la describo a mis lectores
Con todos sus perfiles i colores.

En el primer salon Leonor se encuentra
Cosiendo al lado de su madre, cuando
Con garboso ademan Eulojio entra,
Si bien interiormente tiritando.
Todo su esfuerzo militar concentra
El vencedor del infidente bando
Para hacer un bellísimo saludo;
Pero respuesta conseguir no pudo.

Sin hablar la Marquesa al fin le mira,
Mas con ceño tan ágrio, que bien puedo
Al del Ande igualarlo, cuando en ira
Furiosa brama i nos infunde miedo.

La sangre al corazon se le retira
A Eulojio, i desfallece su denuedo;
I aun yo no sé del infeliz qué fuera
Si Leonor a tal punto no le diera.

Una mirada, muda; pero escrito
Iba en ella un volúmen! amorosa
Cual la que a un hijo que se va proscrito
Da en el último adios madre llorosa:
Melancólica i triste como el grito
Que exhala un amador sobre la fosa
Del dueño que adoró; mirada ardiente
Cual la que echa a la patria un hijo ausente.

Con ella algun aliento recobrando,
Eulojio se desploma en un asiento,
Que no le han ofrecido, i balbuceando
Se esfuerza a pronunciar un cumplimiento.
Pero sin atender su dicho blando,
Cual si solo se hallase el aposento,
Regañando a Leonor, dijo la madre:
«¿Zurciste ese chaleco de tu padre?»

«Mira que corre prisa, niña floja!»
Difícil es que a comprender alcance
Del pobre Eulojio la fatal congoja
Quien no se haya encontrado en igual lance.
A veces imposible se le antoja
Que le tenga el destino en ese trance,
I piensa que todo es un sueño vano
Que ajita i turba su cerebro insano.

I ve que los objetos se oscurecen,
I se le van perdiendo en lontananza;
Pero tornan bien pronto, i resplandecen.
I la terrible realidad le alcanza.

Ya sus sentidos muertos desfallecen,
I ya el dolor con súbita pujanza
Le punza i hiere i le destroza el pecho,
Sin dejarle alentar un solo trecho.

Mira a los muebles i al callado muro
Creyendo que en su inmóvil apariencia
Van a dolerse de su horrendo apuro,
Pero los halla en fria indiferencia.
Imajínase al techo menos duro,
I levanta la vista ¡qué demencia!
Las grotescas figuras que allí estaban,
Riendo de su angustia, le burlaban.

Él hubiera querido que cayese,
En medio de este horrible parasismo,
El techo de la casa, o que se abriese
Bajo sus piés al punto un hondo abismo;
O a terminar su confusion viniese
El hacha fiera del verdugo mismo.
¡Vanos deseos de su mente ciega!
Todo consuelo a su dolor se niega.

I lo peor de todo es que ni tiene
Valor para marcharse en el momento,
Que una mano invisible le detiene,
Como ligado a un potro, en el asiento:
Si al fin a levantarse se previene,
Al punto le acobarda el pensamiento
De hacer una salida desairada,
Así no logra resolverse a nada.

Inmóvil, cabizbaja i silenciosa
Leonor tiene la vista en su costura,
Pero el llanto en los ojos le rebosa,
Revelando su pena i su amargura:

A veces su mejilla esplendorosa
La palidez de un muerto desfigura
I a veces arde tanto i se enrojece
Que en pura sangre prorrumpir parece.

I mas i mas se aumenta su congoja,
I aun se imajina desplomarse muerta,
Cuando ve que su madre ya se arroja
A emplear una burla mas abierta;
Que llama a la criada, i que se enoja
Porque ha poco dejó franca la puerta
Para que entrasen importunas jentes,
«Otra ocasion le romperá los dientes.»

No aguantó mas Eulojio, i al fin pudo
Su sombrero tomar i levantarse,
Hizo una inclinacion, i ciego i mudo
De aquel infierno consiguió escaparse.
Respondió la Marquesa a su saludo
Con un *Anda con Dios* que fué de helarse,
I la infeliz Leonor convulsa i yerta,
Cayó sobre la alfombra como muerta.

Faltan palabras a mi torpe pluma
Para poder pintar como debia
La horrenda confusion que a Eulojio abruma
Mientras a largo paso se desvia.
Como gusano vil se hallaba en suma
El mísero humillado, i aunque ardia
Cual nunca el sol en la mitad del cielo,
Sus miembros embargaba un frio hielo.

De espantosos ruidos su cabeza
I de crueles vértigos zumbaba,
I de una en otra idea sin fijeza
Su abrasado cerebro divagaba.

Inmensa se le hacia la largueza
De las calles que raudo atravesaba
Por llegar lo mas presto a sus umbrales,
I de los hombres esconder sus males.

Pues que tiene vergüenza el sin ventura
De cuantos a su paso se le ofrecen,
I aun los desconocidos se figura
Que al mirarle a la cara le escarnecen.
Al fin triste refujio a su amargura
Los muros yertos de su estancia ofrecen,
Donde apenas se vé, cuando convulso,
Es darse muerte su primer impulso.

Iba ya a preparar la fatal arma,
Cuando de pronto a su memoria vino
El llanto de Leonor, la triste alarma
Con que habia mirado su destino:
Este recuerdo su furor desarma,
I cambiando de acuerdo con mas tino,
Toma pluma i papel i entre borrones
A su amada dirije estos renglones:

«Nacido en humilde esfera,
Sin duda debí mirar
Que a tanta dicha aspirar
Escesivo arrojo era.
Mas ai! si la suerte fiera
Fué para Eulojio tan dura,
¿Podia yo por ventura
Obligar al pecho mio
A contemplar yerto i frio
Tu celestial hermosura?

I hacer que al asir tu mano
No retemblase la mia

Cuando en el baile te vía
Gala del aire liviano?
Por ventura dióme en vano
A mí el cielo un corazon?
¿Por qué cruel sinrazon
Cometo un delito horrible
Con mostrarme tan sensible
Como esos nobles lo son?

Mas dirán con altivez
Que pude en silencio amarte,
Pero mi amor declararte
Era mucha avilantez.
Yo preguntaré a mi vez
¿En qué les soi inferior?
¿Con qué hazañas de valor
Ellos la Patria han honrado,
Cuanta sangre han derramado
En los campos del honor?

I una simple ejecutoria
A ellos les da un derecho
Inasequible al que ha hecho
Tanto mérito a la gloria!
Ah! si al recorrer mi historia,
Leonor, mi modestia dejo,
Si con violencia me quejo,
Perdóneme tu alma pura,
Que en mi terrible amargura
Soi incapaz de consejo.

I estos son ayes postreros
Que exhala el que va a morir!
Voi de nuevo a combatir
Por los que me ultrajan fieros,
Por hacer mas placenteros

Sus gratos dias de calma.
Tan solo en la muerte el alma
Puede hallar algun consuelo.
Adios, Leonor, dete el cielo
De eterna dicha la palma!

A morir sin ser llorado
Voi en los campos do un dia
La esperanza me reia
De un porvenir fortunado.
No me pesa haber mirado
Mi ilusion desvanecida,
I si al dejar yo la vida
Algun tormento me asiste,
Solo es ignorar si fuiste
Culpable en mi despedida.»

Confiando sus quejas a esta carta,
Sintió lijero alivio el desdichado,
I ya solo procura hacer que parta
A poder del objeto idolatrado.
Una esclava por fin a quien él harta
De dones i promesas, se ha encargado
De entregarla a Leonor, i esta respuesta
Vino a calmar su ajitacion funesta:

«Despues de una larga lucha
Con mi deber, os contesto:
Bien sé que falto con esto
Al respeto paternal.
Pero con tanta injusticia
Por mi causa habeis sufrido,
Que teneis bien merecido
Este alivio a vuestro mal.

Seria crueldad estrema
Imajinar un momento

Que en aquel recibimiento
Pude tener parte yo.
¿Mis ojos no os anunciaron
Lo que el corazon sufria?
Pero qué remedio habia
Si una madre lo ordenó!

Si al despedirnos por siempre,
Aun pedis otro consuelo,
Pongo por testigo al cielo
Del voto que voi a hacer.
Ya que amaros me prohiben,
Jamas al menos mi mano
Será de ningun tirano
De esos que puedo querer.»

Eulojio leyó esta carta
I mil veces la leyó,
Dando besos repetidos
A la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron
Que su angustia mitigó,
Rocío que dió la vida
Al marchito corazon.
Vertió llanto de consuelo,
I aun a bendecir llegó
La hora fatal que le habia
Causado tanta afliccion,
Puesto que ella produjera
Alivio de tal dulzor.
Torna a escribir a su dueño,
I la piedad, la pasion,
Dejar de admitir sus cartas
No consienten a Leonor,
Con esta correspondencia
Crece su afecto veloz

Como la llama que activa
Fiero Norte volador:
De modo que ya no piensan
Sino en unirse los dos,
Del universo a despecho,
Sin reparo ni temor.
I queda al fin concertado
Que en la primer proporcion
Leonor dejará a sus padres
Por seguir a su amador.
¡Desgraciados que no advierten
Que son débiles los dos,
I se opone a su cariño
Un poderoso señor!

Llegóse el jueves de Semana Santa,
El sol en occidente se escondió,
I en un silencio lúgubre que espanta
Sumerjida Santiago se quedó.
A la luz del crepúsculo dudosa
Se vé de cuando en cuando atravesar
Por las calles la jente fervorosa,
Que camina, i no cesa de rezar.
Las mujeres envueltas en mantones,
Van hiriendo sus pechos con fervor
Al son de sus devotas oraciones;
I los hombres en traje de dolor.
Todos a pié, los ojos en el suelo,
I descubiertos, sin farol ni luz.
En largos grupos, implorando al cielo,
Van tras la enseña de una negra cruz.
Todas las puertas míranse cerradas,
No se vé luminaria ni candil:
Tan solo las iglesias alumbradas
Se hallan de antorchas funerales mil.

I se eleva en el ancho presbiterio
Un vasto monumento sepulcral:
Suena en el coro el místico salterio,
I del profeta el cántico ritual.

Parece que de repente
La ciudad se ha transformado
En panteon dilatado
Que han salido a recorrer

Las almas de los difuntos
Que habitan sus sepulturas,
Envueltas en vestiduras
Negras i horribles de ver.

I hácia los templos caminan
Con llorosas cantilenas
A pedir que de sus penas
Tenga el Señor compasion.

Entretanto no se siente
Rumor de campana alguna,
Mas la matraca importuna
Viene a aumentar la ilusion.

¿Veis de las gradas de ese augusto templo
Una solemne procesion bajar?
Por la vecina calle la contemplo
Sus alas misteriosas prolongar.

La flor de la nobleza va alumbrando,
I visten todos funeral capuz,
El aire levemente va ajitando
En cada diestra una ominosa luz.

Tristes los rostros, el andar tardío,
Como agobiado de mortal dolor,
Viene despues el escuadron sombrío
De los ministros santos del Señor.

Ora en hondo silencio se adelantan,
Ora de triste música al compas

Lúgubres himnos fervorosos cantan,
Con que la pompa se realza mas.
Sobre andas anchurosas imitados
Van los tormentos que en Sion cruel,
A fin de redimir nuestros pecados,
Sufrió Dios mismo a su promesa fiel.
Aquí con sus azotes los judíos
Remudándose están de dos en dos
Para romper i desgarrar impíos
El cuerpo santo donde habita un Dios.
I mas allá, del escuadron nefario
De sayones cercado va Jesus,
Sin fuerzas arrastrando hácia el calvario,
Sobre sus hombros la pesada cruz.
Viene luego la Vírjen congojosa,
La madre que, mirándole sufrir,
Parece al Padre Eterno lacrimosa
Por el cordero que olvidó, pedir.
En torno de las andas, ved! desnudos
A la mitad del cuerpo pecador,
Diversos penitentes marchan mudos
Lacerando sus carnes con furor,
Las sienes coronadas con espinas,
Ceñido el cuello de un cruel dogal,
Al golpe de aceradas disciplinas
Resurte un sanguinoso manantial.
Del pueblo que en reedor la marcha cierra
Miro la turba acrecentarse, hervir,
I en medio del asombro que la aterra,
De pesadumbre i compuncion jemir —

La procesion desemboca
A la plaza principal,
Do se agolpa de tal modo
Del pueblo el hirviente mar,

Que a los que mecen sus olas
Respiracion falta ya.
I en la terrible apretura
De aquel confuso ondular
Que envuelve de las tinieblas
El cobertor funeral,
Todos cuantos iban juntos
Divídense aquí i allá,
Buscando solo por donde
Escurrirse cada cual.
La marquesa entre el tumulto
Se halló por casualidad,
Que con Leonor asistia
A esta fiesta cuaresmal.
Largo rato, a pesar suyo,
Se ajitó en la tempestad,
Recibiendo aquí un pellizco,
Un empujon por allá;
I cuando al fin sin aliento
Logra del turbion salvar,
Recobrada ya del susto
I la congoja mortal,
Lo primero a que ella atiende
Es a ver en dónde está
Su prenda, que entre el tumulto
Se dejó tal vez atras.
Tiende en derredor la vista,
Pero ¡qué fatalidad!
A ninguna parte logra
Ni aun su sombra vislumbrar.
Perdida! esclama, i se vuelve,
Con un doloroso afan,
A mezclar en la apretura,
Sin temer la estrujen ya.
La llama, i solo responde

Del pueblo el sordo bramar;
Pregunta a todos por ella,
Nadie noticias le da.
I cansada de pesquisas,
Viendo que son por demas,
A su casa se dirije,
Diciendo: «Allí debe estar.
«Permitidlo así, Dios mio,
«I tened de mí piedad!»
A pesar de tanto abril
Que sobre sus miembros pesa,
Las calles rauda atraviesa
Como la brisa sutil.
Es su paso acelerado
Como el de Eulojio aquel dia,
Que hácia su mansion corria
Confundido i despechado.
Llega por fin, i pregunta
Con la congoja mas viva;
Mas al oir negativa
Cielo i tierra se le junta.
Nadie la ha visto volver,
Ni a darle noticia acierta,
I ella, sin Leonor, desierta
Su casa imajina ver.
«Salgan todos a buscarla!
»I que mi umbral nadie pise
»Sin que a lo menos me avise
»En dónde podré encontrarla.
«Llamen tambien al Marques» —
A este mandato imperioso,
Cada cual sale afanoso
Alas haciendo los pies.
Rejistran calles i plazas,
Templos i casas de amigas;

Pero ¡inútiles fatigas!
Que no encuentran ni las trazas.
Era ya la media noche,
I Leonor no parecia,
Aunque revuéltose habia
La ciudad a trochemoche.
El marques está furioso
I crece su rabia ciega
A cada nuncio que llega
Sin aviso venturoso,
«Torpes!» dice a sus esclavos,
«Vosotros teneis la culpa.»
I sin admitir disculpa,
Les da bofetones bravos.
Todos huyen de su vista,
Pues parece un tigre fiero
Que no espera carnicero
Sino hallar a quien embista. —
Noche fué de triste duelo
Esta en casa del Marques:
Todo es llorar: todo es
Alzar plegarias al cielo.
Pero en vano, pues la aurora
Siguiente i otras vinieron,
I las pesquisas siguieron,
Si saberse de Leonora.
Era ya una especie cierta
Que o fujitiva o robada
Andaba la hija adorada,
Mas con quién? nadie lo acierta.
Por fin, al declinar el cuarto dia,
Se logra vislumbrar una esperanza,
Sabiendo que una hermosa en compañía
De un bello jóven hácia el sur avanza.

Por las señas que da la lengua impía
Que la amante pareja a la venganza
Denuncia del Marques, claro se infiere
Que a Eulojio i a Leonor mostrarse quiere.

No bien llegó al magnate aqueste dato,
Cuando se apronta él mismo al seguimiento,
Pues para castigar tal desacato,
Fuera un delito malograr momento.
Veinte jinetes en un breve rato,
Provistos de un insólito armamento,
Parten veloces, i el Marques delante,
A quien Cosme acompaña en este instante. —

Desmantelada i pobre una capilla
En el centro de humilde poblacion
Con los destellos moribundos brilla
Que está en su ocaso despidiendo el sol.

Un solo altar ocupa su testero,
No luce el oro ni la plata en él,
A cada lado un pobre candelero
Se vé con lumbre vacilante arder.

La imájen de Jesus crucificado
Se eleva sobre tosco pedestal,
La Vírjen amorosa está a su lado
Con pecho herido i lacrimosa faz.

Hondo silencio en la capilla impera,
Sin que murmure su oracion un fiel,
I solo allí la brisa pasajera
Viene un lamento a introducir tal vez.

A su ruido el pájaro nocturno
Que en la bóveda encuentra habitacion,
Recuerda de su sueño taciturno,
I hace crujir su chilladora voz.

Entonces, ai! parece de la tumba
Del que halló su postrer morada allí,

Que una plegaria dolorosa zumba
Pidiendo alivio a su cruel sufrir.
Sólo está el templo, triste i silencioso;
Pero en su aspecto es fácil conocer
Que se prepara un acto relijioso . . .
Derrame Dios su bendicion sobre él!

Una puerta lateral
Se abre, i parece por ella
Eulojio: su faz destella
Un contento celestial.

Sin duda por mas decoro,
Va de uniforme vestido,
Que la púrpura ha teñido,
Dándole esmaltes el oro.

Mas de un premio de valor
Sobre el pecho está brillando,
I rica espada colgando
De un labrado ceñidor.

Por la mano de su amante
Sigue Leonor conducida,
De oscura tela vestida,
Con un manto rozagante.

Ella no lleva otro adorno
Que su hermosura hechicera,
Va suelta su cabellara
El cuello halagando en torno.

Tan turbada está la triste;
I su mirar es tan vago,
Que bien se vé que un aciago
Presentimiento la embiste.

Ni parece que hácia el ara
Viniera del himeneo,
Pues vacila como un reo
Que a su suplicio marchara.

No bien entra en el templo i se le ofrece
Delante el ara do va a ser su union,
Cuando tiemblan sus miembros, palidece,
I volviéndose atras, clama *¡Qué horror!*

Eulojio con dolor la reconviene
Por este inesplicable proceder,
Con que demuestra que a disgusto viene,
Cuando él un cielo ante sus ojos vé.

Ni por esto Leonor recobra aliento,
Antes parece su terror cundir,
I en dolorido funeral acento
Que al bronce ablandaria, dice asi:

«Perdona, Eulojio mio, soi culpable!
Por ti mi hogar paterno abandoné,
I sobre mí del cielo inexorable
El rayo se prepara a descender.» —

«Fantasmas de tu mente, dueño mio!
¿Crees que se oponga a nuestro afecto un Dios?
Él no es injusto como el mundo impío,
I él nos va a conceder su benedicion.» —

«Su bendicion! ¿No ves lo que yo veo?
¿Un féreto morturio allí no está?
¿No te hace estremecer aquel trofeo?
Ai ¡sácame de aquí — no puedo mas!»

Puso término a esta triste
I estraña conversacion
El cura que se presenta
Con los testigos en pos.

Al aspecto venerable
Del Ministro del Señor,
Leonor se esfuerza algun tanto
A ocultar su turbacion,

I ya está mi suerte echada!
Dice con siniestra voz,

I aunque trémula, se deja
Conducir por su amador.
Ya están delante del ara
Frente uno de otro los dos,
I el sacerdote en el medio,
Los testigos en reedor.
«Jurais, Eulojio, a la vista
Del divino Redentor,
Pura fé i eterno afecto
A la que se halla ante vos?»
«Sí juro» sin detenerse,
Alegre Eulojio esclamó. —
«¿Y vos, señora, jurais
Que siempre en el corazon
Eulojio el último objeto
Ha de ser de vuestro amor?»

Antes de que la jóven respondiera,
Sordo ruido resonó remoto,
Como si aproximándose viniera,
De asolacion preñado, el terremoto.

Es semejante el ruido que se escucha
Al que hace en medio de la noche umbría
Cuando asalta al redil con rabia mucha,
De hambrientos lobos la manada impía.

O al que a veces asusta a un delirante
Que en tormentosa convulsion perplejo,
Está viendo a la muerte a cada instante
Aproximar su fúnebre cortejo.

Suspensos quedan todos i aturdidos
Con este amago de terrible agüero,
I mas cuando perciben los sonidos
De voz furiosa i de enemigo acero.

Falta de aliento casi, hácia la entrada
Vuelve la vista la infeliz doncella,

I se siente de horror petrificada
Viendo a su padre aparecer por ella.
Diabólico mirar en el semblante
Desfigurado del Marques fulgura,
En su diestra una espada relumbrante
Al rayo vengador se me figura.
Sus vestidos están llenos de lodo
Cual si de largo viaje se apeara:
Ánjel de perdicion parece en todo,
Que al moribundo pecador se encara.
«Prendedlos!» grita al escuadron de siervos
Que auxiliar de sus iras trae consigo,
«No respeteis a nadie! Los protervos
«Segun su ofensa sufrirán castigo!»
A este mandato, cuyos ecos zumban
Por la capilla amenazando horrores,
Hácia el grupo indefenso se derrumban
Del Marques los armados servidores.
Leonor lanzando un grito doloroso,
Sobre el seno de Eulojio desfallece,
Marchita flor que al vendabal furioso
El tallo rinde, i sin sosten perece.
Cíñela su amador en tierno abrazo,
I aprestándose el solo a la defensa,
Juzga que ha de bastar su heróico brazo
Para triunfar de muchedumbre inmensa.
Ya en su diestra reluce el fuerte acero,
I ya amenaza en furibundo tono
Con muerte inevitable al que primero
Ose de cerca provocar su encono.
En vano el sacerdote se adelanta,
I en alta voz les pide consideren
Que es de Dios mismo la morada santa
La que sus iras profanar hoi quieren.

El bravo capitan, solo atendiendo
A rechazar el enemigo empuje,
Es fiera que a sus hijos defendiendo
La garra afila i los colmillos cruje.
Él sonrie de triunfo i de alegría
Viendo que llega la ocasion ansiada
De librar a Leonor de su agonía
O de morir en brazos de su amada.
Uno de los contrarios acercarse
Osó, impelido de indiscreto celo:
Del primer tajo Eulojio sin turbarse
Hizo rodar su brazo por el suelo.
I la sangre en hirvientes borbotones
Del mutilado miembro resaltando,
Hace ciar los bárbaros sayones
Que se acercaban con furor infando.
En vano el Marques les esclama
Que no abandonen su presa,
Pues la medrosa sorpresa
Hielo en sus venas derrama.
I todos temen hallar
La suerte del compañero
Que con grito lastimero
Hace el templo resonar.
El Marques que ya no alcanza
A moderar su impaciencia,
Ni tolera resistencia,
Hierro en mano él mismo avanza.
I así grita en su despecho:
«O viles! que en vano traje,
»Vereis si él tiene coraje
»Para herir tambien mi pecho!»
A esta voz cual si fuera la que un dia
Ha de llamar a juicio al pecador,

Del desmayo profundo en que yacia
Se vé volver a la infeliz Leonor.
Trémula, helada, respirando apenas,
I el triste rostro en palidez mortal,
Con las pupilas ¡ai! de llanto llenas,
Hermosa imájen de un dolor fatal,
De los brazos de Eulojio se desprende,
I avánzandose en medio, dice asi:
«Padre mio! yo soi quien os ofende,
»Yo la sola culpable: heridme a mí.
»Pero vos no dareis injusta muerte
»A aquel que solo por mi amor faltó.
»Ni vos, Eulojio, agravareis mi suerte,
»Amenazando al que el vivir me dió.
»Ya la sangre ha corrido!... Ai Dios! Mis ojos
»Tu templo santo reteñir la ven!
»Calmad, calmad, Dios mio, sus enojos,
»I un parricidio no sufrais tambien...»

Así diciendo, Leonora
Las manos al cielo alzaba,
Mientra el llanto destilaba
De su visa encantadora.
Sus labios en contraccion,
Arco trémulo formando,
Están sin hablar mostrando
Lo que sufre el corazon.
I al mirar aquel semblante
Tan bello i tan aflijido,
Sintiérase enternecido
Un corazon de diamante.
Contúvose el padre fiero,
De sí mismo avergonzado,
I dijo, casi ablandado:
«Que se rinda solo quiero!»

— «Que te rindas, Eulojio, ¿lo has oido?
Lo que no hizo el temor, hazlo por mí.
Nuestro destino adverso lo ha querido.
¿De qué aprovecha resistirle aquí?»

«Tú pudieras triunfar de tus contrarios:
A todo basta tu valor: lo sé.
Pero ¿qué sirven triunfos tan precarios,
Si el mundo en ellos mil delitos vé?»

«Tú me has visto seguirte al pié del ara
Para jurarte sempiterno ardor.
El cielo no dejó que yo acabara
Mi promesa, ¿quién vence su rigor?»

«Es forzoso ceder, Eulojio mio,
I no pugnar contra el torrente aun,
Si nuestro amor condenan como impío
El cielo i tierra en aversion comun...»

«Mas tú vacilas ¡ai! i aunque me sientes
Tu mano entre las mias estrechar,
I aunque miras mis lágrimas ardientes
Al son de mis jemidos resbalar.»

«Temes que el someterte mengua sea
Con que se manche tu luciente honor,
I en tu diestra irritado aun centellea
El ministro fatal de tu valor...»

«Ven a triunfar primero ante las aras
Oyendo el voto con que a tí me entrego,
I vé si todavia te preparas
A resistirte a mi doliente ruego.»

«O tú solo mortal a quien el alma
Adoró desde el punto en que te ví,
Tú cuya vista mis tormentos calma,
Sin el cual no hai contento para mí,

«Yo te juro a la faz del mundo entero,
Te juro en la presencia del Señor,

Que si me apartan de tu lado, muero,
Desde hoi es tuya la infeliz Leonor!» —

Oyendo tal juramento,
Ciego el Marques de furor,
Hácia su hija avanzaba
A partirle el corazon.
«Teneos! gritóle Eulojio
Con una imponente voz,
«Yo he triunfado... A vuesto turno
Vais a triunfar tambien vos.
No niego que os he ofendido,
Y aunque bien pudiera yo
Deciros que no hice en esto
Sino volver por mi honor,
Ni trato de disculparme,
Ni imploro vuestro perdon.
Yo sé mui bien lo que puedo
Esperar de un gran señor.
Ahí teneis a vuestras plantas
El acero que me dió
Mas glorias i mas nobleza
Que vuestra alcurnia os dió a vos,
El que me habia hecho digno
De un tratamiento mejor,
Si al mundo no avasallara
Injusta preocupacion.
Haced de mí a vuestro antojo,
Vuestro prisionero soi,
I no me asustan venganzas
Que aun la muerte es un favor.
Solo por ella, tal vez....
Mas seria agravio atroz
Temer que, siendo su padre,
La negaseis su perdon!»

Dijo i su espada a los piés
Del Marques fiéro arrojó,
Para aguardar su destino
Con firme resignacion.
El padre injusto amarrarle
A sus siervos ordenó,
I lanzáronse a él los viles,
Como se lanza al leon
Desangrado, la caterva
Que ante su saña tembló.
Ni una queja virtió Eulojio
Ni muestra dió de dolor.
Mientras las manos le ataban
Sin respeto o compasion.
Solo cuando vió al Marques
El brazo asir de Leonor,
I apretarlo i sacudirlo
Con violencia tan atroz,
Que la hizo exhalar un ai!
Al impulso del dolor,
Solo entonces un suspiro
Salió de su corazon.
I en su párpado agobiado
Una lágrima asomó.

Cura, testigos i amantes,
En prisionero convoi,
Salieron, cercados todos
Del Marques i su escuadron.
Por un momento sus pasos
Irse alejando se oyó:
I el templo solo quedó.

CANTO TERCERO.

Cielos! venir al mundo! ¿I qué es el mundo?
Los sabios le han llamado justamente
El valle de dolor, i me confundo
A ver que el hombre abandonarlo siente.
Solo el Criador con su saber profundo
Pudo hacernos amar tan locamente
Esta mansion en que sufrimos tanto.
Pagando con mil penas un encanto!

Hombre indolente, acercate! en tus labios
Olea blandamente la sonrisa,
I en tu perpetuo gozo ni aun resabios
De antiguos duelos el comun divisa;
Mas dime si reputas como sabios
A aquellos que observándote de prisa,
Propalan que jamas angustia sientes?

I sostendré que apenas comenzaba
Tu espíritu infantil a abrir los ojos,
Del mundo en el jardin ya contemplaba
De trecho en trecho jerminar abrojos;
I aunque tu sol en su zenit brillaba,
En tu horizonte nubarrones rojos,
Cual sombras aterrantes parecian,
Que enlutar su esplendor fieras querian.

Pero corriendo tus felices años,
Se iba aumentando mas la sombra densa,
Llegando entre terribles desengaños
Tal vez a hundirte en lobreguez inmensa,
I entonces para alivio de tus daños
Ibas buscando por la niebla estensa
Un astro que guiase tu camino,
I ese era el rostro de tu amor divino.

Mas, ai! lejos de hallar en su mirada
La dulce compasion de tu amargura,
Veíasla quizá tibia i helada
Reir, i de tu propia desventura
Hacer alarde... ¿Tu alma desperada
No deseó en tan triste coyuntura
Que no fuese un delito tan villano
Darse la muerte por su propia mano?

Tú jemiste en silencio, i aun llegaste
A fuerza de dolor i de despecho
A triunfar de tu suerte: en el contraste
Bronce insensible se volvió tu pecho,
Así como no hai tósigo que baste
A privar de la vida al que se ha hecho
Larga habitud de su terrible prueba,
I es vano ya que en profusion lo beba.

I tu presente risa es ironía,
Una ironía amarga, engañadora,
Porque bien sabes que en la tierra impía
No encuentra simpatías el que llora.
Tienes razon! Fuerza es que el hombre ria
Mientras en la alta habitacion no mora,
Donde a su Dios con dudas mil no ofenda...
— Volvamos entretanto a la leyenda.

Que voi a describir en tosco estilo
Una sesion de la Real Audencia,
I si en forense confusion me enhilo,
Benévolo el lector tendrá paciencia:
Si él es juez o letrado, que tranquilo
No tache mi labor de impertinencia:
Pinto el foro del siglo que pasó,
Porque el presente marcha *Comme il faut.*

Figurémos, pues, una gran sala
De bajo techo i polvorientos muros,
Cuyo alfombrado es una jerga rala,
Cuyos asientos son escaños duros:
Ostenta el arteson por rica gala
Pintada a la Justicia, que sus puros
Fallos consulta en imparcial balanza,
Armada del puñal de la venganza.

Bajo un dosel de oscuro terciopelo
Cinco oidores se ven encaramados
Sobre poltronas, con su faz de hielo
Grande nariz, cabellos empolvados:
Sendas golillas con erguido vuelo
Tienen, i en anchas togas sepultados,
Con pompa i majestad se contonean,
I sin cesar sus ojos pestañean.

Hai frente de ellos una mesa vasta
Que reviste de púrpura un tapete,
Al medio otra menor, donde se gasta
Del relator el triste sonsonete.
Fiero el marques, cuyo rencor no basta
A saciar el destierro ni el grillete,
I venganza mortal pide inhumano,
En pié se encuentra a la derecha mano.

Protéjele un doctor, cuya esperiencia
Merece a todos reverente aprecio,
Su persona es tan ancha cual su ciencia,
I para acusador no tiene precio.
Mas tan pagada se halla su conciencia
De su mérito propio, que de necio
Parece que tratara su insolente
Mirada a otro doctor que se halla enfrente.

El cual defiende al reo, i faz enjuta
Tiene, i cuerpo delgado como alambre,
Es diestro en embrollar una disputa,
I hacer de falsas citas un enjambre:
Pero el pueblo por sabio le reputa,
Porque empezando a hilar el largo estambre
De su difusa estrepitosa arenga,
No hai freno ya que su furor contenga.

Cerca de él está Eulojio: a la cintura
Lleva cadena que a sus pies desciende,
I sus manos tambien esposa dura
Con injusto rigor aprieta i hiende:
Está casi encubierta su figura,
Pues sobre el seno su cabeza pende,
Aunque la turba que le mira atenta,
No halla de palidez su faz exenta.

Si es cierto su dolor, si en desaliento
Se encuentra Eulojio, no es que le acobarde
Un secreto interior remordimiento,
O su sentencia con terror aguarde.
Pero hallarse en tan triste abatimiento!
Ver a su fiero acusador alarde
Hacer de la opresion en que le tiene!...
¿Por qué la muerte de una vez no viene?...

Luego que el escribano del proceso
La relacion monótona concluye,
El fiscal con razones de gran peso
Entabla su filípica, i arguye
Citando leyes en profuso esceso,
I mas de un escritor que mucho influye,
I exije al fin la muerte sin dispensa
Para el autor de tan horrible ofensa.

Pidió tras él el defensor permiso,
I dijo: «Es de alabar la sabia argucia
Con que mi contendor nada conciso
Casi a mi pobre parte desahucia;
Pero yo voi a darle un buen aviso,
I es qne las costas pagará su astucia:
Tan cierto me hallo de probar que Eulojio
Castigo no merece sino elojio.»

«*Primum!* La lei que el adversario cita
No es aplicable aquí sin que se fuerza
Su sentido, pues ella se limita
Al que roba muchachas por la fuerza.
Mirad a fojas treinta i tres escrita
La absolucion de Eulojio: allí se esfuerza
Leonor en inculcar que por su gusto
Dejó la casa de su padre injusto.»

»¿I quién dice fugas semejantes
Merezcan escarmiento? El griego, el godo,
I el persa i el frances qué hacian antes
Si los padres les daban con el codo?
¿Quién dirá que los Dioses son tunantes?
Pues jamas perdonaron ningun modo
De obtener del amor la dulce copa;
Dígalo el toro que arrebata a Europa.(*)

»Aun hoi mas: estos robos a menudo
Han producido imponderables bienes,
Naciendo de ellos un varon membrudo
Que en verde lauro coronó sus sienes.

(*) Alusion al robo de Europa por Júpiter en figura de toro.

I o tú, imponente Roma! yo no dudo
Que si mil pueblos a tus plantas tienes,
De las Sabinas lo debiste al robo!
Quien no lo confesase fuera un bobo.» (*)

Causó al principio risa mas que enojo
A los jueces discurso tan agudo,
Despues uno empezó a cerrar el ojo,
Otro un bostezo reprimir no pudo:
Escapóse un respingo al menos flojo,
I al que era mas alegre un estornudo,
I al fin i al cabo se durmió el Rejente,
Cansado ya de su papel de oyente.

Mas despertole Eulojio que abrasado
Como una grana levantando el rostro,
«Basta, señor!» le dijo a su letrado,
»Que tanta necedad ya yo no arrostro.
»Señores, continuó, yo que un soldado
»Solo he sido hasta aquí, cuando me postro
»A pediros de hablar justo permiso,
»No os pienso fastidiar: seré conciso.

«Toda mi desventura ha procedido
De haber amado con ardor estremo,
I de haberme la suerte concedido
Correspondencia de mi bien supremo:

(*) Por si alguno encontrase inverosímil este modo de argumentar del abogado de Eulojio, debo prevenir aquí que esta imitacion no hace mas que dar una idea mui remota de los discursos de aquellos tiempos. ¡Cualquiera que haya rejistrado algunas pájinas de los manuscritos sobre la historia del pais, que existen en nuestra Biblioteca, se habrá quedado asombrado de hallar que por lo menos sus dos terceras partes se pierden en digresiones i comparaciones fundadas sobre la historia antigua, i la Mitolojia.

Como hez inmunda en reluciente vaso,
Su baldon en un título escondieron
I porque así no quise yo ilustrarme
Pensais que sin temor podeis hollarme?»

«Si al padre de Leonor en vos no viese,
Marques, yo vuestro rostro escupiria...
Señores, perdonad que así se esprese
Mi dolor un instante. ¿No podia
Su rabia contentar que yo estuviese
Aquí aguardando la sentencia mia
Lleno de grillos e ignominia suma
Como al que un crímen horroroso abruma?»

«¿Era tambien preciso que el ultraje
Viniese a completar la obra inhumana,
I que en silencio vil yo ni el coraje
Tuviese de humillar su audacia insana?
Sacrílego asesino en su lenguaje
Furioso me ha llamado, i esta vana
Inculpacion es fuerza que confunda
Antes, o jueces, que en silencio me hunda.»

«Sangre en el templo derramó mi espada,
Mas fué por defenderme, fué, señores,
Por salvar a mi amante refujiada
Junto a mi corazon de sus furores.
Si vuestra alma no ha sido siempre helada
De la pasion mas tierna a los ardores,
Solo haré esta pregunta a vuestro pecho:
«En situacion igual ¿qué hubierais hecho?»

Así termina Eulojio, i el semblante
Volviendo a doblegar sobre su seno,
Sonaron sus cadenas un instante,
Luego quedó de movimiento ajeno.

El gran concurso que le oyó anhelante,
De entusiasmo i piedad a un tiempo lleno,
Alzó de aprobacion sordo murmullo,
Del Marques reprobando el fiero orgullo.

El cual quisiera hablar, i aun mas vehemente
Dar curso a la ira que su aliento exhala,
Pero la campanilla del Rejente
Sonó, mandando despejar la sala.
No fué largo el acuerdo, i nuevamente
Al reo que aguardaba en la antesala,
Entrar i arrodillarse le mandaron.
I así el injusto fallo le intimaron.

«Una doncella robasteis
Pura, noble i sin mancilla,
I una sagrada capilla
De sangre humana empapasteis.
Las leyes que quebrantasteis
Reo de muerte os reputan,
Mas vuestros jueces computan
Lo que a Chile habeis servido,
I en destierro indefinido
De este reino os lo conmutan.»

A ninguno esta sentencia
Pudo allí contento hacer,
I el pueblo dejó entender
A las claras su impaciencia.
Eulojio con ironía
Dió gracias al Tribunal,
I el Marques con infernal
Furia el labio se mordia.
Una mirada volcánica
A los jueces arrojó,

Su rostro desfiguró
Una sonrisa satánica.
I murmurando se fué:
«Si ellos en poco han tenido
»La ofensa que he recibido,
»Yo mismo la vengaré!»

Condujeron a Eulojio al triste encierro
De lóbrega mansion, de do debia,
Al primer rayo del siguiente dia,
El camino emprender de su destierro.
Allí, como en la tumba se sepulta
Cadáver yerto en impasible calma,
Frio ostentando su firmeza de alma,
El reo al vulgo observador se oculta.
Mas ai! cuando a la hora señalada
Los ministriles a sacarle entraron,
Sola i desierta le prision hallaron,
I su cadena en tierra destrozada.
Dan voces, se amenaza al carcelero,
Rejistran la prision, jente se invoca,
Por la ciudad i campos se desboca
Buscando a Eulojio un escuadron entero.
Levanta una sumaria el escribano,
I jura el aguacil, la Audiencia amaga;
Pero ni una vislumbre incierta i vaga
Vino a aclarar las sombras de este arcano.
Las beatas decian que un prodijio
Esta desparicion era sin duda,
Que una horrible lejion de diablos muda,
Llevóse al preso sin dejar vestijio.
A fin de autorizar error tamaño,
Cuentan que a media noche una vecina
Se asomó para ver quién orijina
Rumor que siente por la calle estraño,

I alcanzó a distinguir con gran sorpresa
Cuatro ardientes demonios que salian
Del cuartel, i a caballo conducian
En hórrido silencio humana presa.
El que priva por ser menos iluso
Pretende que un amigo la cautela
Con oro adormeció del centinela,
I en libertad al prisionero puso.

Entre tanta confusion
De conjeturas diversas
Solo algunos por Eulojio
Peores sucesos recelan.
Estos son los que conocen
Del Marques la impia tema,
I saben que en él el odio
Es carcoma que se aferra
De un tronco, i no le abandona
Hasta tornarle en pavesa:
Los que saben que en la noche
Del dia en que dió sentencia
El Tribunal contra Eulojio,
Él de su casa saliera
Oculto, sin dar noticia
Del objeto que le lleva,
Ni decir a donde vaya
Ni cuándo será su vuelta,
Seguido de cuatro esclavos
Que a todo trance obedezcan,
I que aun el puñal esgriman
Al menor jesto que entiendan! —
Dos auroras han pasado
Sin que de ellos nadie sepa,
Así como ignoran todos
La suerte que Eulojio tenga.

¿I quién puede imajinarse
Lo que en vista de esta ausencia
Sufrió la triste Leonora,
De horribles recelos llena?
Ella adora ¡ai infelice!
Ella por larga esperiencia
Sabe que antes que su padre
El tigre su rabia enfrena;
I está viendo al hado adverso
Tan tenaz en ofenderla
Que abrigar no osa un instante
Leve esperanza risueña.
Por fin al tercero dia
Estuvo el Marques de vuelta,
Sereno el rostro, i el alma
Al parecer satisfecha.
En lugar de la sombria
Meditabunda apariencia
Que él al partirse llevara,
Sus facciones mas abiertas
Mostraban que sus pesares
Ya le inquietaban apenas,
Fuese por estar vengados,
O porque a olvido los diera.
Solo la amante Leonora
Mirando esta calma tiembla,
I que es la nieve que encubre
Un volcan furioso piensa.
Aun juzga que de su padre
En la mirada siniestra
Hai algo que está anunciando
Criminal accion sangrienta;
Pues en torno sus pupilas
Los párpados que blanquean
Manchas rojas de repente

De infausto agüero presentan;
I cuando alguno de Eulojio
El escape le recuerda,
Vagan atroces sus ojos,
Aunque él finja indiferencia.
Convirtióse en certidumbre
El temor de la doncella,
Cuando un esclavo entrególe
Una carta con cautela.
Un retrato dentro habia,
I con sangre cuatro letras
Mal trazadas, con las cuales
Darian horrible nueva,
Porque alarido espantoso
Lanzó la triste al leerlas,
I quedó por largo tiempo
En hondo estupor envuelta.

Pocos dias despues, una mañana
De las postreras del templado abril,
De un convento de monjas la campana
Los aires hiere en vibraciones mil.

El sol que ostenta su esplendente llama
Sin un celaje por la esfera azul,
Sobre apiñados grupos la derrama
Vestidos de manton i negro tul.

Mujeres son que corren la ancha via
Que conduce hácia el templo del Señor,
Dando a su andar veloz nueva enerjia
De la campana el lúgubre clamor.

«Ya no vamos a hallar hueco ninguno,»
Una beata esclama por aquí —
«Ai, niña! si es horror: monjío alguno
»De tanta bulla i confusion no ví.» —

«Dicen que ella va a ser sacrificada!»
Una bella susurra mas allá —
«Harto lo ha merecido la malvada!»
Responde en voz severa la mamá.

«Pobrecita!» una vieja solterona
Dice, ostentando falsa compasion,
«De aquella que a sus gustos se abandona
»Estos al fin los desengaños son!» —

Así van hablando, i el paso aceleran,
Pues ya desesperan
Poder del monjío los lances contar.
Inútil empeño, i estimulo vano!
Que desde temprano
De jentes el templo se vé rebosar!

Mil luces en sus aras centellean
Aumentando del sol el brillo inmenso,
I por su ámbito vasto se pasean
Espesas nubes de oloroso incienso.

Ya son las once, i reparar se deja
Bien la inquietud con que el concurso aguarda,
Cuando se corre el velo tras la reja
Que el santo coro del convento guarda.

Por sus dobles hileras de pilares
Atónita la vista se estasía,
Admirando los tétricos lugares
Donde al Señor se invoca noche i dia.

¿De dónde viene ese clamor profundo
Que súbito amedrenta el corazon?
Parece que cien voces de otro mundo
Acordes alzan funeral cancion!

Se siente discurrir por los recintos
Internos esa triste cantilena,
Ya se oyen sus acentos mas distintos,
I ya del coro los espacios llena.

Envueltas en sus lúgubres sayales
De monjas aparece doble fila,
I sin mirar al pueblo, con ciriales
En misteriosa lentitud desfila.

Un momento su paso ha detenido,
I hasta los cielos su clamor se alzó,
El órgano con eco interrumpido
Su entonacion funesta acompañó.

Mas vedla ya marchar, ¡Cuánta fantasma
Solo a su voz atenta desparece!
¿Es ilusion de un sueño que me pasma,
I para siempre al despertar fallece?

A la puerta del convento
Corre el pueblo en confusion,
I acudir por dentro siento
Hácia allí la procesion.
Tambien al Marques severo
I a la Marquesa yo miro,
I a su presencia suspiro,
Porque la víctima infiero.

La vasta puerta de repente abrióse,
I lo interior del claustro descubrióse,
La procesion sombría allí se hallaba,
I ante el umbral al mundo presentaba
Un momento a Leonora,
Hermosa como siempre, encantadora,
Coronada la frente
De perlas con diadema reluciente,

I ostentando mas lujo en su vestido
Que jamas el oriente ha producido;
Era la triste un sol que relucia
Mas brillante que nunca en aquel dia

Para esclipsarse eternamente: era
Una mansa cordera
Que sin quejarse de su amarga suerte,
Iba sumisa a recibir la muerte.

Cubre su frente palidez süave,
Pero indicios no da de pena grave;
Su tranquila mirada
En tierra está clavada,
I en sus mejillas que la fresca rosa
Como antes ya no esmalta esplendorosa,
Solo de cuando en cuando se aparecen,
Cual fujitivas sombras que incesantes
En sueños ven pasar los delirantes,
Leves manchas que pronto desparecen.

I en su aparente calma
Del interno dolor que sufre el alma
Solo se ven indicios algo ciertos
En sus cárdenos labios entreabiertos,
Que a veces un temblor rápido ajita,
Como cuando un ráfaga lijera
La superficie de algun lago altera. —
Su seno ora palpita
En conmocion estraña,
Mas ora inmóvil respirando, engaña. —

Era la paz que el firmamento ostenta
Cuando feroz se acerca la tormenta,
I al horizonte sube
Cual punto leve imperceptible nube. —

Mas el nevado encaje
De su costoso traje,
Simbolo de su cándida inocencia,
Le infunde una apariencia

Tan celestial i pura,
Que el vulgo ver en ella se figura
Una paloma que hácia el alto cielo
Va suavemente a remontar su vuelo. —

A fin de darla el postrimer abrazo,
La Marquesa sus pasos avanzó,
La jóven al mirarse en su regazo
Ni estremo afecto ni aversion mostró.

Solo una bella lágrima temblante
Se miró de sus párpados correr.
Reconvencion que un pecho sollozante
Daba a una madre injusta al perecer!

Abrazarla el Marques quiso a su turno,
(La ceremonia lo pedia así)
Mas cual si espectro aterrador nocturno
Fuera, la jóven le alejó de sí.

Asombráronse todos, i la madre
Reprendiendo su arrojo con furor,
«¿Te olvidas, esclamó, de que es tu padre?»
— «Dejólo ya de ser!» dijo Leonor,

«De sangre nos divide un mar horrendo,
Un mar que él nunca apartará de sí.
¿Su injusta voluntad no estoi cumpliendo?
I qué mas tiene que exijir de mí?» —

Así esclamando temblaba
Como la hoja sacudida,
I de su vista encendida
Vivos rayos arrojaba.
De escándalo el pueblo lleno
Por un momento encontróse;
Pero al punto adelantóse
La procesion, i en su seno

Quedó la víctima oculta,
Como débil navecilla
Que hecha pedazos la quilla,
En las ondas se sepulta. —
La puerta volvió a cerrarse,
I la mística harmonía
Lentamente se entendia
Por los claustros alejarse.
Pronto en el coro volvieron
A entrar las monjas cantando,
I los cirios apagando,
A sus asientos se fueron.

Quedaron solo dos junto a la silla
Que en medio el coro ocupa la abadesa,
I Leonor, indefensa cervatilla,
En medio de ellas para ser su presa.

De sus ricos vestidos la despojan,
I los joyeles de su cuello i sien
Como galas inmundas los arrojan
Sobre el polvo en fanático desden.

I luego sus suavísimos cabellos
Que descendiendo hasta los piés están,
Pasando el hierro cortador por ellos,
Tambien al suelo sin dolor los dan.

Lenor los vió caer, i aunque sus ojos
Sobre ellos un instante se fijaron,
No sin pena mirando esos despojos
Que un dia mil bellezas envidiaron,

Empero esta afliccion presto borróse,
I por su mente tan veloz pasó.
Cual muere la ola que en tormenta atroce
Bramando en medio de la mar se alzó —

¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora
Que aquel que un tiempo los amó tan fiel,
Es un cadáver insepulto ahora,
I ya no puede disfrutarlos él?...

A vestirla del saco se preparan,
Pero al quitarla su postrer adorno,
Que ora un verde jubon, cielos! reparan
Oculta cinta de su cuello en torno,

De la que pende con esmalte vario
De oro i rubies, cual brillante estrella,
I a guisa de devoto relicario,
De hermoso jóven miniatura bella.

Pretenden arrancársela al instante,
Pero Leonor su intento previniendo,
La aferra entre sus manos anhelante,
I resiste impertérrita diciendo:

«Nó, no puedo cederos mi tesoro,
El solo bien que me dejó la suerte,
Si no os ablanda mi doliente lloro,
Antes que os lo lleveis dadme la muerte.» —

«¿Qué es lo que haceis?» esclama la abadesa
A este altercado con severo tono —
«Es un retrato!» dícenle de priesa
Las despojantes con piadoso encono —

«De quien?» — De un jóven! — Padre Dios Eterno!
I en estos sitios conservar desea
Todavia esa alhaja del infierno!
Que yo en el polvo sin tardar la vea!»

La jóven con gran dolor
Tuvo que ceder su prenda,
Ultima querida ofrenda
Que Eulojio hiciera a su amor.

Mas ai, desde aquel instante
A impulso de su amargura,
Se apoderó la locura
De su mente delirante.
I olvidando lo pasado,
Insensible a lo presente,
Fué solo un eco doliente
Del huracan que ha acabado. —

Apenas revestida la tuvieron
Del áspero sayal i ancho ropon,
Cuando hácia la Abadesa la impelieron
A hacer su respetuosa sumision.

Leonor obedeciendo reverente
Se arrodilló delante del sitial,
I recibió sobre su helada frente
La sacrosanta bendicion claustral.

Levantóse despues, i en torno al coro
Las monjas todas abrazando fué,
Parecida a un brillante meteoro
Que por las tumbas divagar se vé.

Luego que visitó con paso lento
Tanta fantasma muda i sin sentir,
Que solo se movia en el asiento
Su fraternal abrazo a recibir.

De las rejas del coro cerca viene
Do los padrinos alumbrando están,
Doblega las rodillas, i sostiene
Con su derecha un cirio que le dan.

E inclinados los ojos, ella escucha
La plática del padre confesor,
Que se prepara en elocuencia mucha
A ser la lengua del divino amor. —

Mas era tanto el jentío,
I asi por ver se agolpaba
A las rejas, que ya ahogaba
Padrinos i confesor —
El cual clamaba en su aprieto;
«Qué irreverencia es aquesta?
Solo por ver una fiesta
A Dios perdeis el respeto?
«Ea! pues, profano vulgo,
Despejad que ya me ahogo,
Si no me dais desahogo,
Como hai Dios, que os descomulgo.»
Gritando así, se enrojece
Su rostro como un tomate,
Mas no por eso el embate
Del fiero tropel decrece.
Viendo al fin que en balde chilla,
Resuelve no estar en bajo,
I no sin grande trabajo
Se sube sobre su silla. —
Allí luego su discurso
En dos partes dividiendo,
Una reseña fué haciendo
Del destino mundanal:
Las espinas que entre flores
Al que lo sigue depara,
I su sinsabor compara
Con la beatitud claustral.
Adujo diversas citas
De la escritura sagrada,
I aunque nadie entendió nada,
A los mas los convenció. —
Leonor, con la vista fija
En tierra, le estuvo oyendo,

E ir en rostro cundiendo
Mortal palidez se vió. —
Pero cuando el sacerdote
La dijo: «si un dia, hermana,
»Alguna pasion profana
»Pudo ajitaros tal vez,
»Ai! relegadla al olvido,
»Porque esta mansion dichosa
»A la que en Dios no reposa,
»Solo es mortal lobreguez;»
Entonces los ojos la mísera alzando
Vidriosos i turbios como ojos de un muerto,
I en risa frenética al pueblo mirando,
Decir algo quiso su labio entreabierto.
Mas ai! como suele en invierno aterido
Helarse la lluvia en el aire al caer,
Tan solo lanzaron horrendo alarido,
Sin que una palabra pudiese correr.
Su vista fijóse, sus miembros temblaron,
Un vértigo horrible su frente sintió:
Sin fuerzas el cirio sus manos soltaron,
I al fin sobre el suelo su cuerpo cayó. —
Absorto su arenga cortó el predicante,
Pasmado sintióse el concurso quedar,
Las monjas corrieron el velo al instante,
Que vino esta escena horrorosa a ocultar.

Media noche va a sonar,
Brilla en el cielo la luna,
Mas tal vez una importuna
Nube la viene a entoldar:
Nube que se vé rodar
Negra, ominosa i tardía,
Que a cada instante varía
Su fantástico contorno,

I parece un triste adorno
Puesto en salon de alegría.

Los campos i la montaña
Ora hermosos resplandecen,
Ora en partes se oscurecen
Cuando la luna se empaña.
I así en variacion estraña
De trechos de luz i sombra
Vagando el alma se asombra,
I sumida en amargura,
Imájen a la natura
De la humana suerte nombra

El viento apenas suspira,
I el aire sin movimiento,
Deja oir el rumor lento
Del rio que tardo jira.
Solo rara vez se mira
Algunas ráfagas flojas
Sacudir las secas hojas,
Que del tronco desprendidas,
Van volando confundidas
A formar alfombras rojas.

Todo al pecho temeroso
Anuncia ruina i espanto,
Los claustros están en tanto
En silencio pavoroso.
Solo turba su reposo
El cipres que renegra,
I el bulto denso menea,
Cuyo funeral ropaje,
Sin que el otoño le ultraje,
Del tiempo se enseñorea.

¿Qué figura estoi mirando
Vagar por los corredores,
Ora en pasos voladores
Ora en lentitud marchando?
Negra mortaja arrastrando
Va, i el rumor de sus piés,
Que apenas se oye, igual es
Al murmullo de la brisa
Que revolver se divisa
De su ropon al traves.

Ya la ilumina la luna,
Ya entre las sombras se esconde,
Segun el lugar por donde
La lleva su atroz fortuna.
No vuelve atras vez alguna
El rostro, atenta a su objeto.
¿Es algun sucio esqueleto
Que negra intencion suscita,
I a cumplir se precipita
De alto conjuro el decreto?

Al pié del gran Campanario
I delante de su puerta
Se detiene un punto incierta,
Luchando en designio vario.
Tal vez su intento nefario
La amedrenta mas allí,
Mas de repente la ví
Resuelta desparecerse,
I la puerta estremecerse
Con raudo choque sentí.

Mudo de asombro he quedado,
I esa aparicion un eco
Triste indefinible i hueco
En mi cerebro ha dejado.

¿Se habrá cual sueño alejado
Porque yo su imájen borre?
Nó, que en lo alto de la torre
Vuelve a aparecer. Miradla!
Descubre un rostro de gualda
Su velo que se descorre.

La luna a sus anchas luciendo a tal punto,
Me deja el semblante admirar de Leonora,
No ya rozagante cual brilla la aurora,
Sí mórbido i triste cual sol ya difunto.
Ai! Cómo tan presto acercóse a la tumba!
Cual vagos recuerdos sus gracias ya son,
O incierta harmonía que lúgubre zumba
Si cubre la noche fatal panteon.
La lánguida frente sostiene en su mano,
I alzando los ojos sin lágrimas ya,
Olvida a sus plantas el mundo profano,
I fija en los astros inmóvil está.
Mas oh! Qué memoria de pronto la asalta?
¿Por qué sacudiendo en atroz frenesí
Su hermosa cabeza, de súbito salta,
I dar, ai! dos vueltas en torno la ví?
El ruido del viento, el caer de las hojas,
Del astro nocturno el sereno esplendor,
Habrán en sus fibras relajas i flojas
Tal vez producido una imájen de amor?
Un canto parece a entonar se dispone;
Su voz que al principio es un eco de muerte,
Bien pronto endulzando su acento disone,
En harpa divina por fin se convierte.
I atentos los aires, callados los vientos,
Escuchan absortos la dulce cancion,
La fríjida torre a sus tristes lamentos
Parece temblando sentir compasion!...

«Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
I todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.

Nacieron para secarse,
I aunque brillaron un dia,
Cada sol que amanecia
Las acercaba a su fin!

Yo tambien brillé como ellas,
I ví envidiar mi ventura,
Hoi ya ser se me figura
Hoja que volando voi.

Un sepulcro i una amante
Que sobre su mármol llora! . . .
¿Por qué yo no soi ahora
La que en el sepulcro estoi?»

Una mano me condujo
A un altar, i alguien decia:
¿Por qué lloras, vida mia,
Cuando un cielo veo yo?

I yo seguia llorando,
Aunque la voz me animaba.
Cielos! i por qué temblaba? . . .
Ya todo se me olvidó!

¿Por qué a lo lejos no veo
Un incendio propagarse,
El huracan levantarse
I el viento en furor bramar?
Tal vez el mar furibundo
Hasta esta torre llegára,
I en sus olas yo mirára
Un cadáver blanquear!

Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo a dividir!
Mas ai! para mi consuelo
Ni un cadáver me conceden,
I solo las hojas pueden
Junto conmigo morir.»

Morir! los ecos tristes repitieron,
Morir! el campanario resonó:
La luna rojas nubes escondieron
Al punto en que Leonor despareció.
Inmóvil la natura, silenciosa,
I sumerjida en honda lobreguez,
De un desastre la nueva pavorosa
Está esperando con terror tal vez.
Un ruido sordo se oye de repente
Del Campanario en confusion salir,
I luego las campanas el ambiente
Solas empiezan ¡o portento! a herir.
¿Media noche será? ¿Llaman por suerte
Al coro a las esposas de Jesus?...
Nó, que doblando están: en son de muerte
Lloran por alguien que dejó la luz!
Atónitas las monjas van saliendo
De sus celdas aprisa, i con sorpresa
Tienden oidos al clamor tremendo
Que el Campanario de esparcir no cesa.
Corren, se buscan, vuelven i admiradas
La causa se preguntan entre sí,
I reconocen de terror pasmadas
Que solo falta la novicia allí!
La Abadesa en fatal presentimiento,
Con luces i en estrecha procesion

A sus súbditas manda que al momento
La causa corran a indagar del son.
  Sumisas obedecen, i caminan
Temblando todas con pavor glacial;
Mas no bien sus antorchas iluminan
Del Campanario la mansion fatal,
  I entre la incierta claridad se pudo
El techo percibir, cuando lanzaron
Todas a un tiempo un alarido agudo,
Al suelo las antorchas arrojaron,
  I en espantosa confusion corriendo,
No paran hasta el medio del jardin . . .
Temblante aún, i de un cordel pendiendo,
A Leonor vieran rematar su fin!

. . . . . .

  Una fosa cavada al otro dia
Del Campanario ante el cimiento habia.
Sin aparato ni señal de duelo,
Ni canto que por él se eleve al cielo,
Un cadáver desciende a aquella tumba,
I mientra el azadon sobre él retumba
La menuzada tierra apisonando,
Ni un solo ai! de dolor, ni un eco blando
Con un *Descansa en paz!* a honrarlo vino.
Fué de Leonor el mísero destino
No reposar debajo el pavimento
Del templo del Señor, donde el acento
Del himno alzado a la Suprema altura,
Hubiese mitigado su amargura.
Solo fué dado saludar sus manes
Al rujir de los fieros huracanes.
Al aire libre, al sol i lluvia espuesta
Cual rosa que perece en la floresta,
Al pié del Campanario está Leonora.
I todas huyen su sepulcro ahora,

Cual si estuviese por Jesus maldito,
Aun su memoria el claustro la ha proscrito
Como sus padres a la triste en vida!
Ni jamas una flor se vió esparcida
Sobre su lecho de eternal reposo.
  Solo en medio el silencio pavoroso
De la noche, una dulce melodía
En torno suyo resonar se oía,
Preludiando de amor tiernos delirios.
  I en el invierno dos hermosos lirios
Nacer sobre la tumba se miraban,
Que al soplar de los cierzos enlazaban
Sus pétalos llorosos blandamente,
Imitando de amor el beso ardiente.
  Dos aves entre tanto
Venian a entonar su dulce canto
Al rededor, i en ecos jemidores
Contarse parecian los amores,
Cuya historia encerraba aquel sepulcro.
  Mas no bien claro el sol, i el cielo pulcro
Anunciaban de alegre primavera
La brillantez primera,
Cuando una i otra flor mustia i marchita
A un tiempo se secaban, cual si solo
Cuando ofuscaba el huracan el polo,
Pudiesen existir, i la esquisita
Aroma del verano
Para ellas fuese destructor gusano.
  Al punto la avecilla se alejaba
I a la desierta tumba no acudia
Hasta que en el invierno venidero
El uno i otro lirio renacia;
I en eco plañidero
Ella a seguir su lloro retornaba.

¿Qué suerte cupo al Marques?
¿Dias serenos gozó
Despues que hirió sus oidos
La desgracia de Leonor?
Ah! a demostrarlo asi
Él aleve se esforzó,
I siguiendo en sus devotas
Prácticas de relijion,
Insultaba al mismo cielo
Con su hipócrita fervor.
Quizá insensato esperaba
Que de su crimen atroz
Jamas las densas tinieblas
Alumbrase un resplandor.
¡Cómo débiles se engañan
Los malvados! No tardó
Muchos años en saberse
Por pública i cierta voz
Que uno de sus propios siervos,
Lleno de espanto i terror,
De la muerte en los delirios
Claramente reveló
Que en aquellos mismos dias
Que Eulojio despareció,
Él en espesa montaña
De un campo de su señor
Un cadáver mutilado
Horriblemente encontró,
Que exhalando corrompido
Insoportable fetor,
Apenas se distinguia
Que a un jóven perteneció.
Él le habia sepultado
Movido de compasion,
I por miedo largo tiempo

Hondo silencio guardó.
¿Habia sido de Eulojio
Aquel despojo de horror?
Todos así lo creyeron,
I el Marques de execracion
Universal abrumado,
Largo tiempo no venció
Su cruel remordimiento,
Que como espectro feroz
Le hacia la noche umbría
Divagar por su mansion,
Pidiendo misericordia
Con doloroso clamor,
I sin que humano consuelo
Diese alivio al corazon.
Hasta que acabado el cuerpo
En horrible consuncion,
Entre espantosa agonía
Su último aliento rindió.

INÁMI

O LA LAGUNA DE RANCO.

(EN VALDIVIA.)

LEYENDA INDÍJENA.

CANTO PRIMERO.

Mecido por las olas que levanta
El mar del Sur, ¿mirais hácia el oriente
Una espumosa playa que os encanta
Con perpetuo verdor resplandeciente?
¿Veis por do quiera alzarse una colina
Do orgulloso domina,
Sañudo defensor de un vasto puerto,
Baluarte aterrador de alcance incierto?
Por estrecha abertura
Veis internarse el mar i una ensenada
Describir dilatada,
Donde con lento curso i onda pura
Mas de un inmenso rio
Viene a hacer espirar su poderío?
Si amais la libertad, si amais la gloria
Del bello patrio suelo,
Fijad la mente allí: grande es la historia
Que ofrecerá *Valdivia* a vuestro celo.
¡Cuánto esmero ponia
En otro tiempo España,
Que este puerto la llave ser decia
De su indiano poder, i en cada estraña
Nacion temia un enemigo entónces,
En coronar cada abra de cien bronces!

Se imajinó seguro,
Allá en lo mas oscuro
Cercándose de valla prepotente.
A aquel secreto asilo
Va a perseguirle el enemigo filo,
I su propio grandor su muerte causa.
El, cuando ve a su tronco
El golpe larga brecha abrir con pausa,
Doblega triste la cerviz erguida,
I en un jemido prolongado i ronco
Da a sus hijos la eterna despedida.
Duro es entónces contemplar del fuerte
La estrepitosa muerte,
I cómo a muchos otros arrastrando,
En tierra se derriba suspirando!

*

Es crepúsculo aquel de una mañana
Bella de ilustracion i de grandeza,
Que a iluminar el horizonte empieza
De aquella tierra hermosa,
De porvenir i de esperanza ufana!
No es claridad dudosa,
Crepúsculo espirante
De un pueblo que ha cumplido su destino,
I en curso fatigado i anhelante
Sembrando va de escombros su camino,
Así mundanzas es el universo!
Si un pueblo allá perece,
Con sus ruinas otro se engrandece,
I a un encanto sucede otro diverso,
Mas miéntras se apresura
La suerte bienhechora
A tornar dia la presente aurora,
Dejadme disfrutar de su hermosura.

¡Cuánto amo yo su dulce incertidumbre!
I cuánto me entristezco
Cuando en lejana cumbre
Nubes de humo cubrir advierto el dia
I de fuego tornar su ambiente fresco!
Anuncio de que entera
El hombre alguna selva encantadora
Ha convertido en anchurosa hoguera,
Por sustituirle la era productora!
Inmensa destruccion que nunca alcanzan
A hacer ménos sensible
Esos árboles nuevos que se avanzan
En cercos invadiendo la apacible
Pradera, i los madroños
Creciendo sin cesar de los retoños,
Por defender del hombre aquel terreno
De bendiciones celestiales lleno.
Todo ese esfuerzo es vano!
I si quiere la suerte que yo vuelva
Al fin de algunos años a esta selva,
Donde hoi me dan su sombra
El *ulmo* i el *reulí* i el *avellano*,
Solo de un prado la estendida alfombra
Hallaré en su lugar, o un edificio
De que me aleje el mundanal bullicio.

*

Aun aquí pues naturaleza brilla
En su primera majestad sencilla,
Majestad, sencillez que humanas obras
No igualarán jamas. Es su belleza,
Como la del salvaje,
Sublime i admirable en su aspereza.
De bárbara pasion con el coraje
Las tempestades mismas se difunden,

Que sin cesar su atmósfera confunden.
Escúchase a menudo,
Los techos ajitando
I aun los frájiles muros doblegando,
El soplo bramador del viento rudo.
Nubes ennegrecidas,
Como de combatientes densas hordas,
Se lanzan de los montes
I cubren de negror los horizontes.
Braman al léjos sordas
Las olas de la mar enfurecidas,
I del Norte a los fieros arrebatos
Gruesa lluvia la tierra inunda a ratos.
Talvez un remolino
Hace crujir cien robles;
Ajítalos, sacúdelos, en dobles
Sentidos los embiste,
I al fin, nada a su esfuerzo se resiste,
Siembra de sus despojos el camino.
Sus aguas acrecienta i todo absorve
Revuelto el *Calle-Calle.* Inmensa guerra
Parece ser el orbe,
I al dilatarse rimbombando el trueno,
Creyérase talvez que de la sierra
Descienden a los llanos,
Montados en violentos corredores,
I alharidos lanzando aterradores,
Nubes de conjurados araucanos!

*

Mas despues que ha durado vario dia
Ese obstinado choque de elementos,
Mas apacibles vientos
Vienen la niebla a desterrar sombria.

Cuán bello se presenta entónce el cielo!
Cómo el llano i el monte se engalana!
I el suavísimo ambiente con qué anhelo
Ya libre el pecho a respirar se afana!
Lago de plata el rio se convierte
Sobre su fondo trasparente, oscuro,
I el cáliz de las flores,
Sembrando por do quier sus mil colores,
Un oceano de perfumes vierte.
En rápidos cambiantes,
Al torrente de luz que el sol despide
Sobre horizontes del zafir mas puro,
Los verdes resplandecen mas brillantes,
E inmensa reflexion la vista impide!
Resuscitar parece la natura
De un prolongado sueño de quebranto,
I en medio aquel encanto,
Donde ella se prodiga sin mesura,
La ciudad renaciente que algun dia,
Como hija predilecta del chileno
Conquistador, su nombre recibia,
De su recinto ameno
Se eleva, cual de un lecho de esmeralda,
I miéntras la onda muda
Viene del rio a acariciar su falda,
El labrador de léjos la saluda.

*

Sencillas, naturales,
Como el aspecto mismo de su suelo,
Del indíjena allí son las costumbres,
I si han perdido ya los primordiales
Rasgos feroces, dan bajo ese velo
Aun de la antigua rustiquez vislumbres.
El tétrico estampido de la planta

Del corcel araucano,
Corriendo hácia el *malon* violento, insano,
En medio aquellos bosques ya no espanta;
Mas ni largos esfuerzos han podido
Entre sus habitantes el influjo
De la supersticion ver abolido.
Para ellos siempre de maligno brujo
Por ensalmo traidor viene la muerte,
I al misterioso *machitun* (*) se entregan
Si a adormecer de inerte
Autoridad la vijilancia llegan.
Siempre en sus pechos vive inalterable
El odio a la invasora
Raza i el esperar que favorable
Se preste el hado un dia
A protejer su saña vengadora.
Duerme pues del leon domesticado
El instinto feroz, i si bien tarda
En estallar, tan solo a ser aguarda
Por ocasion segura despertado.
¿La voz del Evanjelio convertirlo
Podrá en cordero manso,
Ántes que él abandone su descanso?
Es lisonjero al ménos presumirlo
Cuando en la solitaria
Mision se ve de indíjenas el coro,
Al esconderse el sol i al levantarse,
Ante el Dios verdadero prosternarse,
I con eco sonoro,
Himno de amor profundo,
Cual de inocente infante la plegaria,
Alzar contento al Redentor del mundo;

(*) Ceremonia supersticiosa en que el machi, o médico adivino, hace el principal papel.

Cuando en las aulas se oye al rudo niño,
Aunque arrancado al paternal cariño
De contrarios favores receloso,
Silabear afanoso
El símbolo cristiano en la cartilla,
De donde a su pesar, sin que él lo note,
Benéfica semilla
Pasa a echar en su mente lento brote.
Así es como se lucha
Por domar de una vez el jénio indiano;
Pero si bien no en vano
Espera con fé mucha
El corazon filántropo que un dia
Su tenaz resistencia se modere,
Está lejano el tiempo todavía
En que la entera rendicion se opere.

*

I a pesar que natura,
Sabia a unir propendiendo en toda parte,
Los hábitos procura
De entrambas razas confundir con arte,
I hacer, sin que lo sientan ellos mismos,
Por mas que mútuamente se motejen,
Que el indio al español i aqueste al indio
Por numerosos rasgos se asemejen, (*)
El dedo del indiano siempre indica,
Cual blanco a su nacion de vituperio,
A todo el de su sangre que se aplica

(*) Lo que aquí se dice de la raza española debe solo entenderse de las clases inferiores del pueblo, porque la clase mas elevada, de su principal poblacion sobre todo, posee costumbres tan civilizadas, que tiene bien poco que envidiar a este respecto a nuestra propia capital.

A amoldarse mas pronto al cautiverio;
I entanto el español, mas orgulloso,
Exáltase furioso
Si un hijo de su lecho
Osa a indiana belleza dar su pecho,
I en himeneo sacrosanto aspira
A eternizar la llama que le inspira.
Es pues de esa aversion i odio obstinado
Amor el que mas sufre en la reyerta,
Amor a quien el cielo ha reservado
Abrir a la fusion mas ancha puerta;
Amor que por feliz presentimiento,
Seguro de que a él solo pertenece
El lauro principal de la victoria,
Por los contrastes propios mas violento,
Entre ambas razas se produce i crece.
En la sencilla historia
Que voi a referir, una ternura
De esa especie figura,
I triste i lamentable como es ella,
Si al relatarla yo cual a mi oído
Cierto dia llegó que enternecido
Delante estaba de su escena bella,
Del lector a los ojos una rara
Lágrima se asomara,
El premio para mí mas apreciable
Sería que esa lágrima influyera
En allanar mas pronto la barrera
Que esa fusion difiere inevitable.

*

Majestuoso eslabon de la cadena
De líquidos depósitos formados
Del lloro de los Andes empinados
En la estension de aquella tierra amena,

Tiende el lago de *Ranco* su onda pura
Tan leve i cristalina,
Que estando quieta, calculais su hondura
Él, cual Señor pomposo, allí domina,
I de su vasto lecho al centro mismo,
Como alegres nayades se levantan,
Sus pies humedeciendo en el abismo,
Diversas islas bellas,
Cuyos ropajes de esmeralda encantan.
Desiertas, solitarias están ellas,
Mas no así la mayor que en medio luce,
Como una madre amada,
De sus jóvenes hijas rodeada.
En libre paz allí se reproduce
Pequeño pueblo indiano,
De los valientes del Arauco hermano,
Pero enseñóle amiga la esperiencia
Que era el mejor baluarte
Para gozar tranquilo
Largos años su dulce independencia,
Ignorado, abstenerse en tal asilo
Del ejercicio del sangriento Marte.
Solo de tarde en tarde algun devoto
Misionero llevó del Cristianismo
La semilla primera
A aquel campo remoto,
Mas ai! que tan de paso la esparciera,
Que pronto ahogó su fruto el jentilismo.
Acaso allí tambien, un dia al año,
De baratijas lleno,
Aportar suele el mercader chileno,
Armado de la astucia i del engaño.
En cambio de sus pieles
Licores les conduce i cascabeles;
Mas ni luengo hospedaje

Pudo obtener jamas de aquel linaje,
Ni, falto de un batel, cuando arribaba
A la ribera occidental del lago,
Su onda surcar podia,
Si la canoa isleña no llamaba,
Entre la niebla umbría,
De una hoguera nocturna al brillo vago.
Así es como celosos,
Sin ausentarse nunca de su asiento,
A mantener se esfuerzan su aislamiento;
I a cuentos misteriosos
Frecuente oríjen dan sus precauciones,
I del salvaje instinto la reciura,
Que la habitual dulzura
Enturbia alguna vez de los varones.

*

Aire nuevo de encanto
A todo da entretanto
De aquellos sitios la variable escena,
Cuyo feliz recuerdo de fragancia
Aun el alma enajena
Despues de largo tiempo, a gran distancia.
Cada hora se señala en la laguna
Por su distinto aspecto. Es mar de plata
Si la sombra importuna
Luz de naciente aurora desbarata,
Con que el rojo horizonte se colora.
Ella en lijeros círculos se riza
Temblando suavemente,
Como tiembla la vírjen inocente
Si el primer beso del amor la hechiza.
Parecen recordar de un blando sueño
Las islas i en silencio vaporoso
Por grados disiparse su beleño.

El cielo, en mil celajes fulgoroso,
Tiene el color perlado de la pura
Frente de una hermosura,
Cuando a salir empieza del reposo.
Pronto sobre las cimas se levanta
El padre de los astros, derramando
Torrentes de fulgor que rielando
Disipan por do quier la leve niebla,
Cuyo pálido gris las cimas puebla.
Brillantes, vibradores
Las islas desenvuelven sus colores;
El ánade i el cisne en vuelo vago
A circular comienzan sobre el lago,
I el cántico de amor, en dulce acento,
Por donde quiera se alza al firmamento.
A medida que el sol su curso avanza,
De un azul mas subido
Veis del lago el aspecto revestido
I la riscosa cumbre en lontananza.
En varia sucesion van pareciendo
Islas i cerros encubiertos ántes;
Los rayos revibrantes
De la luz, ilusiones produciendo,
Ora esbeltos castillos allí forman
Con torres almenadas,
Ya en soberbias moradas
Ceñidas de verjeles los transforman.
La brisa sobreviene
Al acercase el grato mediodía,
I entónces a tomar el lago viene
El tinte de alta mar en bello dia.
Su superficie oscura
Con repetidas olas ajitada,
Se mira coronada
De trecho en trecho de blanquizca espuma,

Do garza viajadora
Desciende a remojar la leve pluma,
I la ola jemidora
De la ribera espira en los espacios,
Rodando piedras mil como topacios.
De los Andes el albo cortinaje,
Por líquidos reflejos repetido,
Remata hácia el oriente este paisaje.
Pero ningun sonido
Del hombre la presencia allí pregona,
Ni el céfiro harmonioso
Impele sobre el lago blanca lona,
O lleva a los oidos otro acento
Del inmediato bosque deleitoso,
Que la dulce plegaria
Con que un habitador para su asiento
Pidiendo está la playa solitaria,
Semejante al Eden cuando atendia
Su morador, increado todavía.
  Mas al llegar la tarde,
Cuando ya el sol declina hácia el ócaso,
Por grados va cesando aquel alarde
I el movimiento siendo mas escaso.
Calma el ruido i al sopor se entregan
La selva i la laguna: en el retiro
Las alas de los céfiros se pliegan,
I apénas ya si exhalan un suspiro,
O de la ola, indolente a sus halagos,
El dorso en raras ráfagas remecen,
Donde fugaces chispas resplandecen.
Así de alegres lampos se ilumina
La frente de una hermosa,
I sonrie feliz si en el ensueño
De siesta deliciosa
Oir del caro dueño

El adorado acento se imajina.
Todo es recojimiento i dulce calma
En derredor. El tinte sonrosado
Recobra lentamente el árduo monte
I la onda quieta su matiz perlado:
Hasta que viendo al sol que al horizonte
Vecino, le abandona,
Recuerda cada objeto a despedirle,
I el himno de la tarde grato entona,
A fin que aun otro dia
Él torne a restituirle
Con luz no ménos bella su alegría.
Entónce a retozar salen las hadas
Al rayo de la luna, que ya asoma
Sobre la andina loma,
Por el lago i las islas fortunadas.

*

Era en una tarde tal
Cuando por la selva umbrosa
Que a la parte del ocaso
Sirve a *Ranco* de corona,
Corria hácia la ribera
Un corcel, cuya sonora
Planta el cascajo ora huella,
Ora el helecho destroza.
El jinete es un mancebo
Gallardo, cuya española
Raza anuncia la blancura
Del rostro i la leve sombra
Que el juvenil bozo tierno
Da a sus facciones hermosas.
Un sombrero de anchas alas
Con trabajo le aprisiona
El rubio cabello undoso.

Los azules ojos brotan
Una arrogancia mezclada
De dulzura bondadosa,
Siempre que el ajeno orgullo
No la excita o la provoca.
A los gratos atractivos
De que pródiga le colma
La natura, hoi su desgracia
Encanto mayor redobla.
Parece preocuparle
Alguna estraña zozobra,
Pues llegar a las orillas
Del lago tanto ambiciona,
Que un momento no detienen
Sus miradas vagarosas
Las silvestres maravillas
A cuyo traves galopa.
Logra por fin su deseo;
Su curso limita el onda
A tiempo que en pie tenerse
El corcel apénas logra.
En medio del sobresalto,
La vista estiende anhelosa
Por toda la playa, en busca
De un objeto que le importa
Mucho mas que sus bellezas
En aquella fatal hora.
Ofréceselo el destino
Favorable. No remota
Una embarcacion divisa
Pequeña, que la carcoma,
Sin uso, varada en seco,
Hace tiempo deteriora.
A tal vista de su frente
Viene a iluminar las sombras

Veloz rayo de alegría.
Escucha un momento, absorta
La mente, inmóvil el cuerpo,
La respiracion mas corta,
Si del bosque algun ruido
Traen las auras voladoras.
El evento ha confirmado
Sus recelos, pues que torna
De repente a dominarle
Mas violenta la zozobra.
El corcel inquieto aguija
Hácia el esquife, desmonta,
I con tal ardor lo impele,
Que presto en las aguas flota.
Con dos ramas que desgaja
De un árbol vecino, apronta
Dos remos; de silla i freno
A su bayo fiel despoja:
Luego con un tierno abrazo
Su gratitud le denota,
I le indica que se aleje
Por las selvas sin demora.
Pero el trotador no muestra
Aceptar la dolorosa
Despedida, i sin moverse,
Mira triste cómo toma
La embarcacion i se aleja
Raudo al traves de las ondas.
Entónces con un relincho
Parece indagar si en otra
Coyuntura habrán de verse;
I como a distancia corta
Ya de otros caballos sienta
La carrera mas sonora,
Internándose en el bosque,

Al lado opuesto galopa.
Diez guerreros de semblantes
Feroces al punto asoman
A la orilla; i cuando han visto
Al que fujitivo acosan
Escaparse por el lago,
Le gritan con voz furiosa
Que vuelva, haciéndole blanco
De sus gruesas tercerolas.
El solo da por respuesta
A su intimacion la mofa,
I al momento atruena el aire
Con sus descargas la tropa.
Viendo rápido al mancebo
Inclinarse en la canoa,
Le juzgan de muerte herido
I alzan grita triunfadora.
Pero presto a levantarse
Impávido el héroe torna;
I aunque sangriento aparezca
Su brazo, mas fuerte voga.
Los enemigos se avanzan
Hasta dentro de las olas
Para seguir sus descargas;
Mas aunque el muslo se mojan,
Vanamente ya le apuntan,
Porque suerte venturosa
Fuera de su alcance ha puesto
La embarcacion a tal hora.
Sin medios de perseguirle,
Desperados le abandonan;
Pero al fujitivo juran
Será breve su victoria,
Pues al mas remoto asilo
Irle a buscar tanto importa,

Que no ha de quedar impune
El delito que le agovia.

*

Lentamente adelantaba,
Salvo ya, el huyente esquife,
Sea que abundosa el agua
Sus aberturas admiten,
O bien que el reciente esfuerzo
Al canso piloto impide
Con el remo inadecuado
El darle empuje mas firme.
Así solo cuando empiezan
Ya las sombras a esparcirse,
Cerca de la isla habitada
Dudoso arribar consigue.
Deja un breve instante el remo,
I a las riberas dirije
Sus ojos, escudriñando
Con qué agüero le reciben.
Látele gozoso el pecho
Cuando en plácidos pensiles
Una hermosa pastorcilla
Retozando allí distingue.
Alba i pequeña cordera
Ella riendo persigue,
Que de su querido alcance
Huir empeñosa finje;
Mas la esquivez deponiendo,
Presto asir se deja humilde,
Pone en sus manos, que lame,
La frente, i su halago admite.
A este tiempo la pastora
Sobre las ondas percibe
Ruido desusado i torna

El rostro a indagar su oríjen.
La sorpresa que la causa
La aparicion del esquife,
En el plácido semblante
Al momento se describe.
I cual se ve por el prado
Bella cierva espavorirse
Si miéntras que retozaba
Con sus hijuelos, distingue
Jinetes a la distancia,
I dudando si peligre,
Se apresta a emprender la fuga,
Así la indiana sílfide
Se asusta i va a retirarse,
Mas el estranjero humilde
Sus vestidos la ha mostrado
Cubiertos de rojo tinte.
Luego alzándose en la barca,
Que viene de paz esprime
Con tales señas, que logra
Que ella al fin se tranquilice,
I comprendiendo que implora
Su tierno socorro un triste,
Movida a piedad aguarda
Que el esquife lento arribe.
Reanimado el blanco jóven,
Se apresura, i de la vírjen,
Miéntras mas se acerca, admira
Mas las gracias femeniles;
A cuyo conjunto bello,
Talvez en su mente finje
Ser el hada seductora
Que aquellos dominios rije.
Apénas de la ribera
La arena toca el esquife,

Salta a sus plantas i asilo
Para un desgraciado pide.
Ella en turbacion parece
Al ruego acceder sensible;
Pero consultar primero
A un padre el deber la exije.
Retirando pues su mano
De las del jóven que imprime
Un ardiente beso en ella,
Que se aguarde le apercibe,
I en floresta inmediata
Se esconde, ájil como el lince,
Corriendo en busca de *Colpi*,
Que no léjos de allí vive.

*

Apénas *Inámi* (el nombre
Era aqueste de la vírjen)
Se vió en presencia de Colpi,
De la isla primer Cacique,
I padre que la adoraba
Mas que a la luz, mas que el cisne
A las nativas riberas,
Ardorosa así le dice:
«Padre mio, un estranjero
Tan bello cual no pudiste
Nunca a un hombre imajinarte,
Huyendo furias hostiles,
Herido, lleno el ropaje
De sanguinosos matices,
Ha llegado a estas riberas
I asilo viene a pedirte.
Débil, pálido le dejo
Mui cerca. Mis pasos sigue,
Que tu compasion no tuvo

Nunca objeto mas sublime.»
A estas voces ya le arrastra,
Sin que él pueda resistirse,
Ni atender ella a las varias
Preguntas que la dirije.
Llegados a donde al jóven
Los isleños que el esquife
Desde las alturas vieron
Arribar de tierra firme,
Rodeaban ya encantados
De sus gracias juveniles,
Por un breve espacio atento
Le observa i mudo el Cacique.
Pero pronto disipados
Sus recelos, con civiles
Ademanes al saludo
Contesta que de él recibe.
Luego afable le pregunta:
«O huaina, cuál es tu oríjen?
»Por qué causa, ensangrentado,
»A estas islas acudiste?»
—«Mi nombre,» el blanco replica,
«Es Alberto; en los confines
Valdivianos he nacido,
I aunque española mi estirpe,
Los indios de mi ascendencia
Nunca un daño recibisteis.
Servidor del rei me nombra
Su milicia, si es un timbre;
I aun en ella he conquistado
Vario distintivo insigne.
Mas mis propios compañeros
Al presente me persiguen.
Fuí insultado por un hijo
De mi jefe: era insufrible

El agravio, i solamente
Sangre habia de estinguirle.
Al combate le provoco;
I sea acaso felice,
O bien que los justos cielos
A la buena causa asisten,
En la lucha ante mis plantas
Cadáver yerto estendíle.
Poderoso era su padre,
Su venganza irresistible.
Temiéndola me oculté,
I tan a tiempo lo hice,
Que al momento comenzaron
Las pesquisas mas sutiles.
Por campos i poblaciones
Espárcense ministriles,
Violan la mansion paterna,
I aun para hacer mas difícil
Mi escape, por mi cabeza
Premios ofrecen no viles.
Como léjos de calmarse,
Con furia mayor revive
Cada dia el odio adverso,
Obstinado en perseguirme,
Ví al fin que iba a ser su presa
Si no huia a otros paises.
De mis padres, por mi ausencia
Angustiados, despedíme,
I me encaminé en la noche
Del Arauco a los confines.
No logró mi fuga empero
De tal misterio ceñirse,
Que adivinada no fuera
De los contrarios ardides.
Los atajos se me toman;

Solo puedo dirijirme
Con peligro a vuestro lago,
I esta sangre claro os dice
Que si por milagro el cielo
No me ofrece aquese esquife
En la playa, yo seria
Ya un cadáver insensible.
Ved pues si asilo piadoso
Me otorgais en esta crísis,
Tan solo miéntras renacen
Dias ménos infelices.»
Dice el jóven, i contesta
A su inquietud el Cacique:
«Si es tu relacion sincera,
(I tu aspecto no permite
Dudarlo) desde este instante
Mi hospitalidad te admite,
I aun mi proteccion te ofrezco
Todo el tiempo que peligres.
Que eres un valiente anuncia
Tu desgracia, i te persiguen
Cristianos: con esto basta
Para que un indio te abrigue.
Mas veo que tu flaqueza
Se aumenta, i la sangre tiñe
Mas abundosa tu brazo.
Ven, e Inámi te acredite,
En mi mansion, los desvelos
De la amistad de un Cacique.»
Los indios con alto aplauso
Tales ofertas reciben;
Al agradecido huesped
Forman escolta, i dirijen
A la principal cabaña
Su marcha, que Inámi rije.

CANTO SEGUNDO.

Cuán perfido te deslizas
En pecho inocente, amor!
Con qué halago seductor
Al principio le electrizas!
Atento a fundar tu imperio,
Entre májicos colores
Le disfrazas los rigores
De tu triste cautiverio.

De fulgorosos zafiros
Le ostentas un panorama,
Donde es de vida tu llama
I delicias los suspiros.
Son de rosa los celajes
Que cruzar su aire se ven.
No alcanzan a tal Eden
Al parecer los orajes.

Al festin desconocido
Se lanza el alma en demencia,
Cree que una nueva existencia
De repente ha recibido;
Estremeciéndose abraza
Aquel fantasma engañoso,
I del nectar venenoso
Bebe hasta apurar la taza.

El negro presentimiento
Ni un instante la intimida,
I en su grato ensueño olvida
Que no hai seguro contento.
Ai me! que cuando la hora
Resuene de la mudanza,
Será a su ilusa esperanza
Tu traicion mas torcedora!

Así a Inámi has cautivado
Des que a Alberto ha conocido:
Resplandor jamas sentido
Su cabaña ha iluminado:
Cada objeto la parece
Revestir encanto nuevo,
I a presencia del maucebo
Todo en torno se embellece.

Con sobresalto palpita
Cuando ella su herida cura,
I al convencerse no augura
Peligro, se felicita.
Cuán solícita prepara
Blando lecho a su reposo,
I alimento sustancioso
Con que él su vigor repara!

Mas cuando la comitiva
La cabaña desocupa,
I el sopor a Alberto ocupa,
A igual beneficio esquiva,
Cómo cerca de ese lecho
Mirando aquel rostro vela,
De que el descanso revela
Nuevas gracias a su pecho!

Mil ideas se acumulan,
I rodando por su frente,
Convierten en cielo ardiente
La mansion, blandas la adulan.
Agradecida al tesoro
Que sin duda un Dios la envia,
Se remece i se extasía
En nubes de grana i oro.

¿No es mas bien ese mancebo
El jénio a su vida unido,
Que esa forma ha revestido
De su afecto en gaje nuevo?
Ella así se lo figura
Entusiasmada, i entonce
Qué poder habrá que tronce
Su eterna dicha futura?

Aun la misma adversidad
Con él encantos tuviera,
I apreciar mejor la hiciera
Su inmensa felicidad.
Oh qué horizontes tan bellos
Que ella ni aun imajinaba,
Rielar do quier miraba
En infinitos destellos!

Así la ponzoña bebe,
I delirando suspira,
I los ojos no retira
Del semblante que la embebe.
I dos àlmas seductora
Tu cadena, amor, enlaza,
Que si una en vela te abraza,
El otro en sueños te adora.

De Alberto el rostro se anima,
Porque el sopor le renueva
Los trances de amarga prueba
A que su valor dió cima.
I al propio tiempo le halaga,
Disipando sus dolores,
La vírjen de los amores
Que en torno a su lecho vaga.

Lucir vé en su frente pura
De inocencia una aureola,
I simpática arrebola
La sonrisa su hermosura.
Los ojos son fuentes vivas
De ternísimos consuelos,
I música de los cielos
Sus palabras compasivas.

Embriagadora ambrosía,
Si ella marcha la rodea,
Su apostura es de una Dea,
Todo en ella es armonía.
I aun si acaso desparece,
Tan intensa es su memoria,
Que el encanto de su gloria
Mas brillante permanece.

Así la noche pasó,
Brilló la aurora siguiente,
E Inámi insomne, impaciente
Adonde el huesped voló.
Alberto con el reposo
Se siente restablecido.
I lo anuncia enternecido
A su indagar amoroso.

Aun deseos manifiesta
De dejar al punto el lecho,
Porque respire su pecho
El aire de la floresta.
Breve resistencia ensaya
Inámi; pero al fin cede,
I ella misma le precede
Por prado, floresta i playa.

A los sitios mas amenos
Por la mano le conduce
I ora a reposar le induce
Cabe recodos serenos
De algun arroyuelo manso,
Donde entre césped i flores
En los estivos ardores
Ella hallaba su descanso.

Ya con él sube a una altura
Donde el lago se divisa,
I una deliciosa brisa
Salud infunde i ventura,
Allí a sus pies le señala
Cómo bala i se alboroza
El rebaño que retoza
Entre la verdosa gala.

Ai! el dia ántes él era
Talvez su único cuidado,
Con el cerco cultivado
De la rubia sementera,
I si al que hoi forma su goce,
Esclusivo los indica,
Que en ellos no significa
Sino un recuerdo conoce.

Allá entre bosques de *lumo*
Las cabañas le presenta,
De do el isleño se ausenta
I empieza a elevarse el humo.
Cuán dulce calma respiran!
Cómo se ve que serenas
En domésticas faenas
Sus mañanas siempre jiran!

Alberto nada descubre
Que no anuncie allí una vida
De perpetua paz ceñida,
Que ninguna alarma encubre.
I su pecho rebosando
Tambien la dicha i la calma,
La grata emocion del alma
Exhala en suspiro blando.

Ya los perdidos colores
De nuevo su rostro adornan,
A brillar sus ojos tornan
Con los usados fulgores.
I absorto por la alegría,
Estático de embeleso,
A Inámi, imprimiendo un beso
En su mano, estremecía.

A tal temblor solamente
Él reconoce su arrojo,
La turbacion i el sonrojo
Se retratan en su frente.
I balbuceando la dice:
«Oh perdona, ánjel amado,
»Si otra lengua no ha encontrado
»La emocion de un felice!

«Es tanto lo que te debo!»
—«Nada aun he hecho por tí.
»Te encuentras dichoso aquí?»
—«Siento que vivo de nuevo.»
—«Entónces por el prolijo
»Esmero con que acreciente
»Tu dicha, que nunca ausente
»Te llore no mas exijo.»

Dice así, de la colina
Desciende con el amante,
I de gozo delirante
A las chozas se encamina,
Do cada habitante isleño
Recibe al mancebo grato,
I con obsequioso trato
Pone en festejarle empeño.

Cómo todos admiraban
Aquella pareja hermosa,
Que una suerte venturosa
Haber unido juzgaban!
Muchos a Alberto decian
Que junto a tal compañera
Justo que viviese fuera,
Pues ámbos se merecian.

O poder de la virtud!
Alberto recien llegado
De toda alma ha desterrado
La sospecha i la inquietud!
I las prendas que retratan
Su rostro i sus ademaaes,
Como invencibles imanes,
Los afectos arrebatan.

No hai ya quien no se interesse
Por él, nadie que no acuse
A sus contrarios i escuse
La causa por que padece.
Nadie que no esté dispuesto,
Si lo exije su amparanza,
A blandir por él la lanza
Con imperturbable arresto.

La gratitud que él tornaba
A tales demostraciones,
Mas i mas los corazones
A su amor encadenaba.
I para Alberto aquel dia
I cuantos despues siguieron,
Tan solo motivos dieron
De la mas pura alegria.

La llama de ambos amantes
Tambien sin cesar se acrece;
Cada uno de ellos padece
Si se ausentan por instantes.
Necesidad imperiosa
Sienten de estar siempre unidos,
Gozando de los sentidos
La embriaguez mas deliciosa.

A Alberto solo lastima
En el Eden que disfruta,
Ver que de seguir su ruta
El momento se aproxima.
Breves horas consideran
Los dias que ya volaron
Sus deseos que aspiraron
A que ellos eternos fueran.

Conoce que a aquel asiento
Su alma encadenó el destino,
Que aun pensar en su camino
Es insufrible tormento.
I gloria, patria i honores,
La mitad de su existencia,
Diera por la permanencia
Al lado de sus amores.

No tiene sobre él imperio
La preocupacion injusta,
Ningun reproche le asusta
En el dulce cautiverio.
Inámi es todo su mundo,
Fuera de él nada le importa,
Porque tiene el alma absorta
En un delirar profundo.

Quisiera que de su herida
La curacion demorase
Sin fin, porque retardase
Tan dolorosa partida.
I se anublaba su frente
Al mirar cada mañana
Con qué presteza inhumana
El pretesto ella desmiente!

Talvez Inámi el motivo
Penetró de su tristeza,
Pues a redoblar empieza
Por él su cuidado activo.
Cada dia le prepara
Mas delicado alimento,
I aun de leve descontento
Todo asunto le separa.

Con dulces entretenciones,
Que naturaleza indica,
Del mancebo multiplica
Las alegres sensaciones.
I siempre en ellas procura
Una imájen presentarle
Del dolor que ha de causarle
Su infausta ausencia futura.

Con él la fecunda planta,
Que el plato dará a su mesa,
Espulga, aporca, adereza,
I en riego oportuno encanta.
I al mirar cómo revive
Del cuidado agradecida,
Dice a Alberto: «así mi vida
«De tí el aliento recibe.»

Ya un ramillete de flores
Le presenta que ella forma,
Diciéndole: «son la norma
»De mis dolientes amores.
»Miéntras tú su aroma aspires,
»Brillará cada una ufana,
»Pero morirán mañana
»Cuando de tí las retires.»

De la tórtola, en la rama,
Ora a cojer va el polluelo,
I cuando en doliente anhelo
La madre se lo reclama,
Presta lo devuelve al nido
Sonriendo tristemente,
I exclama: «así Inámi ausente
»Lloraria a su querido.»

Ora a los peces dorados
Cuando del lago a la orilla
Prende en falaz redecilla
I se ajitan desperados,
Vuelve al agua el mas hermoso,
Diciéndole: «así quisiera,
«Si en tu lugar yo estuviera,
»Me volviesen a un esposo.»

*

Presente a todo el español mancebo,
I apurando el encanto seductor,
Cada tierna indirecta brio nuevo
Le comunica a su violento amor.
Los indios, por instancias de la amante,
Le cercan de caricias sin cesar,
I aun el Cacique mismo a cada instante
Pruebas le da de afecto singular.
No hai un isleño que impasible viera
Al huésped su camino proseguir,
Ninguno que gustoso no le oyera
Para mansion sus campos elejir.
Alberto lo conoce; mas serena
No puede consentir su gratitud
Que ellos espongan por la suerte ajena
Mas largo tiempo su feliz quietud.
No bien, pues, sano de la herida estuvo,
Les anunció su marcha ya cercana,
I firme ese propósito mantuvo
Contra el mismo dolor de la araucana.
Mas viendo Inámi ineficaz el ruego
I aun sin influjo el ardoroso llanto,
Al paternal cariño acude luego,
I así le comunica su quebranto:
«Ella va a parecer si Alberto parte,
»Alberto es necesario a su existencia.
»Ella no encuentra de moverle el arte;
»Acaso él logre demorar su ausencia.»
Abrázala el Cacique enternecido,
I de hacerla felice deseoso,
Corre a indagar de Alberto, resentido,
¿Qué le induzca a partir tan presuroso.
¿Es que se juzga entre ellos inseguro,
I otro asilo mejor buscarse anhela?

¿Causa el triste fastidio tal apuro?
¿Porqué su descontento no revela?
Cuál deba ser indíqueles su trato;
Pues todo corazon le pertenece» —
«O noble ulmen», responde Alberto, «ingrato
Fuera yo en demasia si pudiese
«Mi corazon mostrarse descontento
Cuando a vuestros favores ha debido
Los dias mas felices; yo le siento
De gratitud inolvidable henchido.
«Mas este sentimiento propio exije,
A la vez el honor, que yo os revele
Que el riesgo a que os espongo es quien me aflije
I la partida a apresurar me impele.
«El dia que burlé la adversa furia
Por proteccion del cielo bien notoria,
Juróme el enemigo tal injuria
Presto lavar, frustrando mi victoria.
«Volver a perseguirme prometiera
Al mas remoto i encubierto asilo.
¿Con un recuerdo tal como pudiera
Yo entre vosotros reposar tranquilo?
«Todos los dias, sí, con ansia justa
Mi vista se dilata sobre el lago.
Todo rumor u objeto en él me asusta,
Creyéndole ya indicio del estrago.
«No temo yo por mí; pero si emigro
De sosegar ansioso mis alarmas,
Es solo porque advierto que al peligro
Sobrado ya os expongo de sus armas.»
Así el mancebo contestando, encubre
Otra razon que en él activa aun obra,
I es que la indiana su pasion descubre
Cada vez mas violenta, i sin zozobra

Al impetuoso ardor que a él mismo ajita
Incauta se abandona su inocencia;
I teme que el amor no le permita
Siempre escuchar la voz de la prudencia.
Un solo instante de funesto olvido
Puede a los dos perder; i él se estremece
De responder con pago fementido
Al cariño cordial que allí merece.
Pero el Cacique atento a disiparle
De su temor el señalado oríjen,
Bondoso se apresura a contestarle:
«Si es que tales escrúpulos te aflijen,
«Apesar de que el indio nunca supo
Retroceder cobarde, si la lanza
Blandir de un huesped a favor le cupo,
Porque tranquilo aceptes mi amparanza,
«Un medio te propongo: la hija mia
Arde por tí de inextinguible amor,
I juzga que imposible la seria
Resistir en tu ausencia a su dolor.
«Tómala por esposa. No ha ofrecido
Jamas uno de *Ranco* al estranjero
Don semejante; pero tú has sabido
Ganar nuestros afectos el primero.
«A Inámi pues acepta, i sí aun osase
Exijirnos tu entrega algun tirano,
Estrañar no podrias que arriesgase
Mi pueblo todo bien por un hermano.»

*

A tal proposicion quedóse Alberto
Mudo por breve espacio i pensativo,
Entre mil dudas vacilando incierto,
Como quien se halla en trance decisivo.

Propuesta inesperada se le hacia,
Si bien al corazon sobrado grata.
La pasion a aceptarla le impelia,
Que un porvenir celeste le retrata.
Mas como nunca viva se pronuncia
Entónces de sus padres la memoria,
I el prospecto brillante, a que renuncia,
De otro futuro de opulencia i gloria.
¿No jemirá algun dia por la vuelta
Al caro asilo del paterno hogar,
Cuando recuerde a su familia envuelta
Por causa suya en lúgubre pesar?
¿No desearia de un ilustre nombre
Llenar la tierra que le vió nacer?
I a la noble ambicion que ensalza al hombre,
Siempre insensible el alma habrá de ser?
¿Podrá sumido siempre en tal retiro,
Acaso de los suyos despreciado,
Del pecho no exhalar algun suspiro
Sino en las aras del objeto amado?
Tan varios pensamientos le combaten,
Como al arbusto, en tempestad sonora,
Contrarios vientos poderosos baten,
I ora a estos cede, a los opuestos ora.
Pero triunfando amor de tanto estorbo,
Figúrale imposible una mudanza
En el aspecto actual del hado torvo,
I aleja al corazon toda esperanza.
Del tiempo que las duras rocas mina,
Cambia la faz del globo a golpe lento,
I aun al destino ingrato subordina
I su rigor amansa mas violento,
El desconfía, e imprevisor abraza
El único camino a la ventura

Que hoi se le ofrece. De su ilustre raza
I glorias olvidado, la hermosura
Contempla, que allí aguarda palpitante
De muerte la sentencia o de consuelo
De sus dudosos labios. Delirante,
Su mano estrecha en ardoroso anhelo.
Luego, con voz para ella deliciosa,
Esclama: «Yo la acepto, sea mia.
Ella la vida me salvó piadosa,
I un cielo me la hará su compañia.»

*

De la naturaleza con el rito
Los dos amantes sin tardar se unieron;
No fué su mútuo juramento escrito,
Pero ante el Dios de la verdad lo hicieron.
Inámi la creencia del esposo
Aprendió presto i aceptó con gusto:
Solo faltó al enlace venturoso
La sacra bendicion de preste angusto,
Que Alberto recibir se proponía
En primera ocasion. Mas cada isleño,
Por mostrar su entusiasmo i alegría,
A competencia señaló su empeño.
Todo era parabienes; donde quiera
La fiesta o el banquete se aprontaba.
Por varios dias la estension entera
De la isla el regocijo cobijaba.
Vistosas enramadas se formaron
Para la danza i músicas sonoras,
I el ruido i el beber se prolongaron,
Sin suspenderlos las nocturnas horas.
Pero los dos esposos, aturdidos
Del popular contento, ya el sosiego

Suspiraban, a fin que sus sentidos
Libre ocupase el amoroso fuego.
  Al fin cumplióse su deseo oculto;
Tornó a la usada vida el habitante,
Cual raudo ensueño se alejó el tumulto,
Dejando en dulce paz al grupo amante.

*

  La tierna Inámi disfruta
Una dicha sin igual:
Nunca su isla parecióla
Tan verde i bella, jamas
Vió del sol sobre los Andes
Brillar mas vivo el fanal,
Ni oyó con tan suave acento
El terso lago ondear.
Toda la naturaleza
Le es un cántico triunfal,
Goza un paraiso en la tierra,
I no encuentra que envidiar.
  En los ojos del amado
Bebe tal felicidad,
Que piensa elevarse en alas
Del cefirillo fugaz
A rejion desconocida
Do se torna en inmortal.
Arboles, aguas i flores
Respiran su amor no mas.
Las aves lo reproducen
En melodioso trinar,
I es el suspiro del viento
Su espresion mas celestial.
Ora alegre a Alberto invita
Por el boscaje a vagar,
I só las grutas que forma

Oloroso el arrayan,
Al borde de un arroyuelo
De curso limpio i fugaz,
Se sientan por largas horas
Del delirio a disfrutar.
Allí la mano del uno
Sobre la del otro está,
I sus ojos, confundidos,
La imájen propia brillar
Mas bella en los del consorte
Ven, porque la copia es mas
De la que dentro está impresa,
Que del mismo orijinal.
Sus almas vanse arrobando
En deliciosa ansiedad:
Ya una sola es su existencia,
Uno solo el respirar.
Quédanse en un beso absortos,
Aspirando grato ambar.
Inmóviles, no se nota
En ellos la aura vital,
Sino por los tumultuosos
Batimientos sin compas
Con que el corazon se quiere
De ambos senos escapar.
Ruedan delante su vista
La una de la otra detras,
Mil esplendentes visiones
De anjélico rielar.
Vastas olas los remecen
De rosas i de azahar,
Hasta que al fin fatigados
De tanta felicidad,
A aquel temblor donde el alma
Creyó exhalarse quizá,

Sucede melancolía
Aun mas dulce que el gozar.

*

Pero vueltos de ese arrobo
Como de otro mundo en sí,
I sintiendo de la siesta
La sufocacion febril,
A la ribera del lago
Resuelve el grupo acudir.
Oh cuán hermoso lo encuentra!
Con qué brillante matiz
En su dorso el sol riela
Hasta el remoto confin!
Con muelle embriaguez se inclina
Allí el copado *reulí,*
Para ver su imájen bella
Inmóvil reproducir
La onda en que el céfiro apénas
Osa estampar un desliz.
Dos gaviotas van volando
Por el cielo de zafir,
I entre las islas circulan
Sin dejar su union feliz,
Ora el vuelo levantando,
Ora del ala jentil
Rasando i tiñendo el agua
La pluma de albo ormesí.
Quieren Inámi i Alberto
En sus juegos competir
Con ellas, i presto arrojan
La vestimenta sutil.
Enlazadas ambas diestras,
Al lago se dejan ir,
Que se abre en círculos vastos

Sus cuerpos a recibir.
Leves peces se adelantan,
I volviendo aquí i allí.
Retozan, triscan, serpean
Como en líquido pensil.
Ora se sumerje el uno
I con engañoso ardid
Do ménos se le aguardaba,
Riendo alza la cerviz;
Ora entrambos, divididos,
Ya el uno ya el otro asir
Procura al consorte amado,
Que escapa como un delfin.
I en tan deliciosos juegos,
De engaños en esa lid,
Volviendo a encontrarse siempre,
Como jira el querubin
En torno al mortal dichoso
Que es destinado a seguir,
Del calor pasan las horas;
I fatigados al fin,
Vuelven a la playa unidos,
Deslizando gotas mil
Por sus miembros i cabellos,
Como líquidos rubis.
Ellos dan su adios al lago,
I él al mirarlos partir,
Pareciendo dos estatuas
De torneado marfil,
Como si los jenios fueran
De su morada feliz,
Muestra al recobrar su calma
Entristecerse i jemir.

*

Cada dia ellos varian
Las escenas de su amor,
I de una en otra isla vagan
De algun nuevo encanto en pos.
Ya se internan por sus bosques,
Donde, en variado primor,
Cien *olivillos* (*) encumbran
A soberbia elevacion
Sus troncos de hojas desnudos,
Que el *copigüe* serpeador,
En espirales subiendo,
Abraza como un feston.
Aquí i allí, de un recinto
Abriéndose al rededor,
Semejan columnas rectas
De ameno templo de amor:
Grata ilusion que se aviva,
Si admirais la proporcion
Con que al arte la natura
Simétrica remedó,
I estenderse en lo mas alto
Veis la espesa ramazon,
Que solo a trechos penetra
Suave claridad del sol.
Allí en soledad profunda
I silencio que otra voz
No altera que la harmonía
De la dichosa pasion,
Harmonía perceptible
Tan solo para los dos,

(*) Este árbol asi llamado en la provincia de Concepcion tiene en Valdivia el nombre de *Palo-muerto*. El fenómeno que de él se refiere en esta leyenda, es efectivo, i lo he admirado diversas veces en los bosques de las riberas de *Ranco*.

Ambos esposos no sienten
Cómo el tiempo transcurrió.
En brazos de Alberto, Inámi
Se rinde a dulce sopor,
I en su rostro él embebido,
El curso de la ilusion
En los cambios considera
Del fujitivo arrebol,
Miéntras que la brisa acaso
Sobre ella vierte una flor.
Otras veces a la orilla
Del lago o sobre el peñon,
Del cristal siguen sus ojos
La lijera ondulacion,
I el uno al otro abrazados,
Son su universo mejor:
Son dos unidos suspiros
O dos ecos de una voz;
Cuerda que en ambos no vibre
No tiene su corazon.
O soledad! qué de encantos
En tu seno puso Dios!
¿Porqué te busca anheloso
El que aflije un gran dolor
I el que a los astros se eleva
En alas de la pasion?
Es que ambos en tus misterios
De la Eternidad la voz
Escuchan; i el aflijido
Va de otra existencia en pos;
Miéntras amor en tí busca
De su eterna duracion
Un oráculo, creyendo
Que es la Eternidad amor!

*

Así en los tiempos primeros
Por la dulce soledad
I el amor, todo cuidado
A Inámi se vió olvidar.
Marchítanse abandonados
Las flores i el huerto ya,
Las vagarosas corderas
Por el prado solas van
Llamando en vano a su dueño,
Que no escucha su balar.
Pero despues que los raptos
Del primer ardor voraz
Se calmaron lentamente,
Entrambos necesidad
De hacer a ratos sintieron
Tregua al amoroso afan.
Ménos vagabunda vida
Hicieron, i en el hogar
Para su union construido,
Entónces se vieron mas.
Iban las mañanas bellas
De la estacion estival
En sus campestres faenas
A los indios a ausiliar.
Ora atencion les merece
El huerto o el recental,
Ora en frájil barquichuelo,
Sobre el movible cristal
Del lago, a sus moradores
Estienden la red falaz.
I cuando el sol palidece
En el ocaso fugaz,
Recojen los corderillos,
Aprontan cena frugal
En su choza, i del cansancio

Mil coloquios dan solaz,
Hasta que el párpado cierran
Lentamente, i a velar
El ánjel de los amores
Viene el sueño conyugal.

*

Corrieron raudos los meses
En vida tan grata i pura,
I a coronar su ventura
Vino una prenda de amor.
Cual un serafin hermosa
La niña nació, i la amaron
Como que en ella admiraron
El fruto del mútuo ardor.

Alberto el trasunto en ella
Vió mas bello de la madre,
E Inámi a su vez del padre
La adoró retrato fiel.
De entre los brazos del uno
A los del otro pasaba,
I a toda hora la abrumaba
De caricias un tropel.

Era en el invierno frio,
Cuando el cielo se disuelve
En nieve i agua, i envuelve
La isla un manto funeral,
I el labrador largos dias
A su choza confinado,
Maldice desesperado
El reino del vendabal.

Los esposos detenidos
En su hogar, cerca del fuego,
Procuran con vario juego
A la niña entretener,
Cuya risa encantadora,
Como un iris de bonanza,
Entre risueña esperanza
Parece doblar su ser.

Ya durmiendo en las rodillas
De Alberto, con dulce canto
Inámi la arrulla entanto
Que entreteje su labor;
Pero a ratos suspendida
La contempla en embeleso,
Hasta que un ardiente beso
Exhala el materno amor.

En medio de tanta dicha
Talvez una nube escasa
La frente de Alberto rasa
Imperceptible al huir;
I esa nube es la memoria
De padre i familia ausente,
Que en su olvido de repente
Viene el alma a sacudir.

En las noches sobretodo
Le asaltan recuerdos tales,
Presentimientos fatales
Trayendo en la oscuridad.
Esplicárselos no puede
El triste, i con ellos lucha
En vano que siempre escucha
Voz de infausta viudedad.

Esos recuerdos que gratos
Debieran serle, le oprimen,
I que hija i esposa jimen
Se figura su inquietud,
Cuando en la nocturna sombra
Percibe el atento oido
De su sueño el repetido
Aspirar con lasitud.

Si él mismo al fin lentamente
Concilia el rebelde sueño,
Sigue su tenaz empeño
La imajinacion cruel.
I siempre a la hija o la esposa
Figura en riesgo o quebranto,
I las oye en triste llanto
Implorar socorro de él.

Espantado se recuerda,
Pero, avanzada la hora,
Llega, ya la blanca aurora
Por el oriente a asomar.
Pasó el huracan rujiente,
La atmósfera se despeja,
I al astro de fuego deja
El verde campo dorar.

Inámi i Alberto salen
A gozar del bello dia,
Inundando de alegría
Sus almas la inmensa luz.
Cuyo rielar contemplan,
Mas vivo que en la natura,
De la hija en la frente pura
Como celestial trasluz.

Todo se rejuvenece,
Todo ostenta brillo estraño;
Por la pradera el rebaño
Se alboroza triscador.
Los melodiosos gorjeos
De las voladoras aves
Sus acentos mas suaves
Le dirijen al Creador.

La juventud, sacudiendo
El largo reposo, avanza
A enredar bullente danza
Sobre el campestre tapiz.
I convida a los esposos
A asociarse a sus ardores,
Celebrando los primores
De la estacion mas feliz.

Con tan dulces harmonias
I con tantos movimientos,
Los negros presentimientos
De la noche que pasó
Alberto olvida, i aun juzga
Que era solo resultado
Del aire que, electrizado
Por la tormenta, aspiró.

Mejor es que así se engañe
El mísero, i su alegría
Prolongue, que pronto el dia
De la variacion vendrá.
I su efímera ventura
Volará cual grato ensueño,
Porque la existencia es sueño
Que el llanto acechando está.

CANTO TERCERO.

Una noche borrascosa
Vino, sin luna ni estrellas,
Formidable como aquellas
Que en esa rejion hermosa
Suelen llenar de pavor;
Cuando, tras de vario dia
En que callado dormia,
El huracan se declara,
I a combatir se prepara
Con redoblado furor.

El Norte tremendo ruje
Cielo i tierra ennegreciendo,
I el prado i monte barriendo,
Donde el alto roble cruje
Desarraigado al caer.
Al lago tambien abruma
I convierte en mar de espuma
Si sus fieras bocanadas
Dé lluvia con torrentadas
Vienen su dorso a romper.

Como un jeneral quejido
Se alza en el negro horizonte,
Parece jemir el monte
I aun el lago enfurecido
La ribera al azotar.
I una música se escucha,
En medio de tanta lucha,
Que ominosa hiela el alma,
Cual si la postrera calma
Quisiese al orbe anunciar.

El indio, lleno de espanto,
Recuerda haber percibido
La anterior noche teñido
De la playa opuesta el manto
Por un vago resplandor.
I sabiendo ser la hoguera
De algun español que espera
La canoa así pedida,
Atribuye a tal venida
De la tormenta el furor.(*)

Las señales que en los cielos
De variacion observaron,
Arrojar les estorbaron
Al agua sus barquichuelos
Para al reclamo acudir.
Mas ahora cuidadosos
Van algunos, valerosos
Viento i lluvia desafiando,
Por las playas observando
Si algo logran percibir.

Sea ilusion, sea acaso,
Por momentos les parece
Que de clamores trajese
El eco triste i escaso
El ala del temporal.
I por si en el lago voga
Alguien perdido, o se ahoga,
Procuran con seca rama
Encender presto una llama
Que le sirva de fanal.

(*) Es esta en realidad una supersticion mui valida entre los indios de *Ranco*.

No obstante lo que diluvia,
La ramazon al fin arde,
Mas aunque un rato se aguarde,
Oir la ruidosa lluvia
No permite otro clamor.
I ya sospechan su engaño,
Cuando lumbre repentina
De un relámpago ilumina
Las ondas, i un bulto estraño
Ven luchar con su furor.

A sus oidos distinta
De aquel sitio al punto llega
Otra voz que ausilio ruega
Del cansancio medio estinta,
Cual de quien va a perecer.
De entre ellos los mas valientes
I robustos, dilijentes
Corren a botar al agua
Una varada piragua
Para al náufrago acorrer.

Vuelan otros con el parte
Al Cacique que en su choza
Con su nieta se alboroza,
I junto al hogar departe
Con la pareja feliz.
No bien el anuncio entienden,
La conversacion suspenden,
I ningun varon ya duda
En volar a do su ayuda
Necesita un infeliz.

Al llegar a la ribera,
Hallan que el furor del viento
I del lago, en un momento,

La canoa que partiera
Al ausilio, trastornó.
I los nautas anegados
Con esfuerzos reiterados
Procuran ganar la tierra.
Toda esperanza se cierra
Al que socorro invocó!

En medio de aquel tumulto,
Alberto venir del lago
Trémulo jemido aciago,
Como funeral singulto
Sintió del viento al traves.
Una sensacion estraña
Produjo el jemido hueco
En su mas íntima entraña,
Porque sin duda aquel eco
No desconocido le es.

Enloquecido i convulso,
Cual si allí se anunciara
Perder una prenda cara,
Con un decidido impulso
Se comienza a desnudar.
I despues que despedaza
O arroja cuanto embaraza
Su espedito movimiento,
Al tempestuoso elemento
Se lanza sin vacilar.

Vanamente han pretendido
Disuadirle de ese arrojo
Los indios, pues con enojo
De delante ha despedido
Todo estorbo su inquietud.

I como un lobo marino
Se abre el líquido camino
Con esfuerzo tan potente,
Que a la misma onda furente
Pone asombro tal virtud.

Cual si ella reconociera
En él a su propio dueño,
Cede vencida al empeño,
I ya al fin de su carrera
Arribando el nauta va.
A seis brazas, todavía
Con la postrer agonía
Mira al náufrago luchando,
Cabeza i brazos alzando
Solo por momentos ya.

Apura esfuerzos i alcanza
Por medio del cuerpo a asirle
Al ir la agua a sumerjirle,
Le eleva en alto i avanza
Hácia la playa otra vez.
Le basta una mano sola
Para luchar con la ola,
Que el primer presentimiento,
Creciendo cada momento,
Redobla su intrepidez.

Los indios que desperaron
De su vuelta, al divisarle,
A un tiempo para ayudarle
Al lago se abalanzaron
Con un alegre clamor.
Pero por mas que le embarga,

No quiere ceder su carga
Alberto, i tanto forceja
Hasta que en tierra la deja,
Que le falta allí el vigor.

Desfalleciente a la playa
Llega el héroe i se desmaya
En los brazos de su esposa,
Que a tal instante anhelosa
Arribaba a aquel lugar.
I con lúgubre quejido
Recibiendo a su querido,
Le estrechaba al tierno seno,
De temor infausto lleno,
Sin cesarle de llamar.

El náufrago entanto estaba
Estendido en la ribera,
Sin movimiento que diera
Señal de que aun le otorgaba
La dulce existencia Dios.
Mas no siendo allí posible,
Bajo la tormenta horrible,
Cuyas furias siempre braman,
Socorrerlos, todos claman
Que se trasporte a los dos.

Fueron ambos conducidos
De Alberto hácia la cabaña,
Donde toda la compaña
En restituir los sentidos
Se afanó de Inámi al bien.
I solo cuando le vieron
Vuelto a la vida, acudieron
Al náufrago abandonado,

Que bien presto a su cuidado
Principió a alentar tambien.

Era un hombre que rayaba
Ya en la ancianidad rugosa,
Aunque salud vigorosa
Aun el cuerpo demostraba.
Mas de su rostro el perfil
Tenia con el de Alberto
De semejanza aire cierto,
Que a primer vista se oculta,
Tan mejorado resulta
Por la gracia juvenil.

Por la nobleza que brotan
Sus regulares facciones,
I cuanto en su porte notan,
Creen los presentes varones
Que un rico español será.
Alberto, así que recobra
Sus fuerzas, no sin zozobra
Los brazos de Inámi deja,
I para llegar forceja
Donde el estranjero está.

No bien su semblante ha visto
Pálido i desfigurado,
Lanza un grito prolongado,
I abriéndose campo listo,
A abrazarle se arrojó.
El náufrago se estremece
Cual si aquel eco ejerciese
Sobre él poderoso encanto
Aun en su aciago quebranto;
Pero otra señal no dió.

Le conoce, le conoce!
Claman todos con sorpresa,
I Alberto alzándose apriesa,
A fin que mejor repose,
Le hace en su lecho poner.
Luego, con sus ademanes
I ternísimos afanes,
Da a entender a quien le mira
Que tanto interes no inspira
Sino un inmenso deber.

Grande esfuerzo cuesta al jóven
Ocultar que a un padre amado
La existencia hoi ha salvado.
Mas temiendo que le roben
Este secreto fatal,
En reserva se resume,
Pues desgracias él presume
Aunque vagas todavia.
Así, solo respondia
Ser su amigo aquel mortal.

Por instantes se repone
El náufrago, con esmero
Tan fino atendido; pero
Mas cuidado Alberto pone
En no ser visto por él.
I hace que la esposa suya
Cerca de él le substituya,
Para mostrarse esperando
Que solos ambos quedando,
No tenga un testigo infiel.

Pasado al fin todo riesgo,
Los isleños se retiran,

I los dos esposos miran
Un sueño tranquilo i sesgo
A su huésped acudir.
Pero Alberto débil, canso,
No quiere tomar descanso,
Que alta inquietud le desvela,
I junto al enfermo en vela
La aurora miró venir.

Las profundas impresiones
De aquella noche le ocupan,
I a la mente se le agrupan
Cien temidas presunciones
Sobre aquella aparicion
De su padre inesperada
En la mansion apartada
Do refugio halló tranquilo.
¿De arrancarle de este asilo
Quizá sus designios son?

¿Qué mudanzas en su suerte
Le vendrá a anunciar tan léjos?
O con pérfidos manejos
Del contrario el odio a muerte
Le perseguirá tambien?
I si viniese a llevarle.
¿Qué hará cuando a revelarle
Se resuelva el lazo estrecho
Que liga a Ranco su pecho?
Podrá tenérselo a bien?

Mas i mas lo dificulta
Miéntras mas lo reflexiona.
El valor ya le abandona,
I empieza una pena oculta

Su interior a destrozar.
I dolorida mirada
Dirije a la esposa amada,
Que a su lado con él vela.
Ai! tambien ella recela
Su zozobra al contemplar!

*

Bello i tranquilo el dia
Siguiente amaneció; mas para el alma
De Alberto aquesa calma
Las mas negras borrascas encubria
Resuelto a descubrirse al padre suyo,
A fin de conocer sus intenciones
I precaver que en indagar curioso
Al indio sospechoso
Él haga adivinar sus relaciones,
Con finjidos pretestos de aquel sitio
A Inámi separó; luego temblante
Al lecho se aproxima
Donde despierto *Alejo* a tal instante,
Conoce que su aliento se reanima,
I ardientes gracias al Señor tributa,
Pues un portento su existir reputa.
De su salud se informa cariñoso,
I Alejo conmovido
A aquel acento dulce i conocido,
«¿Qué voz escucho?» esclama,
«No es mi querido Alberto quien me llama?»
— «El mismo, padre mio!»
— «Justo cielo!
Con que despues de sufrimientos tantos
Vos me otorgais tambien este consuelo!
Hijo del corazon! ¿Cuáles quebrantos

I riesgos con placer no olvidaría
Tu padre, al recobrarte en este dia?
Pues tal favor merezco,
De nada ya carezco:
Tú colmas mi ventura: que mis brazos
Te estrechen, hijo mio!» i se esforzaba,
En deliciosas lágrimas deshecho,
A incorporarse en el mullido lecho.
Mas luego continuaba:
«Yo he soñado esta noche que del lago
Tú mismo me salvaste i de la muerte.
¿Es aquesto verdad?»
—«El cielo quiso
Que en ese trance aciago
Tuviese yo tan venturosa suerte.
En la ribera estaba cuando aviso
Me trajo, aunque confuso,
Un eco triste del furioso viento
De que en aquel momento
Alguna amada prenda yo perdia,
Que pereciendo ausilio me pedia.
Venciendo cuanto estorbo se me opuso,
No vacilé en volar a aquel socorro,
I aliento el cielo me infundió bastante
Para llegar a vos al mismo instante
En que os tragaba la ola
Talvez, o padre, por mi causa sola!»
—«Tu pecho no se engaña
Al presumirlo así, porque en efecto,
Cuál otro iman que el hijo de mi afecto,
Pudo traerme a la ribera estraña?
Yo mismo quise sabedor hacerte
Del venturoso cambio de tu suerte.
En Ranco te sabia refujiado,
Mas temiendo que fueses este asilo

Por otro a abandonar donde ignorado
Tú respirar pudieses mas tranquilo,
Pensé que a prevenir tal contratiempo
Ninguno volaria cual tu padre.»
— «Solicitud tan tierna me atestigua
Sobrado vuestro amor. Mas de mi madre
Aun nada me habeis dicho.»
— «Desde el tiempo
De tu partida siempre pesarosa,
Tan solo la esperanza
De volverte a abrazar hoi amortigua
Su lúgubre dolor.»
— «Mas mis contrarios . . .»
— «Ya que temer no tienes su venganza.
Son otros del poder depositarios
En Valdivia al presente, i yo disfruto
Del nuevo mandatario los favores.
El sabe que tu falta fué un tributo
Debido al honor claro,
I a fin de que el regreso no demores,
Me ha dado la promesa de su amparo.
Con este dulce gaje,
I los votos de toda tu familia,
Emprendí a este lugar mi presto viaje.
Llegado a la ribera del poniente,
Con la usada señal en la vijilia
La embarcacion de los isleños llamo.
Mas viendo que ninguna al otro dia
Venia a mi reclamo,
Aunque con varia seña
El cielo nebuloso
Que se aproxima el temporal me enseña,
No pudo en el reposo
Mi impaciencia aguardar; i en frájil barco
Que roto en la ribera hallé sin uso,

I en breve tiempo nuestro ardor repuso,
Con solo un compañero audaz me embarco.
Confiaba que la alta Providencia
Su favor prestaria a mi imprudencia.
Mas no habiamos hecho del camino
Siquiera la mitad, cuando rujiendo
I el lago revolviendo,
El temporal furioso sobrevino.
Del viento i de las olas al asalto
Nuestro batel no opuso resistencia;
Hundido fué. Mi compañero, falto
De destreza o vigor, en la laguna
Halló sepulcro pronto. En tal estremo,
Yo, que al apoyo me asilé de un remo,
Sobre el agua mas tiempo me sostuve,
I aun quiso mi fortuna
Que hácia la isla pudiese adelantarme.
Así al alcance de tu brazo estuve,
Cuando iba la onda fiera a sepultarme.
Sin sentidos me hallaba en aquel acto,
Mas sacudióme así tu solo tacto,
Que adivinar mi cuerpo parecia
Que de su sangre un salvador tenia.
La vida te he debido: solo resta
Que a tu aflijida madre
A devolver partamos sus delicias.
Pero en vez de contento, qué funesta
Turbacion te producen mis noticias?
Tu guardas el silencio, i como suele
La flor que un vendabal recio destroza,
Inclinas la cerviz! ¿Es que te duele
Lo mismo en que mi pecho se alboroza?»
—«Ah! no me calumnieis, Señor. Injusto
Seria suponerme ese disgusto.»
—«Entónces partirémos

I a ser felices en la patria irémos.
¿No es verdad, hijo mio?»
— «Vuestro estado
Exije que al cuidado
I al reposo otorgueis breve demora.
Despues se tratará nuestro regreso.
No perturbeis ahora,
Con injusto reproche, el embeleso
Que esperimenta el alma,
Al ver tan bella palma
Premiar mi arrojo. Oídme: entre una jente
Bondadosa os hallais, que a vuestro hijo
Colmara de favores.
En ellos pues mirad mis bienhechores.
Mas no les reveleis, i esto os exijo
Por prevenir talvez funesto daño,
Los vínculos estrechos
Que para siempre ligan nuestros pechos.
Con disculpable engaño,
Que nutrir en sus ánimos importa,
Por un amigo de la raza mia
Os he hecho pasar; i lo que exhorta
Tal proceder conoceréis un dia.»
De asombro este consejo
Llenó al dudoso Alejo,
I vario temor negro se agolpaba
A su confusa mente. En clara lumbre
Acaso la verdad se le mostraba,
I sus afectos punzadora heria.
No obstante preferia
Prolongar su penosa incertidumbre,
A ver súbitamente descorrido
El velo de un misterio tan temido.
Suele así el caminante
Que incógnitas montañas atraviesa,

Si en la nocturna sombra
Juzga un abismo vislumbrar delante,
Por mas que de su empresa
El entrevisto riesgo atroz le asombra,
Seguir, sin aclarar su conjetura,
El único camino
Que inevitable le marcó el destino,
Pues halla ménos dura
La incertitud que deja una esperanza,
Que de su mal la horrible seguranza.
En lúgubre silencio pues se envuelve,
I a obedecer Alejo se resuelve.

*

Ya Colpi i sus vasallos principales
Llegaban de la choza a los umbrales
El caro amigo a visitar de Alberto.
Todos le demostraron
El interes mas vivo de concierto,
I al hijo tributaron
Sincero parabien por el dichoso
Suceso de su audacia.
El huésped observó con eficacia
Del mancebo el aviso cauteloso,
I demostróse grato
A su acojida afable, i al buen trato
Que en su infortunio Alberto les debiera,
I de que él mismo sabedor le hiciera.
Señaló como objeto de su viaje
A Ranco, el advertirle
Que sin temor de rigoroso ultraje,
Un poderoso amparo
Queria restituirle
De su familia ilustre al seno caro.
El rostro de cada indio a tal anuncio

Vió demudarse Alejo, i el Cacique,
Sobre todos sombrio i descontento,
Rompió en tales palabras al momento:
«Eres de esa noticia tardo nuncio,
I si yo debo ser quien te lo esplique,
El jóven que tú buscas pertenece
Ya a diferente raza. El con nosotros
En existencia próspera florece.
En vano pues le reclamais vosotros.»
De aquesta aclaracion al golpe rudo,
Sus férvidos enojos
Apénas contener Alejo pudo;.
I al hijo dirijiendo
Enardecidos ojos,
Tembló de rabia viendo
Que, pálido i confuso,
Él en la tierra sus miradas puso.
Los Indios, al partirse,
Al huésped sus protestas renovaron;
Mas el Cacique al ofrecerle afable
De Ranco la mansion por todo el tiempo
Que resolviese acompañar su amigo,
De repetir cuidó que no era dable,
Puesto que él arribó tan a destiempo,
Que el encargo cumpliera
De conducirle al retornar consigo,
Que a ejecutar sin duda se ofreciera.

*

No bien solos quedaron,
De Alejo silenciosos se fijaron
Los ojos sobre Alberto,
Que temiendo sus quejas, casi yerto,
Los suyos para alzar valor no tuvo,
I mudo i cabizbajo se mantuvo.

«Hijo!» al fin dijo aquel, «¿será posible?
I no me engañaré cuando he creido
Este misterio comprender terrible?
De pasion vergonzosa seducido,
Pudiste desterrar de la memoria
Tu ascendencia i tu gloria,
I contraer con la hija de un pagano . . .»
Sin permitirle terminar, se arroja
Alberto arrodillado ante su lecho,
Ase convulso la paterna mano,
I con ardientes lágrimas la moja,
Exhalando estas voces de su pecho:
«O padre! revelaros no queria
En vuestra situacion yo todavia
Este fatal secreto,
Por la emocion que os produjese inquieto.
Mas ya que habeis logrado penetrarlo,
Sin poder yo evitarlo,
Disimular mas tiempo culpa fuera.
Mi suerte conoced. Cuando proscrito
De honor por un delito,
Arribé fujitivo a esta ribera,
El ánjel salvador que me amparara,
Fué la misma que hoi es mi esposa cara.
Ella la voz quejosa
Pia escuchó con que pedí un asilo,
I en mi favor benigna interesando
Al jefe de estas islas, padre suyo,
Tuve en su hogar tranquilo
Por ella albergue i tratamiento blando.
Justo seré tambien si la atribuyo
De todas estas jentes los favores.
La intensa gratitud que me infundieron
Tan altos beneficios, su hermosura
I singular ternura

Corresponder me hicieron,
Señor, yo lo confieso, sus amores.
I cuando ya a partir me disponia
En busca de otro asilo, temeroso
De que el prestado a la desgracia mia
Por este indiano pueblo jeneroso,
De mi opresor las iras le atrajese,
Para salvar mi escrúpulo el Cacique,
«Si tú no has de estrañar que sacrifique
Mi pueblo todo bien por un hermano,»
Me dijo «yo te cedo
A mi hija, lo mejor que darte puedo.»
Yo acepté, padre mio, aquella mano
De mi hada salvadora,
Sin esperar que suerte protectora,
A lo ménos tan pronto, permitiera
Que a vuestros brazos sin temor volviera.»
—«Con ella te enlazaste?»
—«Para siempre!»
—«Pero quién esos lazos ha bendito?»
—«No negaré, Señor, que el santo rito
De nuestra relijion les falta.»
—«O cielo!
Las gracias yo te doi por tal consuelo.»
—«Mas esa condicion que les faltaba
Yo llenarla esperaba
En la ocasion primera, i no por ello
Ménos indisolubles los reputo.
Han recibido el sello
De un juramento mio voluntario,
Vertido sobre el signo del Calvario.»
—«¡Juramento sin fruto,
Impío, criminal, que Dios sin duda
Rechazaría airado!»
—«Ah no! Yo mismo

La administré poco ántes el bautismo.
El vínculo, Señor, que nos anuda,
Me dice el corazon i yo le creo,
Que es ante el mismo Dios santo himeneo.»
—«La criminal pasion que te seduce
Solamente produce
Tu lenguaje insensato.»
—«Si yo la abandonase, un vil ingrato,
Un bárbaro seria;
Ella me dió su fé, yo la fé mia.»
—«Tu gratitud bien puede satisfecha
Quedar por otros medios. La fortuna
No me favoreció con mano estrecha.
Por conservar el lustre de tu cuna,
Rescatando tu fé i un beneficio
Pagando para tí de tanto aprecio,
No habrá, hijo mio, exorbitante precio
Que a tu padre parezca un sacrificio.
Que ellos pidan: es suyo mi tesoro.»
—«¿Pensais que con el oro
Del universo entero
Un proceder se lave traicionero?
La raza que nosotros despreciamos
Porque su inculta rustiquez miramos,
Abriga una alma noble que columbra
Lo que el honor exije i la fé santa,
I ménos la riqueza la deslumbra,
Causa en los nuestros de bajeza tanta.
Al rostro el precio vil me arrojarian,
I airados me dirian:
¿Piensas pagar con oro la vergüenza
De una hija idolatrada,
La muerte a que la dejas condenada?
Sí, no espereis que el sentimiento venza
La infeliz: cierto estoi de que ocasiono

Su pérdida mortal, si la abandono.»
— «¿I de la hija de un bárbaro la suerte
Mas que la de tu padre te interesa,
A quien tu obstinacion funesta i dura
El pecho hoi atraviesa,
Mas que la de una madre a quien la muerte
Dará tu ingratitud a su ternura?
¿Cómo la anunciaré que el hijo mismo
En quien ella cifraba la esperanza
De su vejez, se ha hundido en tal abismo,
Empaña de su casa el lustre i honra,
Las perspectivas huella
De venturosa estrella,
Por seguir un amor que le deshonra?»
— «Ah! perdon, padre mio! A un desdichado
No atormenteis así.»
— «Responde, ¿quieres
En infierno tornar nuestros placeres,
Abreviarnos la vida, de los tuyos
La maldicion sufrir, i aun la del cielo,
Por evitar un llanto simulado
A ese objeto, de tí vilmente amado,
Que en los brazos de alguno de los suyos
Hallaria bien pronto su consuelo?»
— «No así la maltrateis: no lo merece,
Yo la conozco bien . . . pero ese llanto
De un infantil quebranto,
O padre, no escuchais?» (siguió sintiendo
En la vecina alcoba,
El lloro de su hija, que a tal punto,
Viéndose sola al recordar, i oyendo
Al eco de su padre el eco junto
De voz desconocida,
Que principiaba a alzarse enfurecida,
Con sus vajidos tristes invocaba

Aterrada a la madre) «aquese lloro
Es de la hija, Señor, que tierno adoro!»
«—Qué has dicho? De tu hija!»
—«I sin reparo,
Insistireis, o padre, en exijirme
Que yo las deje en crudo desamparo?...»

*

Como en aumento fuese
El clamor de la infante, Alberto alzóse,
I acudió hácia la puerta por si viese
A Inámi aproximarse. Presentóse
La indiana al propio tiempo en el recinto
Esterior por acaso,
I aun desde léjos el materno instinto
El conocido lloro percibiendo,
A su socorro apresuraba el paso.
Mas súbito lo acorta
Al reparar a Alberto dolorido,
I con fatal presentimiento absorta,
«¿Por qué lloroso encuentro a mi querido,»
Esclama, «i en su rostro que el contento
Por siempre respiró, miro el tormento?
La vida de tu amigo ha peligrado,
O alguna nueva fúnebre te ha dado?»
—«Es vano tu temor,» él la contesta,
Haciendo a serenar su angustia empeño,
«Pero al salir del sueño
La niña te ha estrañado. Acude presta
A acallarla en tus brazos maternales.»
Aunque palabras tales
No calman de la mísera el recelo,
Ella vuela a la alcoba, i de la hamaca
Toma a la infante, aplaca
Con férvidas caricias

A despecho del mundo he de quererte.
Tú de mis ojos eres la luz pura,
I de este corazon el solo encanto.
Mas de mi amor en nombre te suplico
Que un tiempo corto a la verdad te alejes.
La mansion de tu padre sea entanto
La tuya i de tu hija; i no le dejes,
(Por nuestro propio bien esto te indico)
De tu dolor señales
En tí entrever, pues colmo a nuestros males
Tu mas lijera indiscrecion pondria.
Oculta pues a Colpi, amada mia,
Todo lo acontecido entre nosotros.
No cesen de admirar él i los otros
El habitual contento en tu semblante.
Oigan de tí que el único motivo
De esta separacion, por tí propuesta,
Ha sido que mas rápida adelante,
Con el reposo i mi cuidado activo,
De nuestro huésped la salud espuesta;
I que no bien él parta, de tu esposo
Al lado volverás. Yo cada dia
Entanto iré amoroso
A consolarte allí i acariciarte,
Como siempre en mí fué grata costumbre.
Ni estrañarás mi ausencia, ni yo darte
Podría otra ocasion de pesadumbre,
Cálmate, pues, enjuga el llanto amargo,
I cumple relijiosa con mi encargo.
Me lo prometes?»
— «Bien! tú lo deseas,»
Inámi replicó mal sosegada,
Despues de vacilar breve momento,
«Yo cuidaré que mi obediencia veas.»
I al seno acomodada

La niña, a paso lento
A la paterna choza se dirije,
Haciendo esfuerzo a serenar su rostro
I a encubrir el tormento que la aflije.

*

Inmóvil en el puesto
Alberto, contemplándola alejarse,
El corazon sentia destrozarse;
Mas cuando ella el camino hubo traspuesto,
Tornó a su choza, i en silencio triste,
Que no volvió a romper todo aquel dia,
Con la atencion mas pía
Su enfermo padre cariñoso asiste.

*

No bien restablecido
Sintióse Alejo i levantarse pudo,
Guióle el hijo al prado mas ameno,
A fin que en su aire, henchido
De aromas, el vigor beba su seno.
De entrambos el cariño, siempre mudo,
Las ocasiones cuidadoso evita
De continuar la infausta conferencia
Que una oculta impaciencia
A terminar cuanto ántes los excita.
Mas si los labios callan,
Harto elocuente voz los ojos hallan,
I en su silencio mismo bien se entienden,
Porque los dos comprenden
Cuanto la mente agrupa
Del compañero, i sin cesar la ocupa.
Hablan tambien por ellos sus suspiros,
I ese buscar acordes los retiros
Mas encubiertos al mirar profano.

Cada uno apénas prueba el alimento,
I solicita en vano
El sueño por alivio a su tormento.
Un dia al fin el jóven, tal tortura
Sufrir ya no pudiendo,
Dijo a su padre en ecos de amargura:
«Todo se conciliara, padre mio,
Si permitieseis vos que yo os siguiera
Con mi hija i con Inámi, i que ante el ara
De nuestro Dios, mi dada fé primera
Un sacerdote augusto consagrara.»
—«Qué dices! ¡Yo acceder a que publiques
Tu deshonra i la nuestra, i en tu patria
Esos infames lazos ratifiques!
Antes que permitir tal desacato,
Prefiero aquí morir, Alberto ingrato.
Libre te he de llevar como viniste,
O a tu angustiada madre
Tú mismo enviarás la nueva triste
De que tu obstinacion a un viejo padre,
En favor de una infiel, la muerte ha dado,
De que solo le habias libertado
Porque mas cruda su agonia fuese
Cuando tu injusta indiferencia viese.»
A tal contestacion, lloroso Alberto
La muerte como gracia le pedia,
I en su desperacion, del labio incierto
El sí que ya asomaba atras volvia.
Amor su fé i resolucion conserva,
I uno i otro tornaba a su reserva.

CANTO CUARTO.

¿Cuándo el tiempo vendrá para este mundo
En que la distinction de lengua o raza
No siembre entre hombre i hombre odio profundo,
Siendo oríjen perpetuo de amenaza?
Vemos que el animal mas iracundo
Nunca a su semejante despedaza,
I que, calmando su furor, se arrima
El leon i el tigre al de estranjero clima.

Mas sin avergonzarse de este ejemplo,
Solo al hombre orgulloso, que se ufana
De ser de la razon augusto templo,
I tras su perfeccion corre i se afana,
Aun las barreras conservar contemplo
Que fraccionan en mil la especie hermana,
I para aquel que habita otro dominio
La hostilidad pedir i el esterminio.

O América! ¿qué crímen ofrecias
A aquel conquistador que fulminaba
Fatal persecucion por largos dias
Al raro habitador que te ocupaba?
¿Espacio en tus desiertos no tenias
I en tu estension que el bosque cobijaba,
Para albergar talvez la Europa entera,
Si de ocuparte la intencion tuviera?

¿Por qué era pues forzoso que en desierto
Quedase convertido aun el recinto
Por tu primero ocupador abierto?
¿Era él acaso un jénero destinto?
Era delito suyo estar cubierto
De una piel mas morena, o el instinto
De destruccion juzgaba al cielo grato
De tanto sacrificio el aparato?

Pudiéramos dudarlo si aun ahora
No viéramos la Francia i la Inglaterra,
Donde la ilustracion mas se atesora,
Amenazarse con eterna guerra.
Breve espacio de mar, que en una hora
Atravesais, divide cada tierra,
I aun no canso ese mar de lucha impia,
Pide cruel mas sangre todavía!

Ese mismo espectaculo os espanta
Dó quiera que volvais la vista vuestra,
Parece qne la paz i la union santa
Siempre aborrecerá la estirpe nuestra.
De ello la historia que mi verso canta
Os está presentando clara muestra,
I ella será un ejemplo de los males
Que esa aversion produce a los mortales.

No hai prenda que no adorne en alto grado
A la infeliz Inámi: una alma pura,
Un tierno sentimiento acrisolado,
Virtudes, heroismo i hermosura:
Entendimiento vivo i despejado,
Que traspuesto a rejion ménos oscura,
Con rayos esplendentes admirara,
I deprimirlo aun el saber no osara.

La gracia, el dulce encanto la rodea,
I al que la mira acariciando al seno
A la hija en que su afecto se recrea,
Un cuadro de interes ofrece lleno.
Mas de tener por padre a un indio es rea,
No es de alabastro su color moreno,
I a la ventura el corazon proscrito,
Debe espiar, sufriendo, tal delito!

Alberto la ha cumplido su promesa,
I apénas del paseo a que solia
Su amado padre acompañar, regresa,
Él vuela a visitarla cada dia.
Siempre su rostro ante el Cacique espresa
Blanda serenidad, pura alegria,
Cual si angustioso asalto en el sijilo,
Nunca sufriese su interior tranquilo.

El a los indios de su amigo hablaba,
I por calmar mejor todo recelo,
Con cuánta pesadumbre ponderaba
Qus iba pronto a dejar su bello suelo.
Las venturosas nuevas les contaba
Que de sus padres dióle, i tal su celo
Era en aparentar, que quien le oía
El mortal mas dichoso le creía.

Pero no bien al lado de su esposa
Se llega solo a hallar, una invencible
Melancolia con rigor le acosa,
Saliendo al rostro su esplosion terrible.
Los tristes ojos en Inámi posa,
I en actitud inmoble, indefinible,
Como quedarse suele un insensato,
La observa suspirando luengo rato.

Con las blandas caricias, habituales
En otro tiempo, el corazon doliente
No le permite mitigar los males
De su consorte cerca de él sufriente;
I si ella entre los brazos paternales
Viene a depositar la hija inocente,
Conoce que se arrecia su quebranto,
Pues que la inunda de abundoso llanto.

I acaso le acomete repentino
El pensamiento entónces mas funesto,
Pues, cual si la creyese áspid dañino,
Al seno maternal la vuelve presto.
Sobretodo, despues que vió el mezquino
A su partido postrimero opuesto
Su inexorable padre, tanto cunde
La secreta afliccion que le confunde,

Que el halago de Inámi i la presencia
De la hija tierna, en vez de consolarle,
Parecen de su pecho a competencia
La dolorosa herida envenenarle.
Oh! cómo siente ya que la existencia
No hubiese conseguido arrebatarle
El plomo adverso, cuando en raudo efujio
Iba a buscar en Ranco su refujio!

O que la horrenda noche que del lago
La furia desafió con pecho fuerte,
Por salvar a su padre del estrago,
No se tornara su desmayo en muerte!
Es la vida para él infierno aciago,
I alguna vez con regocijo advierte
Que su razon, hundida en sima oscura,
Trastornan arrebatos de locura.

La inconsolable esposa que le mira
En esta situacion, «Ya no me ama
Tu pecho,» le decia, «ni le inspira
Leve interes mi fervorosa llama.
Ella a hacerle feliz en vano aspira
I un tiempo a restaurar que oculta trama
Hizo desvanecer cual grato ensueño.
No reconozco ya mi antiguo dueño;

«Desde que vino ese hombre a tus hogares,
La fuente él enturbió de mi ventura:
Solo me ha dado insomnios i pesares,
Me robó de un esposo la ternura,
¿Cuándo se ausentará de estos lugares?
¿Cuándo podré mirar tu frente pura
Del ceño despejada que sombrio
Es causa eterna del tormento mio?

«Ah! si supieras tú cómo yo estraño
Mi lecho! cómo tu hija está impaciente
Por volver a la choza donde el año
Sentiamos correr tan dulcemente!
Donde no usabas tú ficcion o engaño,
Me remecia sin cesar tu ambiente,
I el placer que a tus ojos se asomaba
Del mio era espresion, i lo aumentaba!

¿Por qué tu labio fiel no me descubre
Con qué calumnia vil, ante tus ojos,
Ese estranjero de baldon me cubre
Para gozar talvez de mis despojos?
¿Por qué ignorada falta que se encubre
A mi cavilacion, yo sus enojos
He merecido? Si de mí algo piensa,
Suplícale que escuche mi defensa.

«¿Te ha dicho que no te amo?... Tú conoces
Si inculpacion tan pérfida merezco.
O te ha infundido por ventura atroces
Sospechas?... hable tu alma; yo enmudezco.
¿Te ha hecho esperar en fin mas dulces goces
De otra ausente mujer... yo desfallezco,
I ante este solo abismo no prevalgo.
En realidad, Alberto, yo qué valgo?»

— «Nada de cuanto juzgas, prenda mia,
Es la causa veraz de mi desvelo.»
— «Entónces qué es?» — «Decírtelo sería
Acrecentar sin fruto nuestro duelo.»
— «I esta desconfianza merecia
Mi amor constante i obediente celo?»
— No despedaces mi alma atribulada,
A eterno sufrimiento condenada!»

Así diciendo, rápido se aleja,
I abandonada a confusion terrible
I a sus sollozos lúgubres la deja,
Presa él mismo tambien de augustia horrible.
En esta situacion su alma perpleja
Conoce que mas tiempo no es posible
Permanecer; pero ai! que solo un modo
Halla ¡infeliz! de remediarlo todo!

La muerte, sí, la muerte! ¿i qué la vida
Le puede ya importar, cuando contempla
Toda esperanza al corazon perdida,
I nada en torno de él su duelo templa?
Aquí una esposa encuentra dolorida,
Allá ve un padre que el rigor no atempla,
I miéntras uno i otro contribuyen
A su dolor, el propio le atribuyen.

Ni ménos sobre Inámi duro imperio
Ejerce del esposo la mudanza,
Su reserva i frialdad, i ese misterio
Cuyo hondo velo a descorrer no alcanza.
Su vista, en vez de darla refrijerio,
Coloca su ilusion en lontananza
Cada vez mas remota, i ya la vida
Va principiando a serle aborrecida.

Ya los dos para quienes la mas corta
Ausencia fuera un tiempo intolerable,
I cuyas almas eran una, absorta
En éxtasis de gozos inefable,
Conocen que su union no les reporta
Sino inquietud, disgusto lamentable,
I cual se temen, ai! dos enemigos,
Procuran siempre verse con testigos.

Porque al ménos entónce el disimulo
De que son a valerse precisados,
Suele servirles de engañoso adulo.
Mas sus adioses de efusion privados
I de los ojos el lenguaje nulo,
Les hacen advertir desesperados
Todo el peso cruel de ese desvío,
I el insufrible horror de tal vacío.

Se aman ellos aun? Talvez lo dudan,
Pero hado inevitable no permite
Los lazos destrozar que los anudan,
Por mas que el sufrimiento los irrite.
I aunque al despecho por odiarse acudan,
I el propio corazon lo solicite,
Presienten ¡o misterios inefables!
Que los hará el mismo odio inseparables!

En el resentimiento que exacerba
El amor ofendido de la madre,
En cuanto le es posible, se reserva
De presentar la niña al mústio padre;
Mas si consulta su interior, observa
Que no puede evitar que lo taladre
Solo el pensarla de él huérfana un dia,
I que ántes verla muerta desearia.

Tanta contradiccion, tal sufrimiento
Ya en su salud tan rozagante influye,
I su cuerpo en notorio descaimiento
Por dias se enflaquece i se destruye.
Ella ha guardado oculto su tormento,
I su fidelidad no disminuye
A la promesa que empeñó al esposo,
Aunque en aumento va su estado ansioso.

Mas tan pronto como él se separaba,
Faltando resistencia a su amargura,
De la paterna choza se ausentaba
E iba a buscar la selva mas oscura.
I ya en sus senos solitarios daba
Curso libre al dolor, ya en una dura
Arida roca de desierta cima,
Que sobre el lago la cerviz sublima,

E internándose en él un trecho largo,
Cual baluarte asombroso, era el asilo
Donde entregarse al pensamiento amargo
Tenian los de Ranco por estilo,
Cuando de sus desastres el recargo
Aspirar les hacia por el filo
La existencia a acabar, o ya en el seno
Profundo que a sus pies rueda sereno.

Al borde de esa cúspide sentada,
Como la imájen del dolor absorta,
Fija en el occidente la mirada,
A otra rejion parece se transporta;
I de la eternidad, como hechizada,
Atiende el eco que en la voz aporta
Del viento suspirante a sus oidos,
O del durmiente lago en los jemidos.

De aquel primer amor vienen los dias
Fuljentes a pintarse en su memoria:
Parécela aun sentir sus melodias
I gozar los encantos de su gloria.
Mas poco a poco ve nubes sombrías
Ir cubriendo esa atmósfera ilusoria,
Desparecer los fúljidos celajes,
I amenazar rujiendo los orajes.

Rodeándola al fin niebla profunda,
Todo es en torno soledad i horrores.
I oye una voz que grita jemebunda:
Murieron para siempre tus amores!
Un helado sudor su cuerpo inunda,
I la acometen súbitos temblores,
I el torrente enfrenado de su llanto
Rompe entre gritos de dolor i espanto.

Sobre el peñon tendida, como loca
Se mesa los cabelloa i maltrata
El bello rostro, i la temblante roca
A compasion parece que arrebata.
Ella la muerte en su socorro invoca,
I un solo oculto influjo desbarata
La intencion de buscarla en el abismo,
Que la asalta en su fiero parasismo.

Sin duda que la vez que lo desea,
De la hija que deja en desamparo
Viene a arredrarla la espantosa idea,
I es de su salvacion dichoso faro.
Acaso de esperanza tambien sea
Efímera vislumbre; a cuyo amparo
El éxito aguardar quiere acojida,
Como a una tabla en la tormenta asida.

En tales escursiones a menudo
La sorprendió el Cacique, i amoroso
La conjuró que de ese llanto mudo
Revelase el oríjen misterioso.
I aunque vencer su obstinacion no pudo,
Los recelos del indio cauteloso
La varia i vacilante escusa aviva,
Con que ella siempre complacerle esquiva.

Colpi abriga sospechas en efecto,
Pues la razon que alargue no concibe
Esa separacion que al tierno afecto
De la doliente Inámi se prescribe,
I de Alberto el amigo circunspecto,
Sin suficiente escusa que motive
En Ranco su escesiva permanencia,
Parece le escitara a la infidencia.

Ni ménos sospechoso cada isleño
Se encuentra al observar que Alejo evita
Hablarles siempre con sombrio ceño,
I el poder que en Alberto él ejercita;
Pues como el can mas fiel sigue a su dueño
Cuanto mayor dureza le acredita,
Mas sumiso le ven acompañarle,
A proporcion que él muestra atormentarle.

I como busca siempre el viejo uraño
En su paseo el sitio mas desierto,
Temen ya sea un brujo que en su daño
Tramando se halle maleficio incierto;
I a confirmar propende tal engaño
El trastorno mental del triste Alberto,
Con que juzgan que el pérfido ha querido
Hacer que entregue su consorte a olvido.

Creciendo en ellos presunciones tales,
Negra aversion a Alejo les producen,
I al Cacique i los indios principales
A concertar la represalia inducen;
I de ello sus discursos dan señales,
Que los aviesos ojos reproducen,
Si al presumido nigromante fiero
Llegan acaso a hallar en su sendero.

Al solícito Alberto tanto indicio
Ocultarse no pudo, i el indiano
Carácter conociendo, el triste auspicio
Que arrojan ve contra el severo anciano.
Con esto acrecentado su suplicio.
Por prevenir el riesgo ya cercano
I a un padre libertar, resuelto a todo,
Vuela a sus pies i le habla de este modo:

«Es ya tiempo, padre mio,
De agitar vuestro retorno:
Todo cuanto miro en torno
Me infunde temor fatal.
Sobrado me cuesta daros
Este presajioso aviso;
Pero evitar es preciso
Talvez un inmenso mal.

«Con ceño irritado os miran
Los indios, i algun funesto
Designio se trama, o presto
Se tramará contra vos.
Oh! por lo que os es mas caro,
Partid ya... ¿De mi qué fuera
Si por causa mia hubiera...
Partid de una vez por Dios.

«Olvidad que habeis tenido
Un hijo tan vil e ingrato.»
— «¿Tramarán mi asesinato?
Hace tiempo yo preví
Que tus nuevos compatriotas,
Para poseer todo entero
Tu corazon, golpe fiero
Fraguarían contra mí.

«Que ellos su designio cumplan
I tiñan sus viles manos
En mi sangre, pues son vanos
Los esfuerzos de mi amor.
La parte mejor del alma
Me arrancaron: ya no intento
Disputarles un aliento
Que has condenado al dolor.»

— «Padre mio! Padre mio!
¿Porqué en el horrible apuro
Me poneis, de ser perjuro
A la mas sagrada fé,
Abandonando a la muerte
Mi esposa, una hija querida...
O de ser un parricida...
Pues bien, Señor! Cederé.

«Celebrad el triunfo vuestro
De mi inútil resistencia;
Mas a la alta Providencia
Qué cuentas tendréis que dar!
Conducidme al sacrificio,
I dejad en este suelo
Dos víctimas que del cielo
La justicia han de implorar!

«Os seguiré; pero exije
Que a su suerte rigorosa
Prepare a mi amante esposa
Un imperioso deber.
La diré que breves dias
Me obliga el hado a dejarla,
Pero por siempre a adorarla
Pronto me verá volver.

«Con esta esperanza al ménos
No tan motífero el daño
Será, pues el desengaño
Beberá con lentitud.
I aun espero que mi sombra
Cumplirála tal promesa,
Porque se hundirá en la huesa
Bien pronto mi juventud!»

Dijo; i con rostro brillante
De placer, le alzó el anciano,
Estrechóle al seno ufano,
I esclamaba: «En hora tal
A mi hijo reconozco.
Interior presentimiento
Anunciaba este momento
A mi afecto paternal.

«Gracias le tributo al cielo
Que, apartando el velo oscuro
De tu vista, siempre puro
Me vuelve tu corazon.
Su favor claro me anuncia
Que he de conservarte i fío
Que otorgará al ruego mio
El consuelo a tu afliccion.

«Sí, porque en tu patria, Alberto
Cuando te cerque el halago
De los tuyos, ese estrago . . .»
— «No, no lo espereis jamas!».
Dice el mísero, i se aparta
A dar el adios eterno
A Inámi, horroroso infierno
Retratándose en su faz.

En vano, con las mas dulces
Palabras que amor dictólo,
Su infausto viaje anunciólo,
En vano la prometió
Que mui pronto volveria,
Pues solo por dar consuelo
De muriente madre al duelo,
A partir se resolvió.

En vano otros mil pretestos
Agregaba: fué imposible
Mitigar la angustia horrible
De su amorosa inquietud.
Pedíale arrodillada
Que consigo la llevase,
Sin temer ocasionase
A su marcha lentitud.

«No me arredrarán mil riesgos,
Clamaba, «o marcha prolija,
Te seguiré con mi hija
Por todas partes a pié.
I si temes a tus padres
Confesar que soi tu esposa,
Con solo verte dichosa,
Por tu esclava pasaré.»

I junto con tales ruegos
Sus rodillas abrazaba;
Mas viendo que no recaba
Del esposo compasion,
Como de eléctrico golpe
Herida, el aspecto claro
Del perjurio i desamparo,
Destrozó su corazon.

No bien la espalda le vuelve
Alberto en partida brusca,
Cuando su razon se ofusca
I rompiendo el sollozar,
Aquel corazon hinchado
Como el mar en la tormenta,
En convulsiones revienta,
Sin poderse moderar.

Sus tristes quejas llegaron
Del Cacique a los oidos,
I turbados los sentidos
De rabia, hácia ella acudió.
Ha visto marcharse a Alberto,
I de que él sea no duda
Quien causó pena tan cruda
A la hija que mas amó.

Hallándola desperada
Revolcándose en el suelo,
El oríjen de ese duelo
Jura que ha de descubrir.
I aunque en su presencia Inámi
Algun tanto se repone,
I el semblante ella compone,
Así la empieza a decir:

«Hija mia! ¿Porqué lloras?
Por qué así te desesperas?
Cuándo al fin tus penas fieras
A mi amor revelarás?
¿Qué te ha hecho ese tirano?»
— «Nada, nada, padre mio,»
Ella le responde, frio
Terror cubriendo su faz.

— «Cómo nada! i moribunda
En este instante te deja,
I apresurado se aleja
Como un criminal talvez!
¿Es esta la confianza
Que tu padre ha merecido?
Ver a ese hombre preferido
A pesar de su esquivez!

«Hace tiempo yo conozco
Que tu contento ha cesado:
Varias veces te he encontrado
Sobre ese peñon fatal,
Que no visita el isleño,
Sino cuando el canto espira
De su ventura, i suspira
Un alivio funeral.

«¿Cómo quieres que te observe
Lentamente consumirte,
I no insista en exijirte
La causa de tu dolor?
¿Cómo pretender que un padre
Con tu muerte se conforme,
I no te haga un cargo enorme
Por lo débil de tu amor?

— «O padre! padre querido,
Yo ese cargo no merezco,
I es mucho lo que padezco
Guardando el silencio a fé.
Mas cometería un crímen
Si hablara, i mas pronto el dia
De mi muerte llegaría.
Mi promesa cumpliré!

«La tórtola enamorada,
A quien la dicha abandona,
Sus desastres no pregona.
Solitaria la infeliz
Se va a lo mas escondido
Del bosque a llorar sus penas.
Fueron mis horas serenas,
Pasó mi tiempo feliz!»

— «Bien lo veo! Tú te asustas
De hacer a tu esposo un cargo.
Mas de ese tormento amargo
El solo motivo es él.
Por él brillaba en tu rostro
La sonrisa de la aurora,
I por él lo cubre ahora
Nube de pena cruel.

«Estar por siempre a su lado
Era tu mayor ventura:
Hoi te llena de amargura
Si respira junto a tí.
De su choza te ha espulsado,
Su ceño es siempre sombrio,
I te ha exijido el impío
Que te reserves de mí!

«¿Qué otro testimonio aguardo
De que ha cesado de amarte,
I a pesadumbres matarte
Quiere a fin que en libertad
A su patria volver pueda
Con el huésped?... Ya poseo
Su misterioso deseo...
Yo evitaré la maldad!»

—«Ah! qué decis?»
—«¿No tenemos
Aceros bastante agudos?»
—«¿Pretendeis herirle crudos?»
—Castigaré su traicion!»
—Pero Alberto es inocente!
—No puede tener disculpa
—Entónces, si hablar es culpa,
La exije su salvacion.

«I hablaré... Yo garantizo
Su inocencia, que constante
Quererme hasta aquel instante
Que el huésped llegó le ví.
Este fué el infausto jénio
Que a mudar a Alberto vino,
Pues no sé por qué destino
Su aversion yo merecí.

«Mi esposo me afirma siempre
Que aun me ama, pero entretanto
Crece negro su quebranto,
I aun el hechizo cruel
Del viejo tanto ha podido,
Que a dejarme ya le obliga,
sin consentir los siga,
Pronto marchará con él.»

— «Se van a ausentar!»
— «Posible
No es dudarlo.»
— «Ni yo quiero
Saber mas,» esclama fiero
El jefe con acritud.
I como trémula Inámi
Por Alberto le suplica,
Al marcharse la replica:
«El no te cause inquietud!»

*

No da treguas el indio al impetuoso
Ardor de la venganza que le ofusca:
A sus vasallos mas resueltos busca,
I les revela el golpe que el esposo.
Prepara a la hija suya, seducido
Por los ensalmos del perverso brujo,
Con que instantánea combustion produjo
En cada ánimo avieso i prevenido.
Sin vacilar, del seductor nefario
Claman que se escarmiente la insolencia,
I no hai quien no se brinde a competencia
A ausiliar el intento sanguinario.
Los dos mas diestros el feroz Cacique
Por sus ministros toma, i les confia
Velar con él la presa noche i dia,
Oponiendo a su fuga mortal dique.
¡Ai de aquel corazon que, duro al llanto
De Inámi, no se inquieta por su suerte,
Sin sospechar que a defender la acierte
Otro destino favorable entanto.

CANTO QUINTO.

Miéntras la noche infausta se acercaba,
De Alberto destinada a la partida,
Su alma, de duelo funeral circuida,
Se siente destrozar por el dolor.
I el corazon parece que le arrancan
Al obligarle a abandonar el suelo
Donde él creyó encontrar su eterno cielo,
I a traicionar su desgraciado amor.

Inmóvil contemplando está el desierto
En que va a entrar su vida miserable,
I se figura el eco lamentable
De la consorte moribunda oir.
Teme verla asomar cada momento,
La sangre se le hiela, i trastornada
A ratos la razon, cree que en la nada
Va a hundirse alegre aun ántes de partir.

Pero no fué propicia a su deseo
La muerte, i avanzándose la sombra,
La hora que tanto a su cariño asombra,
La hora temida de marchar llegó.
Radiante de alegria Alejo entónces,
Recuérdale que el tiempo es ya propicio,
I como marcha el reo a su suplicio,
Con vacilante paso él le siguió.

Al emprender su marcha, la menguante
Luna ya descendia hácia el poniente,
Sobre la isla i el lago trasparente
Vertiendo escasa lumbre sepulcral.
Un fatídico cerco rodeaba
Su trono misterioso, i entretanto
Universal silencio daba espanto
Indefinible al corazon mortal,

Del centro de los bosques se elevaban
Ecos, a ratos, lúgubres, inciertos,
Cual si hubiesen las sombras de los muertos
Venido en sus sepulcros a jemir.
I el alado habitante de los cielos
Aterrado callábase en el nido,
De la lechuza el áspero chirrido
Oyéndose tan solo discurrir.

A pensar de otro mundo convidaba
Naturaleza toda, i se dijera
De su terrible situacion postrera
Querer representar la imájen fiel:
Cuando el sol derribado de su trono,
Solo perciba el orbe escasa lumbre
De algun astro que aguarde allá en la cumbre
La señal de rodar en pos de aquel.

Desvanecida la última esperanza,
Entanto que el camino lento mide,
Alberto de su choza se despide,
Donde no ha de tornar a ser feliz.
I una parte del alma en cada arroyo,
En cada árbol que ofrece a su memoria
Triste recuerdo de pasada gloria,
Va dejando prendida el infeliz.

Cuando amenaza inmensa desventura,
Fatal presentimiento nunca falta,
Que con dobles esfuerzos nos asalta
A proporcion de su proximidad.
I todo cuanto objeto nos rodea,
Parece revestir negros colores,
Cual si enlutar al mundo sus primores
Hiciese nuestra propia adversidad.

No es quizás ilusion vana, engañosa,
Producto de turbado pensamiento,
No es del acaso efímero portento,
Nó, que sin duda en la natura un Dios
Infundió poderosa simpatía
Por el destino de su dueño, el hombre,
I cada aspecto de ella tiene un nombre
I trae cada eco su presajio en pos.

Talvez supersticioso me titulen,
Mas tal es la impresion de mi esperiencia,
I al contemplar la humana indiferencia
Por mi ventura o fiero padecer,
O bosques, o llanuras, o astros bellos,
Lamentos de los aires i los rios,
Me es grato ver que a los desastres mios
Mostrais vosotros tan sensibles ser!

Así al mirar el lúgubre i sombrio
Aspecto de la noche, de repente
Del triste Alberto el corazon latiente
Viene a asaltar presentimiento atroz.
I deteniendo súbito sus pasos,
«O padre mio,» esclama casi inerte,
«No vamos adelante, pues me advierte
«Que hai un peligro presajiosa voz.»

El padre le reprende esa flaqueza,
Que del amor él juzga producida,
I la isla señalando en sueño hundida,
Donde moverse una hoja no se ve,
Ni el mas leve rumor ofrece indicio
De que enemigo oculto los acecha,
Desvanecer procura su sospecha,
I hace mas pronto resbalar su pié.

Llegan ya a la ribera donde deben
Emprender de las olas el camino.
Ajeno de su mísero destino,
Quiere aguardar Alejo solo allí
Que el hijo de una próxima ensenada
Vaya a traer la embarcacion dispuesta,
En tanto que al puñal en la floresta
Un tiento da furioso frenesí.

En ameno lugar, donde mil veces
Alberto fué dichoso, la piragua
Yacia, i ántes de impelerla al agua,
Deshecho en llanto al suelo se postró.
I algun tiempo besando aquella tierra,
De que apartarse apénas ya podia,
Pensando cuánto Inámi jemiría
En aquel mismo instante, demoró.

Vuelto por fin en sí con el recuerdo
De que distante i solo Alejo estaba,
Con el adios postrero se arrancaba,
I en la canoa apresuróse a entrar.
Sus brazos hácia el punto convenido
La iban encaminando, cuando ¡cielos!
No eran vanos sus lúgubres recelos!
Ve tres puñales a la luz brillar.

Vánlos blandiendo las furiosas manos
De otros tantos fantasmas que salian
Del bosque, i al lugar se dirijian
Donde el anciano imprevenido está.
Cae el remo de sus manos a tal vista,
I en raudo hielo el corazon transido,
Solo puede exhalar un alarido
Que en torno el eco repitiendo va.

Apresuran el paso los malvados
Entónces, se abalanzan sobre Alejo,
I cuando él torna la cerviz perplejo,
Advertido del tétrico clamor,
El bárbaro que va mas adelante,
Le hunde en el cuello la sangrienta daga,
Sobrevienen los otros i honda llaga
Le abre cada uno en rápido furor.

Ronco jemido fué la sola queja
Que el mísero exhaló, cayendo al punto
Bañado en sangre i sin color, difunto
Cual la víctima espira a la segur.
La luna que al venir iluminóles,
Iluminó tambien la fuga presta
De los bandidos, dando la floresta
A su delito albergue sin adur.

Alberto estuvo helado como el mármol
Miéntras la escena funeral pasaba;
Pero luego a llegar se apresuraba
Creyendo lo que ha visto una ilusion.
Fué su primer impulso a los malvados
Perseguir; pero presto convencióse
Que era inútil empresa, i retornóse
Al cadáver, opreso el corazon.

Arrójase sobre él: su voz muriente
Le llama con acentos repetidos,
Mas no llega respuesta a sus oídos;
Su padre un tronco inconmovible es ya.
Con bárbara destreza los puñales
Hirieron en las partes mas sensibles,
Donde los golpes son mas infalibles
I la vida mas súbito se va.

Desesperado entónce, ahogado el pecho
Por el sollozo, abraza el cuerpo frio,
I esclama: «¿Por qué el cielo, padre mio,
Conmigo ensaya su fiereza así?
«¿Por qué de tu amor víctima, no puede
Al seno maternal yo devolverte?
Cuando conozca tu espantosa suerte
¿Qué pensará su indignacion de mí?

«¿Cómo la anunciaré que a tal desgracia
Te trajo mi funesta incertidumbre?
¿Como la llevaré tal pesadumbre?
Sin duda su dolor la matará.
Mas yo descubriré tus asesinos
Aunque huyan de la tierra a las entrañas;
Perseguiré esas fieras alimañas,
I tu venganza a un tiempo ella sabrá.»

Así diciendo el mísero, el cabello
Se arranca, i se revuelca en arrebatos,
I cual dudoso de su suerte, a ratos
Torna si el cuerpo no se anima ver.
Siempre de esa ilusion se desengaña,
I acaso el roce de una sombra siente,
Que pasa i se desliza por su frente,
Donde la vida lucha i el no ser.

Veló tambien aquella noche Inámi
A Colpi vió salir desde las horas
De oscuridad primera, aterradoras
Señales dando su mirar feroz.
I no sintió despues que a la cabaña
Él a ocupar su lecho regresase,
Aunque el astro nocturno acelerase
Hácia occidente su correr veloz.

¿Dónde estará? Sin duda del esposo
La fuga a prevenir él ha marchado.
Mas si arbitrios sangrientos ha empleado,
No fuera su abandono menor mal?
¡Qué temores, qué fiebre la devoran
En la vijilia i dolorosa espera!
Cuál de la vida a precio ella quisiera
Hecho no haber la confesion fatal!

Al fin, cuando juzgaba cerca el dia,
Oyendo algun ruido hácia la puerta,
Salta del lecho conturbada, yerta,
I corre al punto a examinar quién es.
Era el Cacique, sí, i en el silencio
Que a sus preguntas guarda, ella conoce
Que algun misterio la reserva atroce.
Toma su mano recelosa, pues

Húmeda i pegajosa la ha sentido,
I como si las ásperas escamas
Tocase de una sierpe, o vivas llamas,
La suelta i retrocede con horror.
Se acerca hácia el hogar casi apagado
Fuera de sí, reanima la ceniza,
I ve una mancha profanar rojiza
Su temblorosa mano al resplandor.

Desencajados, doloridos ojos
Torna hácia Colpí, i lanza un alarido
Viendo tinto de rojo su vestido
I en su rostro espresion que la hace helar.
«¿Qué sangre, padre mio, es la que os cubre?»
Con eco moribundo le pregunta,
— «La del brujo español!» casi difunta
Le oye, crujiendo el diente, contestar.

I como el tigre, vuelto a su caverna
Despues que de una víctima en la entraña
Su hambre sació, la sanguinosa saña
Exhala todavia en su rujir,
«Tu temor era cierto,» continúa,
«Huian! mas al pérfido enemigo,
En el lugar del crimen, su castigo
Le acaba aqueste brazo de inflijir!

«Al pais de las almas viaja ahora.»
— «Qué horror ... pero mi Alberto?» ... ella repone.
— «Ya no debes temer que te abandone,
Pues del vil hechicero libre está!»
Con tal contestacion algo aliviada,
A dejar aquel sitio se apresura;
Pero con pié temblante, pues la augura
El corazon que a su suplicio va.

Corre a su propio albergue ... está desierto!
Busca en seguida por el bosque i playa,
I cuando el dia en el oriente raya,
Rompiendo de las sombras el capuz,
De la ribera atisba en un recordo
Dos inmóviles bultos, se le ajita
Todo su ser, el paso precipita,
Conoce a Alberto con la incierta luz.

Aproxímase a él, i «esposo mio,»
Le grita, remeciéndole en el suelo,
«No oyes, bien mio, de tu Inámi el duelo?
Ha venido buscándote hasta aquí.»
Cual de profundo sueño recordando,
Alza la frente Alberto, que apoyaba
Sobre el cadáver frio, i la tornaba
Con ojos do se pinta el frenesí.

No vierte una palabra de sus labios,
Pero le ocupa un recio escalofrio,
E Inámi, ántes de ver su desvario,
«Vives!» prosigue, «o dulce esposo, aún!
«Cuánto temí no hallarte respirando!
Ah! soi feliz, tú vives!...» pero helada
Quedósele la voz, de su mirada
Aquí advirtiendo la ira no comun.

«Con que ojos de otro mundo me contempla!»
Prorrumpe al fin, «¿te soi, Alberto, odiosa?
¿No reconoces a tu amante esposa?»
— «Mi esposa tú!... No te conozco mas!»
— «Ai de mí! te ha mudado a tal estremo
Tu obstinado cariño por ese hombre!»
— «Está muerto! No ves? Sin duda el nombre
Del que a mi padre asesinó sabrás.

«Dímele i te conozco»
— «Qué revelas!
Era tu padre! ¿i qué es lo que yo he hecho?
¿Con qué he muerto a tu padre!» en el despecho
Del dolor esclamaba mas cruel.
— «Tú le has muerto, infeliz?»
— «Yo que a mi padre
En un delirio revelé mi injuria»...
— «Tú, su asesina, abominable furia!»
— «Obligada a esplicarme fuí por él.

«I en mi desperacion, para salvarte,
Viendo que mi abandono te imputaba,
Que era el brujo español le aseguraba
El que mi tierno esposo me arrancó.»
Diciendo así, convulsa se estropea
La bella faz entre la arena hundida,
Miéntras Alberto aniquilar su vida
Queriendo al parecer, fiero se alzó.

Ella prueba arrastrándose a sus plantas
Asirse, i la rechaza un golpe fuerte.
— «Déme tu brazo por favor la muerte,
Mas no me apartes, o mi Alberto, así.
«Veo que de tu afecto me he hecho indigna,
Que aversion yo merezco i soi culpable:
La vida me es infierno intolerable.
Venga a tu padre sin tardanza en mí.

«Por este medio calmarás su sombra
I yo bendeciré tu mano pia,»
I el seno sin defensa le ofrecia
De aguardar su suplicio en actitud.
Alberto la huye siempre, i aunque mudo,
La vista cada instante mas severa,
Denuncia su furor: súbito «Fuera!
«Fuera de aquí!» rompió con acritud.

«No mas con tu presencia contamines
Este lugar, o tigre parricida;
Tu vista me es infausta, aborrecida
Mas que una sierpe o la infernal mansion!»
I violento hácia el bosque la empujaba;
Pero apénas sus pies la sostuvieron
Hasta ocultarse en él. Allí cedieron,
I cayó sobre un tronco sin accion.

*

¿Hai mas desgraciada suerte
Que la que a Alberto le toca?
Mirarse así compelido
A alejar su amada esposa!
Ser ella su bien supremo,
Su único encanto, la sola
Que en tal situacion podria

Dar alivio a su congoja;
I contemplarla culpable
De la sangre mas preciosa,
Que imposible para siempre
Ya la union de entrambos torna!
¡Cuánta ilusion se disipa
Como el humo, cuánta gloria
En sanguinosos andrajos
De repente se trasforma!
Un padre que reprobaba
Su pasion, ya de la fosa
Va a ser despojo, i cadáver
La piedad filial invoca.
Los dos contrarios influjos,
Cuya lucha rencorosa
Debió hacer cesar la muerte,
Hoi mas violentos se chocan.
I si él pretendiera un dia,
Recordando que a la esposa
El amor hizo imprudente,
Perdonar su falta loca,
Al estenderla los brazos,
La imájen aterradora,
De Alejo no se alzaria
Esclamando en voz quejosa:
«Así olvidas a tu padre,
Así ultrajas su memoria!
Vas a hacerte un parricida,
En vez de vengar mi sombra?»
Ai mísero! ¿Qué consuelo
Le resta en la tierra toda?
¿Irá en busca de una madre,
A causar su muerte propia?
I si el cadaver consulta,
Hoi su compañia sola,

¿No le dice que es vengarle
Su atencion mas imperiosa,
I que para ello es preciso
Que nueva abismo interponga
Entre él e Inámi, rompiendo
Un corazon que ella adora?
O cielos! Si vuestros rayos
Contra el criminal se forjan,
Cómo a un inocente embisten
Con tanta fiereza ahora?
¿Con qué secreto delito,
Que su discurso no logra
Descubrir, ha merecido
Vuestras iras vengadoras?

*

Tales son los pensamientos
Que al mísero Alberto ocupan
Desde que en torno no encuentra
Sino soledad profunda.
Tales, si levanta al cielo
Los ojos, son sus preguntas,
Dudando si rija el orbe
Una Providencia justa.
En el funeral silencio
Que aterrador le circunda,
A ratos se le creyera
Del dolor la estatua muda,
Cuando inmóvil considera
Sus inmensas desventuras;
I a ratos ser algun jénio
De adversidad, cuando turban
Sus maldiciones los ecos,
Que a lo léjos las susurran,
Como próxima tormenta

Su palidez mas profunda.
Manifiesto es que la ira.
En aquel combate triunfa:
Jira su vista espantable,
Vengativa sed le ofusca.
De entre la arena levanta
Un puñal que a las sañudas
Manos de los asesinos
Se escapó en su presta fuga.
Besa de paterna sangre
Las manchas que lo deslustran,
Las lava; i la senda toma
Que hácia Colpi le conduzca.

*

No léjos de su cabaña
Le halla en el bosque, se inmuta,
I refrenándose apénas,
De este modo le saluda:
«Cacique, una deuda tengo
»Que arreglar contigo: escusas
»No debo esperar me alegues.
»Los indios teneis por justas
»Las venganzas que da un hijo
»A las paternas injurias.
»De la muerte de mi padre
»Aqueste puñal te acusa;
»Preciso es que yo lo tiña,
»Por calmarle, en sangre tuya,
»O que agregues tú la mia
»Si te es fausta la fortuna.
»Ea, pues, si eres valiente,
»Ven conmigo.» Se conturba
Al principio el indio fiero,
Cuando tal noticia escucha;

I «¡era tu padre!» le dice,
«Harto lo siento; i sin duda,
»Si ántes sabídolo hubiese . . .»
Pero luego continúa
Reflexionando: «no creo
»Que hubiese su desventura
»Aun entónces evitado,
»Si te inducia a la fuga,
»I a usar para la hija mia
»La mas traidora conducta.»
—«Tu hija!» replica Alberto;
«Venga luego a esa perjura,
»Porque ahora es necesario
»La abandone mas que nunca.»
—«Pronto estoi a contentarte,»
Repone en voz iracunda
El Cacique, «i a seguirte
»Do quiera que me conduzcas.»
I corre presto a su choza
A armarse de daga aguda.

*

El peñon de los *suspiros*,
La árida roca que en punta,
Formando vasta ensenada,
Se internaba en la laguna,
Por su soledad fué el sitio
Electo para la pugna.
I a la verdad tan agrestes
Son sus flancos, tan oscuras
Las sombras que en derredor
Proyecta, que el alma turba
Su solo aspecto, i la infunde
Inevitable tristura.
A sus pies i a flor del agua

Se abren cavernas profundas,
En donde los indios dicen
Que por el dia se escuchan
Lamentos que van creciendo
Miéntras mas el viento zumba,
Hasta oirse en la tormenta
Una infernal barahunda.
I por la noche, en la cima,
Si vierte pálida luna
Tristes rayos, las escenas
Mas espantosas alumbra.
Pues por las rocas vagando,
Se cuentan sus amarguras
Las almas de los que dieron
Fin allí a la vida suya.
Por eso el nombre le vino
Al peñon, por eso nunca
El isleño lo visita,
Sino cuando esfuerzo busca
Para abandonar la vida
De que el pesar le disgusta,
I encontrar entre las olas
Término a sus desventuras.
Llegados a aquel paraje,
Yerno i suegro que la dura
Suerte hoi hace tan contrarios,
Se enfrontan con furibunda
Saña igual, que el uno intenta
Vengar a un padre, i la injuria
De una hija el otro. Ya brillan
Al sol las dagas agudas.
El Cacique corpulento,
Con su cerviz melenuda,
La tez roja i atezada,
El semblante que se inmuta

Con la pasion mas sangrienta,
El labio vertiendo espuma
I los ojos vivas llamas,
Parece jigante furia.
No es tan alta ni fornida
Del contrario la estatura,
I un furor ménos salvaje
Las facciones le demuda.
Aun quizá se temeria
Que a breve lidiar sucumba,
Si la ira mas concentrada
Que en su aspecto se columbra,
I por lo mismo mas apta
A saber guardar mesura,
La ajilidad de sus miembros,
Su desenvuelta apostura,
La seguridad no dieran
De que con ventajas muchas
Las del bárbaro compensa,
I aun quizá las sobrepuja.
Pronto acércanse, se embisten,
I cien puñaladas crúzan
Sedientas de adversa sangre.
Las del indio son tan rudas
I violentas, que lograran
Dividir las rocas duras.
Pero Alberto ya con saltos
Ya con esguinces las burla,
I ora avánzase resuelto,
Ora el cuerpo veloz hurta;
I cuando mas ya no puede,
Embota la daga cruda
En la manta con que envuelto
Su siniestro brazo escuda.
Ya el indio incapaz se encuentra

De moderacion o astucia.
Rujiendo de que el contrario
Tantas veces se le escurra.
Reune todo su esfuerzo,
Su defensa no consulta,
I en una última embestida
Toda su esperanza funda.
Los golpes que a Alberto asesta
Parecen menuda lluvia,
Que a resistir no bastara
Mas ájil desenvoltura.
El salvaje saborea
El triunfo que ya columbra;
Pero el brazo de repente
Con tanta violencia empuja,
Que despues de dado en falso
El golpe, su alta estatura
Perdió el equilibrio todo;
I Alberto tal coyuntura,
Como diestro, aprovechando,
Le hundió la acerada punta
En el descubierto lado,
I dió término a la lucha.
El corazon parte a parte
Dividió la daga, oculta
Hasta su mango en el seno;
I el indio, como en la altura
De algun monte se derriba
Al golpe del hacha aguda
Añoso roble, por tierra
Desplomó su mole obtusa,
Só la cual tiembla el peñasco
I el eco sordo retumba.
Fué mui breve su agonía.
La postrer mirada turbia

Hácia Alberto dirijiendo
Con infernal iracundia,
De los labios un rujido
Lanzó envuelto en roja espuma.
Entre las bascas a alzarse
Probó i las manos nervudas
Estender quiso al contrario
Cual por llevarle a su tumba;
Mas con ese último esfuerzo
El alma exhaló sañuda.
I no bien le ha visto Alberto
Espirar, su cuerpo empuja
Hasta el borde de la roca,
I del lago a las honduras
Le precipita. El cadáver
Cayó como masa ruda,
Abriéndole con estrépito
Las ondas su sepultura.
Largo rato todavia
Inquietas vibrando anuncian
Que miran esos despojos
En su seno con pavura.
Cesó al fin el movimiento;
Pero aquella parte nunca
Dicen perdió las señales
Que su superficie enlutan.

*

Alberto precipitado
Desciende hácia la ribera,
I como si no tuviera
Al presente otro cuidado
Que el huir de su dolor,
Entrando en la barca leve
Que esperándole se mueve,

Dirije los tristes ojos
Al sitio do los despojos
Paternos deja su amor.

I dado el adios postrero
Con llanto que de ellos brota,
Al agua los remos bota,
I en el esquife lijero
Voga i se empieza a alejar.
Miéntras los brazos ajita,
Baja la vista, él evita
Mirar la cambiante escena
Que solo por mayor pena
Mil dichas le ha de acordar.

Iba en su curso la barca
Cruzando aquellos retiros
Que el peñon de los suspiros
Adelantándose abarca;
I se acerca ya a su pié;
Cuando de Alberto al oido
Viene súbito alarido
De bien conocida voz,
Anuncio de angustia atroz,
Que el eco doblando fué.

Por las riberas se estiende
El lamento doloroso,
I las quietas auras hiende
Invocando de un esposo
Que se aleja la piedad.
Conmoviéronse de Alberto
Las entrañas; pero incierto
Estuvo por un instante
Si seguiria adelante
Con sorda serenidad.

No lo permitió el recuerdo
De tiempos que ya volaron.
Sus ojos se levantaron
Talvez con fatal acuerdo,
Porque en la ribera vió
A Inámi que le tendia
Los brazos en que jemia
La prenda de sus amores,
I a repetidos clamores
Su pecho despedazó.

Cesó al instante su voga
E inmóvil quedó. Este indicio,
Que juzga Inámi propicio,
Algun tanto desahoga
Su desperacion mortal.
I alentando la esperanza,
A la laguna se lanza.
La niña un brazo suspende,
I esforzado el otro hiende
De la onda el terso cristal.

Al paso que se aproxima
Al batel, mas vigor cobra,
Como leve pez va encima
Del agua, i no sin zozobra
Clava la vista al infiel.
Con qué tímido semblante,
Cada vez mas suplicante,
Ella adivinar procura
Si acojida a su ternura
Guardará ménos cruel!

Ni un solo instante la aqueja
La idea de lo que deja

Detras, que su alma i sentidos
En Alberto están prendidos
Cual por májica virtud.
I si su pecho palpita,
Ignorante no lo ajita
Pensar que va por el punto
Donde su padre difundo
Halló un inmenso ataud.

A asir casi se dispone
La canoa, cuanto un bulto
Entre las ondas oculto
Por delante se le opone.
Su mano en él tropezo.
No era un tronco endurecido,
I aun hubiera presumido
Al tacto, ser importuna
Manta (*) o pez de la laguna
Que a detenerla se alzó.

Con un estremecimiento
De terror baja los ojos,
I ve mortales despojos . . .
Un cadáver corpulento
Vuelta hácia abajo la faz.
El agua entorno rojiza
Ella observa i se electriza,
I de su garganta un grito
Hasta entónces inaudito
Recoje el aura fugaz.

(*) *Manta* es un gran pez fabuloso que los indios de *Ranco* suponen se levanta a veces súbitamente en la laguna i, cayendo sobre las canoas, las sumerje i hace desaparecer con cuanto contienen. Acaso los accidentes orijinados por ráfagas repentinas hayan dado márjen a esta supersticion.

Toda su alma se dijera
Que con ese grito huyera,
Tan triste fué i tan agudo,
I el mismo Alberto no pudo
Dejarse de estremecer.
Por las aguas que ha ajitado
Inámi, el cuerpo pesado
Da vuelta sobre sí mismo,
I la ocupó el paroxismo
Su rostro al reconocer.

Pudo en turbacion tan fuerte
Alzar la vista al esposo,
Cuyo semblante ominoso
Al autor de aquella muerte
Le hace al punto descubrir.
La circulacion supresa,
Todo movimiento cesa
En los miembros de la triste,
I el agua que no resiste
Su peso, la empieza a hundir.

El terror i el manoteo
De la hija que tiene asida,
La recuerdan que su vida
No es el único trofeo
Que a la laguna va a dar.
Entónces por un instante
Algun vigor recobrando,
Se muestra a Alberto flotando,
Quien de susto palpitante
La va en su esquife a ausiliar.

Ella, sin mostrarle enojos
Ni queja exhalar o ultraje,

Pide solo de sus ojos
Con el mas triste lenguaje
Para la hija compasion.
I no bien la deposita
En los brazos donde escrita
Está la prueba sangrienta
Del dolor que la atormenta,
Huye en rauda evolucion.

Salvarla tambien pretende
Alberto, mas como liza
De sus manos se desliza,
I la ola de nuevo hiende,
Que nada quiere ya de él.
Con el cadáver paterno.
Va a buscar reposo eterno,
I ciñéndole sus brazos,
Grupo forman tales lazos
Horrorosamente fiel.

Arrastra al fondo consigo
Aquel cuerpo indiferente
A tanto amor: de repente
Abandona el hondo abrigo,
I con el sube a la luz.
Pero luego a hundirse torna,
I esta vez ya no retorna!...
¿Qué aguardas, Alberto, entanto
Helado, inmóvil de espanto?
¿No haces un esfuerzo? Sus!

No por volverla a la vida,
Pues sabes es vano intento,
Mas por exhalar tu aliento
Con una esposa querida,
Resuelves irla a buscar.

¿Qué lazo te lo defiende?...
Las manitas que te tiende
Tu hija. ¡Cuál jime i llora,
I pareciendo te implora
Tu designio penetrar!

Por esa causa aun esperas.
Pero ¿qué esperar, ai triste?
Ya por siempre la perdiste!
Sobre las ondas lijeras
Exánime no la ves?
Cadáver ha retornado:
Todo para tí ha acabado!
Ruega a Dios que de memoria
Te prive, porque esta historia
Será tu dogal despues.

Márchate ya, que una madre,
Si resiste al propio duelo,
Acaso te dé consuelo.
Acaso tu amor de padre
Venza ese dolor mortal.
Una hija te ha querido
El cielo dejar: no es ella
Culpable: la imájen bella
Será del dueño perdido,
Ántes de su error fatal.

En fin, por mas que te arrastre
A dudar de la clemencia
De la escelsa Providencia
Tan inaudito desastre,
Ten de humillarte el valor.
Muestra así que de cristiano

EL BANDIDO.

LEYENDA NACIONAL.

(La escena es en una de las provincias del Sur i en el siglo XVIII.)

CANTO PRIMERO.

Callados están los vientos
En las cumbres majestuosas
Del *Lemu*, i las negras nubes
No truenan sobre sus rocas;
Mas con tintes purpurinos
El sol poniente las dora,
I la brisa de la tarde,
Respirando grato aroma,
Apénas mece risueña
Los robles que las coronan.
Cristalinos arroyuelos,
Que en lo alto del monte brotan,
Con harmonioso ruido
Precipitando sus ondas,
Entre los troncos descienden
A cruzar la verde alfombra
De una meseta escondida
A media altura por hondas
Quebradas i precipicios
Que mil árboles entoldan.
Es su acceso tan difícil,
Tanta maleza lo estorba,
Que de un jénio se creyera
Ser morada misteriosa,
Donde solo fuera dado

A las tormentas furiosas
Hacer resonar sus ecos,
I a ocultas encantadoras
Celebrar las negras juntas
Do sus maleficios obran.
Mas el águila rapante,
Si a los cielos se remonta,
Puede, al derramar su vista
Sobre las mas altas lomas,
Observar en aquel valle
Esparcidas varias chozas,
En donde jente proscrita
Distante del mundo mora.
I hoi mismo de aquel recinto,
En confusa batahola,
Rumor de fiesta se eleva,
I los ecos que rimbomban,
Mil salvajes risotadas
I mil voces triunfadores
Repiten por las alturas,
I a gran distancia prolongan.
Pero no hai quien esto escuche
Porque en las selvas frondosas
Que al pié de la gran montaña
Se estienden a la redonda,
No hai una sola cabaña,
Ni el mas leve rastro asoma
De la presencia del hombre
Por vecindad tan riesgosa.
  Solo turban su reposo
Ya la fiera bramadora
O ya las monteses cabras
Al ir paciendo las hojas.
Mas ¿qué viajero osaría
Venir a estas selvas solas,

O qué corazon no tiembla
Con que recordarlas oiga?
Aquesos bosques, aquesas
Terribles i ásperas rocas
Dan albergue del *Bandido*
A la banda asoladora.

*

Terrible banda, sí! De espanto lleno.
Mantiene cuanto abarca
Del monte al derredor vasta comarca,
I aun el remoto pueblo se estremece
Si allá en el horizonte
Percibir le parece
El fragor de sus pasos como un trueno.
Solo se ve vagar por ese monte
I el inmediato llano,
El bárbaro bandido
Al robo i la matanza apercibido.
O si tal vez parece otra figura,
O se llega a escuchar otro eco humano,
Son los de la hermosura
Del maternal regazo arrebatada,
I del cruel raptor, ciego a su llanto,
I sordo a la espresion de su quebranto,
A ser la esposa i sierva condenada.
Tiemble quien de ese asilo
Turbar ose el sosiego!
Puñal agudo o fulminante filo
Castigarán su arrojo ai! harto luego.
El pavor derramado
Bien a su impío habitador resguarda,
I ningun sobresalto le acobarda
El dia a sus solaces destinado.

Pero ¿por qué se aviva
Hoi tanto ese placer, cuando la cumbre
Verdosa, desde ocaso,
Dora del sol la moribunda lumbre?
¿Celebran por acaso
El éxito dichoso de una empresa
En que botin riquísimo adquirieron,
O en sangrienta sorpresa
Las enemigas tropas destruyeron?
Oh nó! mas apacible
Es del presente ardor la alegre causa,
I haciendo breve pausa
El huracan de la pasion terrible,
Hoi al ménos su influjo de ternura
Ejerce en esos pechos la hermosura.
La serie de las chozas agrupada
En medio la meseta,
Deja una estensa plaza despejada,
Donde la turba inquieta
Asiste al espectáculo. Tejido
De yedras i de rosa,
Un trono hácia su estremo se levanta.
Allí al concurso encanta
Bajo dosel florido
Una mujer hermosa,
Cuya presencia anima los marciales
Juegos que solemnizan sus natales.
Reina en un tiempo fué de los amores,
I bella es todavía,
Mas la suerte inhumana
Ántes de tiempo despojó sus flores
Del nítido frescor i lozanía
De la primer mañana.
Marchita i sin color está su frente;
Sus ojos donde el cielo

Refleja un puro azul, aunque importuno
Viene a apagarlo trasparente velo,
Vagan por cada objeto allí presente,
Sin que los logre detener ninguno.
Su indiferencia es tal, que se creyera
Su mente trasportada
A una remota esfera,
Creacion de ella misma,
Do el pensamiento lúgubre se abisma —
A ratos recordando
De esa triste absorcion como de un sueño,
La vista hácia los cielos elevando
Dulce i benigna cual el Dios que invoca,
Parece de su boca
Una plegaria trémula exhalarse,
No para lamentarse
De inmerecido duelo,
Sino para pedirle algun consuelo.
I entónces con decoro,
Por el lijero zéfiro impelido,
Desciende su cabello,
Tan rubio como el oro,
A besar blandamente el seno bello;
I es tal su ondulacion, que conmovido
Parece pretendiera con su halago
Dar una tregua al doloroso estrago.
Infelice mujer! bien comparable
Al Ánjel del dolor, o a la memoria
De una perdida gloria,
Seductora a la vez que lamentable,
Para ella terminó toda delicia
I la existencia misma es un tormento,
Mas si el fulgor de su belleza vicia,
Tambien su encanto aumenta el sufrimiento.
Cómo esa alma tan pura,

Esa blanca azucena
Al soplo deshojada de la pena,
Existe en medio de una hueste impura
De mil horrendos crímenes manchada,
Semejante a la rosa
Cortada del verjel donde esparcía
Su fragante ambrosía
I en un vil muladar abandonada?
¿Por qué suerte horrorosa
El bárbaro adalid, cuya voz fiera
En este albergue del delito impera,
Del mas culpable arrojo
Osa llamarla mísero despojo?
Miradle! El es! Ese hombre que inmediato
Al trono de la bella
Hace ya largo rato
Clava la vista penetrante en ella,
I mudo contemplándola se embebe.
Inmóvil no da indicio
De excitar su atencion momento leve
De las alegres fiestas el bullicio,
Como si respirara,
Triste cual la beldad, su propio aliento,
O bien su pensamiento
Mas escondido sorprender ansiara.
Sobre la carabina,
Que nunca el plomo despidiera en vano.
El feo i tosco rostro se reclina.
Oríjen africano
Muestra la tez oscura,
Fornida i elevada es su estatura,
Cuyos músculos recios
Anuncian una vida
En prolongada serie
De penosos trabajos transcurrida,

I del calor i el frio a la intemperie.
Mas si aversion infunde del semblante
La atroz deformidad, si en él inspira
De mas de una pasion amenazante
La siniestra señal asombro i susto,
Si en su ademan altivo i ceño adusto
Del bando impío al Capitan se admira,
El anjel de ternura que contempla,
Del torvo aspecto la fiereza hoi templa.
¿I quién sino el amor capaz seria
De calmar de ese modo
El alma de *Fernando*
Tan solo consagrada a la venganza
I asolacion, esa alma inaccesible
De largo tiempo atras a la esperanza
I a todo sentimiento dulce i blando,
Que con vista irascible,
Do inferna saña aterradora hoguera,
Poder solo mirar se concibiera?

*

Mas ved cómo, anhelando complacerle
El dia del objeto de su llama,
La banda acostumbrada a obedecerle,
Gozosa en la ancha liza se derrama!
El suelo se estremece al recorrerle
Tantos corceles cuyo instinto inflama
La vocería i acicate agudo.
Cada jinete lleva un ancho escudo.
A su confusa entrada, comparable
A vasta inundacion de un gran torrente,
Presto siguióse un órden admirable,
Que en dos cuadrillas la revuelta jente
A una voz dividióse, i vino afable
A saludar su reina allí presente,

Haciendo a los corceles jenerosos
Doblar ante ella la rodilla airosos.

En premio recibida una sonrisa
Con que aclaró María su semblante,
Como cuando entre nubes se divisa
Del sol aparecer la faz radiante,
Partieron, i un estremo de la liza
Ocupó cada bando amenazante,
Despues de recorrer con gracia mucha
I en varia vuelta el campo de la lucha.

Breve tiempo mirándose estuvieron
Con ojos do fulgura heroico amago,
I el brio de los potros reprimieron
Con mano firme. — Mas al aire vago
No bien el cuerno de Fernando oyeron
La señal producirles del estrago,
Mas rápida que el viento o bala roja
Cada cuadrilla impávida se arroja.

Nevados promontorios asemejan
Que en los mares del polo se levantan,
I en deshecho huracan vogando dejan
Su acostumbrado asiento i se adelantan.
Del mar las olas a su paso cejan,
I en blanca espuma resurtiendo espantan,
I siéntese vagar un ruido informe
Al rodar de una i otra masa enorme.

Así se acercan los dos bandos. — ¿Puede
Alguien pensar que a su terrible encuentro
No se hagan mil pedazos, i no quede
Cubierto de destrozos todo el centro
Del estadio? Mas nó: que aunque se enrede
Uno i otro al pasar, i aunque de adentro
De aquella confusion mil truenos parten,
Sin daño uno del otro se departen.

Un agudo puñal cada jinete
Clavó en el medio del contrario escudo,
I a su vez del campeon que le arremete
En su adarga sostuvo el golpe rudo.
A jeneral escarnio se somete
A aquel que su puñal clavar no pudo,
I al que se viera en inminente riesgo
De dar en tierra, tropezando al sesgo.
Mas ya llegados al estremo opuesto,
Vuelven las riendas i otra vez se enfrontan,
I el firme acero en el escudo enhiesto
Del adversario, a recobrar se aprontan.
En nuevo arranque, como el rayo presto,
Los vuelven a ganar, cuando confrontan
Sus filas, i el que sale desarmado,
Por repetida befa es castigado.
Despues de este ejercicio peligroso,
Donde fueron algunos despedidos
Al suelo por las ancas, sonoroso
Clamor alzan al cielo ambos partidos,
I en medio del palenque polvoroso,
De despuntadas picas ya munidos,
Traban reñida lid, a cuyo empuje
Truenan los aires i la tierra ruje.
Con el furor de bravos huracanes
Cuando retumba el trueno, ellos pelean,
Moviendo aquí i allí sus alazanes,
I un granizo de golpes menudean;
De ataque i de defensa varios planes
Renuevan sin cesar; mas no menean
Al contrario ni un palmo de su puesto,
A morir ántes que a ceder dispuesto.
Quiébranse lanzas mil, cubren la tierra
En número infinito los destrozos,

I el que ha perdido su arma, no se aterra,
Ántes al contendor con los nerviosos
Brazos ataca, i, o su pica aferra
Hasta hacerla volar partida en trozos,
O derribado del contrario impulso,
El suelo va a morder de ira convulso.
Mas ya los de este bando tal esfuerzo
Muestran para el ataque, que en derrota
Comienza a declararse del adverso
La fila por distintas partes rota.
Pronto será imposible, ya disperso,
Que logre rehacerse, tal le azota,
A un vendabal furioso parecido,
El bando vencedor de orgullo enchido.
Pero no bien Fernando el aire atruena
Con una ronca voz que se dilata
Por las alturas i el pavor condena
Que en fuga vergonzosa le arrebata,
Súbito vuelve a recobrar su arena,
I en masa enorme uniéndose arrebata,
Cual tempestuoso mar los diques rompe,
Cuanto su curso rápido interrompe.
En vano el contendor aquella furia
Pretende resistir. Ella le envuelve
Rujiendo ansiosa de vengar su injuria,
I desigual pujanza desenvuelve.
Amedrentada al fin la otra centuria,
Cede a su torno rota i se disuelve,
I del palenque para huir estrecho,
Rompe la barda en dilatado trecho.
Sálese al llano, i a correr tendido
Vuela al vecino bosque a refujiarse,
Donde hecho firme el escuadron vencido,
Obliga a su contrario a replegarse.
Ya del pudor i rabia conducido,

Osa hasta en campo abierto abalanzarse
Combatiendo a morir... mas por reparo
Que volver tiene a su silvestre amparo.
Al fin, cual suele rio caudaloso
Venciendo cuanto estorbo le resiste,
Sus olas conducir al borrascoso
Mar, donde fuerza superior le embiste;
A los primeros choques, espumoso
Cede i revuelve atras, mas luego insiste
Con doblado vigor, i el ponto insano
Rujiente valla le presenta en vano:
El, describiendo raya brilladora,
La rompe i por su seno se difunde,
Hasta que a gran distancia se incorpora
Uno i otro elemento i se confunde,
Así a la fuerte banda defensora
Del bosque, la enemiga vence i hunde,
Bien ayudada de sus bravos brutos,
Sin aguardar le espuela, resolutos.
Entre el aplauso dado a tal victoria
Por la asombrada turba, reverente
Va el vencedor a deponer su gloria
A los pies de *María*, que no siente
Calmarse el escozor de su memoria
Ni al bélico rumor, e indiferente
Ve la pomposa fiesta concluida,
A que dió su presencia mayor vida.
Ai! nunca cesará la honda amargura
Que desde el punto en que se halló cautiva,
De marchitar no cesa su hermosura.
En vano el salteador con ansia viva
Todos los medios emplear procura
De consolarla, e infatigable activa
Para ella cuantos goces i solaces
Permiten sus refujios montaraces.

Como se acerca rápida a su ocaso
La tierna planta, si de fértil suelo
A otro de jugo i de alimento escaso
Fué trasplantada bajo helado cielo,
María se consume, i paso a paso
Una pasion, que encubre denso velo,
I arde mas en su pecho cada dia,
La allega al borde de la tumba fria.
Así tal vez en subterráneo triste,
Del tiempo triunfadora i sus rigores,
Alguna antigua lámpara subsiste
Esparciendo funéreos resplandores.
Mas ya cual esperanza ¡oh cielo! asiste
A ese infeliz amor que en los albores
I en la inocencia de su edad temprana
El seno la inundó de ilusion vana?
Todos ai! la imajinan compañera
Del lecho ignominoso de un bandido,
I ya tal vez la fama, siempre austera,
Bien léjos esta voz habrá esparcido.
Si ese temor la mente no exajera,
Si ya el oprobio oyó su prometido,
En que sumida el mundo la supone,
¿Cómo podrá esperar que la perdone?...
El dia ha terminado, i la bullente
Fiesta con él: entre celaje vario
El sol se ha sepultado en occidente,
I al espirar su hermoso aniversario,
María deseara ardientemente
Que, alumbrando su lecho funerario,
Hoi sus postreros resplandores fuesen
Los que la inmensa eternidad la abriesen.
Así mas triste que jamas, sintiendo
La duracion de su existencia odiada,
I con lánguidos ojos despidiendo

Al astro que jamás regocijada
Su frente habrá de ver, del luto horrendo
I del pavor nocturno rodeada,
Va a exhalar la amargura de su pecho,
Inundando de lágrimas el lecho
En su cabaña triste i solitaria,
Miéntras al llanto así da larga rienda,
Del sueño ensordecido a su plegaria,
Ni un punto gozará la dulce ofrenda.
Mas en delirio tormentoso i varia
Memoria discurriendo áspera senda
De lugubres sucesos, do ni al léjos
Ve de un albo lucero los reflejos,
Ninguna voz amada i conocida
Traerá lijero alivio a su profunda
Afliccion; por desiertos va perdida,
Un helado sudor su frente inunda,
Arde el parpado hinchado, aridecida
Un nudo la garganta le circunda,
I de su tierna edad la dicha i gloria,
Son ai! nuevo dogal de su memoria.

En tanto los bandoleros
En un remoto retiro,
Dó el descanso de María
No interrumpa el gran bullicio,
Bajo el dosel de los bosques
Dan pábulo al regocijo,
Pues la disciplina usada
Hoi relaja su caudillo.
Sigue estruendosa la fiesta
Entre el vacilante brillo
De numerosas hogueras,
Do los trozos esquisitos
De pingües reses preparan

Para saciar su apetito.
Ruedan sin cesar las copas,
Corre a torrentes el vino,
I aquí alegres risotadas,
Allí disputas i gritos
Se mezclan confusamente
A los brindis repetidos.
Unos al licor sin tasa
Tributan culto esclusivo,
Otros, variando placeres,
En ancho círculo unidos,
Admiran de una pareja
La tosca danza i los jiros;
I del pudor cada ofensa
Les arranca aplauso vivo.
Mas ¿por qué toda la turba.
De una vihuela al sonido,
Olvida danzas i vasos,
I en tumulto repentino
Al reedor del instrumento
Se acumula con ahinco?
Es que el cantor de la banda,
Pallador que sus oídos
Encanta durante el ocio,
Anuncia ya en varios trinos
Ir a aumentar su entusiasmo
Con un canto conocido.
I ellos, haciendo silencio,
Con cuellos i ojos tendidos,
Miran el estro encenderse
Por instantes mas activo
Sobre el semblante del bardo,
I en eco sonoro i limpio
Le oyen cantar estos versos
De mas noble asunto dignos:

«Busca los montes el cedro
Porque sabe que en su cima
La enorme copa sublima
I se estiende en libertad.
«Verde oscuro es su vestido,
I cuando el viento lo mece,
Su gran susurro parece
Anuncio de tempestad.

«El águila en los peñascos
Mas altos su nido pone,
I desde allí se dispone
Sobre el llano a descender:
«En la alta rejion cernida,
Vuela i revuela, con ojo
Listo atisbando el despojo,
Que su garra ha de prender.

«Así el bandido se place
En su montaraz vivienda,
Así cual plaga tremenda
Todos temen su irrupcion.
«Del vil reposo enemigo,
Solo los peligros ama;
La independencia i la fama
Sus solas deidades son.

«Allá el cobarde mendigo,
Triste habitador del llano,
Bese la insolente mano
Que un pan le da tinto en hiel.
«Nada a nosotros nos falta,
La lanza es nuestro tesoro,
Rebaños i telas i oro
¿Qué no adquirimos con él?

«No hai aquí rico ni pobre,
Fortuna comun gozamos,
Los montes que dominamos
Nadie piensa en dividir.
«Solo un jefe nos comanda;
Su obediencia es nuestra gloria,
Porque vemos la victoria
En su frente al combatir.

«Vedle! se acerca el instante
De marchar, ¡cuál resplandece
Su mirada i cómo crece
La talla del campeon!
«Al trote de su caballo
El monte tiembla i resurte,
Como al despeñarse el lurte
De una grande elevacion!

«Allá va toda la banda
Siguiéndole en remolino,
Cual violento torbellino
Que barre el imperio azul.
«Al rumor que el viento lleva
Tiemble el soldado realista,
Tiemble el ricacho llanista,
Tiemblen los velos de tul!

«Selva de lanzas se mueve
Al resplandor de la luna;
Cuánta ruina cada una
Costará si ha de caer!
«Blandid las armas, amigos,
Que es bello el morir del bravo!
Tema a la muerte el esclavo
Que solo ha de perecer!

«Pero ¿qué estruendo terrible,
Qué lago de humo i de llama
Por los cielos se derrama,
Qué arroyos siento mujir?
«Llegó i miró la cuadrilla
I se envolvió en la pelea;
Bien, bien, que el tirano vea
Cómo un libre sabe herir!

«Truena en gritos fujitivos
El horizonte lejano,
Cadáveres es el llano,
Cada edificio un volcan.
«Oh! dejadme que en la sangre
Del rico i en sus despojos
A los resplandores rojos
Yo revuelva mi alazan!

«Despues a nuestra montaña
Triunfantes nos volverémos,
I por delante arrearémos
El conquistado botin.
Cien cautivas españolas
Prepararán nuestra cena,
I hervirá la copa llena
En frenético festin!»

Así el pallador cantaba,
I el etusiasmo tan vivo
Hervia, que los aplausos
Tornábanse en alaridos.
Quién acudia a sus armas,
Quién con ademan erguido
Mostrábase tan soberbio,
Cual si al frente el enemigo
Tuvieran i se acercase

El momento del conflicto.
Uno sus hechos guerreros
Vocifera, otro novicio
Suspira por algun lance
Do ostentar pueda su brio,
Tanto aquel himno adecuado
A sus feroces oidos,
Les hacia hallar gloriosa
La profesion del delito.
Calmado el ardor primero
Por el canto producido,
Con mas fervor continuaron
Las danzas i regocijos.
I era tal el desenfreno
I el movimiento continuo,
Tanto el rumor de las voces
I el hervidero del vino,
Que al ver las raras figuras
I sus jestos i vestidos
Confundiéndose i vibrando
De las hogueras al brillo,
Al contemplar los horrores
Espantosos de aquel sitio,
Donde árboles jigantescos
Con sus ramajes sombrios,
I en sus cavidades hondas
Negros i empinados riscos,
La pálida luz reflejan,
Repiten bárbaros gritos,
Cualquiera se imajinara
Que las hordas del abismo,
Un breve instante escapadas
De sus encierros sombríos,
Se han dado una oculta cita
Al confin del mundo mismo,

I de sus penas eternas
Celebran el corto alivio.

Sin tomar parte en el comun contento
Ni presentarse en la nocturna orijía,
Fernando se retira a su aposento
Vecino a la cabaña de María.
Honda cavilacion su pensamiento,
Durante el curso de la noche umbria,
Absorbe tristemente, i el despecho
La inquietud i el amor rompen su pecho.
Porque vienen a herir su atento oido
El llanto i los suspiros de su amada,
I nuevamente vé cuan vana ha sido
Su esperanza de verla consolada.
Por celos dolorosos combatido,
Tan solo cerca ya de la alborada,
El fatigado cuerpo algun reposo
Logró encontrar en sueño vaporóso.
Pero ¿quién es este hombre que hoi estiende
Su asolador poder con tal espanto,
Que ni el remoto pueblo se defiende
Cuando él corre feroz a hundirlo en llanto?
¿De qué raza tan bárbara desciende?
¿Cómo ha adquirido predominio tanto
Sobre esta banda atroz de malhechores,
Sumisos a sus ecos vibradores?
De un siervo hijo del Africa nacido,
Cuando era todavía infante tierno,
Su diversion funesta habia sido
Pasar las lentas noches del invierno
Junto al hogar, de chispas mil henchido,
Escuchando a su padre el sempiterno
Dolor contar de su nacion proscrita
En donde quiera que el cristiano habita.

La discordia sangrienta que derrama
Su ponzoñosa hiel constantemente
Sobre las varias tribus que la llama
Del africano sol oprime ardiente:
Discordia que el cristiano astuto inflama
De la mas vil codicia al aliciente,
A fin que el negro por su propia mano
Corra a venderle su cautivo hermano.
I llena de la humana mercancía
Se figuraba el viejo ver la nave,
Miéntras la playa en muchedumbre hervia,
Volver a su nacion de viento suave
Al maléfico impulso: luego oía
El llanto triste i el lamento grave
Del infeliz cautivo arrebatado,
Como la res desnudo, hácia el mercado.
Allí vendido a voz de pregonero
Pintábale entre avaros compradores,
Para ir luego a regar de un amo austero
El campo con su sangre i sus sudores:
Do sin hallar alivio pasajero,
Entre castigos mil i mil rigores,
I de la patria en perdurable ausencia,
Consumirá su mísera existencia.
No de inocente niño con la incuria
De Fernando el oído recibia
La amarga relacion de tanta injuria;
Mas ya su vista centellante ardia,
I anuncios claros de la interna furia
El temblor de sus labios proferia,
Destellos de pasion naciendo oculta,
Que hórrido incendio hará la edad adulta.
Cual crece con la vívora el veneno
Incluso en sus entrañas, como brava
De algun volcan en el profundo seno

Se va aumentando silenciosa lava,
Hasta que de inundar el prado ameno
Llegado el dia, enardecida cava
Salida estrepitosa, i a lo sumo
Eleva un rio de favila i humo:
  Así el despecho de Fernando, el crudo
Odio infundido a la opresora raza,
Dentro del corazon se aumenta mudo
I aun en sed vengativa ya le abrasa.
Su alma de temple independiente i rudo,
Henchida de altivez se despedaza
Con los tormentos que a la casta aflijen
A que se ve ligado por su oríjen.
  I siempre que a su vista el dueño adusto
A cuya lei se encuentra sometido,
Solo por dar a su fiereza gusto,
Un castigo talvez no merecido
Impone a algun esclavo, el golpe injusto,
En la paciente espalda sacudido,
De Fernando en el seno deja abierta
Otra sangrienta herida aunque encubierta.
  Si él pudiera reunir bajo su mando
Un escuadron de esclavos solamente,
I de los nobles ante del débil bando
Los condujera su entusiasmo ardiente,
Cuán fácil le seria batallando
Verter de sangre indigna amplio torrente
I compensar con ella la africana
Hecha correr por la crueldad cristiana.
  Mas ya que esta esperanza es vano ensueño
De impotente furor, tan fino tacto
Mostró en el disimulo i desempeño
Dió siempre a sus deberes tan exacto,
Que nunca tuvo su iracundo dueño
Que reprehenderle o castigarle un acto,

I la inquieta crueldad se vió burlada,
Aunque en hallar pretestos avezada.
Pero por fin el odio en silenciosa
Cárcel por largo tiempo comprimido,
Para exhalarse en tempestad furiosa
La proporcion obtuvo. Conmovido,
Un dia que una pena rigorosa
A un siervo se aplicaba, el ya crecido
Jóven Fernando, tuvo el fiero arrojo
De arrancarle al azote su despojo.
Enfurecido el amo al desacato,
Al punto recaer mandó la pena
Sobre el libertador, i su mandato
Seguido fué de ejecucion tan plena,
Que Fernando quedó por largo rato
Tendido cual cadáver en la arena,
I si salió de síncope tan fuerte,
Siguió luchando siempre con la muerte.
Al fin se declaró la mejoría,
I recobrada apénas su pujanza,
Por el silencio de la noche umbría
Corrió de daga armado a la venganza;
I sobre el lecho do el señor dormia
En brazos de una ciega confianza,
Clavóle al corazon el arma, i luego
Puso a la casa aborrecida el fuego.
Con bárbaro placer mirando estuvo
Cundir el raudo incendio a la distancia,
I cuando solo ya cenizas hubo
Donde se alzó la ensangrentada estancia,
Aun otra noche recorriendo anduvo
Las ruinas, i juró perseverancia
Hasta ahogar su rencor vasto i sombrio
De la española sangre con un rio.

Como salvaje fiera huyó en seguida
Al bosque mas espeso, i nunca al llano
Se dió prisa a bajar de su guarida,
Sino para asaltar, tigre inhumano,
De súbito al viajero, que la vida
Queriendo rescatar, le ofrece en vano
El oro en abundancia, ai! él sediento
De destruccion, no escucha su lamento.
Burlándose impasible de la oferta,
I escarneciendo su ademan sumiso,
El precioso metal ni un punto acierta
A ponerle en el crímen indeciso:
Cae la daga furiosa, i ancha puerta
Abre en el corazon, siendo preciso,
Para aplacar su sanguinoso anhelo,
Que un rojizo raudal inunde el suelo.
Tan amplia espiacion solo consigue
Calmarle por momentos, pues de luto
Luego cubriendo la comarca sigue,
I el brazo de la lei siempre sin fruto
Por selvas i por montes le persigue,
I ora asechanzas le prepara astuto;
Ora le ocupa sus refujios todos
I ensaya de prenderle varios modos.
Tan ájil se desliza i se enmaraña
Por las malezas toscas el bandido,
I así al contrario con sus flechas daña
Tras los enormes troncos escondido,
Que al fin juzgando inútil toda maña,
I del cansancio el escuadron rendido,
Le deja, i acrecienta su renombre
Con el desdoro de su propio nombre.
Cundió esa fama por remotas jentes,
cual banda de buitres se congrega
De una presa al olor, cien delincuentes

Vienen a darle una obediencia ciega.
Pronto a su lado una horda de infidentes
A todo crímen sin temor se entrega,
E infesta el valle i la indefensa villa
Con mil asesinatos la cuadrilla.
Ni ya se atreve solo por asalto
A embestir al inerme caminante.
Soberbio su caudillo osa mas alto
La aspiracion llevar, i a la distante
Populosa ciudad, sin sobresalto
Endereza su curso amenazante,
I por los campos convecinos fluye
I todo cual torrente lo destruye.
No hai ya vivienda que segura se halle
Que en torno a su recinto silencioso
Alguna noche súbito no estalle
Un bárbaro alarido i en furioso
Tropel abriendo una espaciosa calle
Por derribadas puertas, del reposo
A la familia el salteador despierte,
I dé aun al niño i la matrona muerte.
Mas nunca tan fatal fué su osadia,
Ni a los bandidos nunca tan dichosa
Suerte favoreciera, como el dia
Que al pueblo arremetieron donde hermosa
Con mil encantos la feliz Maria,
De su comarca estrella luminosa,
Hacia suspirar cien corazones
Al resplandor de sus celestes dones.
La amaba con pasion como ella pura
Anselmo, a quien linaje aventajado
I varonil belleza dió natura,
I un valor en peligros mil probado.
Ella responde fina a su ternura,
I ya a los dos amantes señalado

Estaba el fausto dia en que himeneo
Iba a colmar propicio su deseo.
La noche de ese dia precursora,
Que los novios acusan de tardanza,
La claridad se aguarda de la aurora
En fiesta alegre i bulliciosa danza.
Inunda de harmonia harpa sonora
La paterna mansion, i en acordanza
Ora al son bate una pareja el suelo,
Ora jirar parece en raudo vuelo.
Resuena estrepitoso el gran contento
De numerosa juventud, i en torno
De los novios se acrece el movimiento
Dando a su dicha placentero adorno.
Mas súbito interrumpe todo aliento
Un ruido estraño, anuncio de trastorno,
Cuyo oríjen se ignora, pero en pasmo
Convierte i en terror el entusiasmo.
Parece se acercara el terremoto,
Tanto retumba el suelo i se estremece,
Mas un clamor mui luego, no remoto,
«Son los bandidos!» grita, i palidece
Cada semblante. En medio el alboroto
I horrenda confusion que al punto ofrece
La estancia, ya penetran los malvados
En cerrado tropel, de hierro armados.
Pronto la sangre riega los umbrales
Muros i alfombras do la leve planta,
Del harpa a los sonidos celestiales,
Deslizaba poco ha belleza tanta.
Solo el eco de gritos funerales
En vez de dulces cantos se levanta,
I presurosa la implacable muerte
Ya en cementerio la mansion convierte.

Vasto i voraz incendio en tanto cunde
I al que el puñal perdona el paso priva,
I miéntras que la banda se difunde
Ávida de botin, i ora derriba
Niños i ancianos, ora puertas hunde,
Fernando de su horrible comitiva
Se aparta, i de la novia en seguimiento
Penetra hasta un remoto apartamiento.
Por mas que ella suplica, jime i llora,
De galas esplendente él la arrebata,
Con su propio terror mas seductora,
I luego de reunir su hueste trata.
Ella el socorro de su amante implora
I el de su padre entónces, ¡insensata!
Fernando con un golpe traicionero
Al perseguirla derribó al primero;
I el infeliz anciano de un tumulto
De viles salteadores rodeado,
Víctima del ultraje i del insulto,
I del puñal el seno amenazado,
«¿En dónde tienes tu tesoro oculto?»
Por una i otra vez es preguntado,
E inútilmente el triste les responde
Ai! que ya nada a su avaricia esconde.
En vano en honda confusion perplejo,
Sus rodillas abraza. Ellos furiosos
Iban ya en sangre del jemente viejo
A reteñir los brazos rigorosos.
Mas súbito varian de consejo,
I así dicen sus labios codiciosos:
«Quitarle aquí la vida inútil fuera,
»Pues su tesoro rico se perdiera.
»I pues que la señal de la partida
»Nos da ya nuestro jefe, le llevemos
»Cautivo con nosotros. Si la vida

»Hoi a su oro pospone, probarémos
»Si se mantiene su alma empedernida
»I en tanta obstinacion negar le vemos,
»Cuando al través de duros desengaños
»Pasen por él los meses i los años!»

*

¡Quién lo hubiera presumido!
Poco despues de esa infausta
Noche de violencia i muerte,
Terror de estensa comarca,
Advirtióse en el bandido
Una asombrosa mudanza.
No mas permitió Fernando
Que su jente asesinara
Aun la víctima indefensa
De quien perjuicio no aguarda,
I en su pecho, tan sediento
Hasta allí de sangre humana,
La compasion a menudo
Pudo al fin ganar la palma.
Aun robábase a los ricos
I eran presa de las llamas
Sus fructuosas sementeras
I sus alegres moradas,
Aun del amo rigoroso,
A quien sus siervos odiaban,
Hallarse el cuerpo solia
Cubierto de puñaladas,
Mas cadáveres sin cuento
Ya los campos no sembraban,
I hasta ejemplos se aducian
De clemencia inesperada.
Fué debido a un ánjel puro,
Que de Fernando hirió el alma,

Este cambio repentino
De una furia inveterada.
Fernando sintió el amor,
I a un solo eco, una palabra
De los labios de María,
Sus pasiones se calmaban,
Como se aquietan las olas
Al blando soplo del aura.
La presencia de la jóven
Fué como iris de bonanza
En la mansion del delito,
Pues la inexorable banda,
A ejemplo de su caudillo
Convirtiósa en mas humana;
I a la vez mas invencible
Se hizo, pues a aumentarla
Vienen cuantos siervos huyen
De su esclavitud aciaga,
I los que del mundo arrojan
Persecuciones tiranas.
Cierta aureola de honor
Para el pueblo se derrama
Sobre la cuadrilla un tiempo
Tan feroz i sanguinaria;
I al ver que ya todo impulso
Jeneroso no rechaza,
I que ella se ha constituido
En refujio do a la santa
Libertad seguro amparo
De toda opresion aguarda,
Casi él mismo la perdona
Las violencias que aun la manchan.

CANTO SEGUNDO.

Tal es la banda que ahora
Se abandona a discrecion,
En medio la noche umbria,
Al contento i al licor:
Tal es el jefe severo,
A cuya imperiosa voz
Ella obedece temblando,
I que léjos del rumor
De la prolongada orjía,
Se entrega a inquieto sopor.
Sueños de sangre i de muerte,
Peligros i ajitacion,
I de roedores celos
I de mal pagado amor,
Todo en confuso tumulto,
Asaltan su corazon,
Van i vienen i se chocan
De su frente al derredor:
De modo que aunque los ojos
Encubren su resplandor,
De los entreabiertos labios
La contínua convulsion,
Cual si pronunciar quisieran
Quejas o gritos de horror,
Las sombras que por su frente
Pasan en raudo monton,
I el respirar de su pecho
Ronco como el estertor,
Muestran que si el cuerpo duerme,
Su altivo espíritu no.
Ya de la aurora empezaba
El primer turbio claror

A trazar en el oriente
Un encendido liston,
Ráfagas de luz dudosa
Enviando a la alta rejion,
I pintando cada objeto
De un contorno espantador.
Ya de las vastas hogueras
Estaba estinto el fulgor,
Los gritos cesado habian,
El baile i la confusion,
I sucediendo el silencio,
El efecto del licor
Llenaba de altos ronquidos
El campo del salteador,
Cuando delante la puerta
De Fernando apareció
Un hombre como fantasma,
Que con rara turbacion
Varios golpes repitiendo,
Dijo: «Despertad, Señor;
»Los bosques que nos rodean
»Arden en incendio atroz
»Por todas partes. Bien presto
»Ya no habrá de salvacion
»Ninguna esperanza.» — Alzóse
A tan azarosa voz
Sobresaltado el bandido,
I sacudiendo el vapor
Del sueño, que aun embotaba
Sus sentidos, escuchó,
Dudando aun fuese cierto
Lo que a su oído sonó,
Como de lejano trueno
Mal percibido fragor.
Mas como se repitiera

La terrible relacion,
Asiendo de sus vestidos
De la cabaña saltó.
«Quién ha causado ese incendio?»
— «No puedo acertarlo yo.» —
— «Por dónde se vé? —» «Aquel humo
»Que se alza allí... Buen Señor,
»Al borde del precipicio
»Se ven las llamas. —» Cual leon
Embestido en sus guaridas,
Fernando se abalanzó,
Hasta el fin de la meseta
Corriendo a paso veloz.

*

Apénas llega al borde, i sus miradas
Estiende al derredor con ceño austero,
Cuando ve de humo negro densa nube
Que por do quiera hácia los cielos sube
Del pié de la montaña, i ajitadas
Sus olas por el céfiro lijero,
Ora ascendiendo se abren, i de entre ellas
De llamas un diluvio i de centellas
Crujiendo brota, cual si el seno mismo
Del infernal abismo
Se abriese; i luego en masa unida el humo
Cerrándose otra vez, furioso avanza
Del monte hácia lo sumo,
Como del mar las olas al velero
Bajel juntas embisten, de esperanza
Privando al marinero.
Mas i mas cada vez las llamas crecen,
I las columnas de humo se entumecen,
I como si albergara

Una alma racional el fuego insano,
Lanzar se le escuchara
Una amenaza de terror no en vano,
Que a la par que del bosque hace despojo,
Parece así clamar a los bandidos
En ecos repetidos:
«Yo soi ministro del celeste enojo!»
Ante aquel espectáculo aterrante
I sublime a la vez, Fernando estuvo
Inmóvil i asombrado un breve instante.
Sus ojos, de las órbitas saltando,
Sobre aquel mar ardiente discurrian,
I el interior combate denunciando,
Su ceño oscurecian
Ora la duda, ora el furor. Mas luego
Sacude el estupor i audaz esclama:
«Alerta! Alerta! el fuego
»Do quiera nos estrecha
»En tempestad deshecha.
»I el solo acaso de tan vasta llama
»Sin duda no ha podido rodearnos.
»Un enemigo vil viene a buscarnos,
»Que no osando atacar como valiente,
»Aguardará tranquilo
»Que el incendio prendido a nuestro asilo,
»Allane el paso a su cobarde jente.
»Alerta! ¿Dónde están los mios todos
»Que aun no los veo junto a mí? . . . Beodos
»Dormirán sus excesos! . . . Sin tardanza
»Venga aquí cada cual, o de mis iras
»Sentirán la venganza! . . .
»Tú, Juan, a aquel paraje que allí miras
»Libre del fuego aun, lijero corre,
»I cuanto en torno alcance
»Tu diestra vista a comprender, recorre.

»Desciende a la llanura, si es preciso,
»I examínala bien. — A todo trance
»Procura no volver sin cierto aviso. —
»Vuela; pero ántes de partir, despierta
»Al campo todo, i por diversa parte
»Andres vaya tambien en descubierta.
»Yo iré a aquel punto, i en volver no tardo,
»Al cabo de un minuto aquí os aguardo.»

*

Diciendo así se separan,
I a las repetidas voces
De alarma que el monte atruenan,
Despiertan los salteadores.
Todo es confusion de pronto,
Sobresalto, maldiciones,
Duda i terror, miedo, asombro,
I preguntas que no se oyen;
Todo es correr por el campo
A medio vestir los hombres,
Ir i volver i cruzarse,
Sin darse cuenta hácia dónde.
Quién a las armas acude,
Quién la coraza se pone
De dura piel recurtida,
Creyendo que los convoquen
A atacar un enemigo,
Que aun no ven ni ellos conocen.
Aquí relinchan caballos,
Allí en confuso desórden,
Ahuyentadas por el fuego,
Aun las bestias mas feroces
Vienen a buscar refujio
En las moradas del hombre.
El clamor de las mujeres,

I los gritos desacordes
De los niños, mas aumentan
La turbacion. — Al fin sobre
Aquella asordante masa
De mil diversos clamores,
La ronca voz de Fernando
A todos silencio impone,
Venir mandando a su lado
Sus compañeros mejores.
Cércanle todos al punto
I palpitantes, sus órdenes
Aguardan, fijos los ojos
En sus ceñudas facciones.
Parece que en sus palabras
Toda su esperanza ponen,
I que él es su providencia
Unica en tanto desórden;
Mas incierto todavía,
I ajitado no dispone
Ningun movimiento el jefe,
Hasta tener mas informes,
Semejante al mar sombrio
Cuando empieza a herirle el Norte,
I dudoso riza apénas
Sus crespas ondas salobres,
Que pronto a los mismos cielos
Osarán alzar sus moles.
Entretanto el fuego avanza
Sin cesar, i horrendo absorve
Con rechinantes crujidos
Toda la estension del monte.
Jamas tan irresistible
Enemigo recelóse
Que embistiese sus guaridas,
Por los fieros salteadores.

Las llamas rojas que se alzan
Como columnas disformes
Ondeando con el viento,
El denso humo que interrompe
Su respiracion, i en medio
De sus nieblas los esconde;
El sordo estruendo que forman
Cayendo altísimos robles,
El rebramar del incendio,
Los fragmentos voladores
I chispas que el viento arroja
Sobre sus ojos, los ponen
Ya en estupor tan terrible,
Que el temor los sobrecoje.
Solo Fernando inmutable
Se mantiene, aunque se le oye
Condenar ya la tardanza
De sus dos descubridores.
Al fin por diversos puntos
Arriban estos veloces,
Fatigados i acezidos
Exhalando a borbollones,
Sin poder casi los labios
Darles salida a las voces,
Chamuscados los cabellos,
Los vestidos en jirones.
— «¿Qué noticias me traeis?» —
Dice Fernando — i responden:
«Del rei español nos cercan
»Numerosos escuadrones,
»Cuyas filas se dilatan
»Por todo el pié de este monte . . .
»Hemos visto ses aceros
»Arrojar mil resplandores,
»Sedientos de nuestra sangre;

»Redoblan los atambores,
»Tremólanse las banderas,
»I relumbran los morriones. —
»Aquel pérfido Domingo
»A quien vos, hace dos soles.
»Reprehension severa disteis
»Por sus desafueros torpes
»I en negro resentimiento
»De nuestra grei desertóse,
»Ese vil entre ellos anda
»I ante su vanguardia corre,
»Guiando sus movimientos,
»Preparando cuanto golpe
»Pueda asegurar su triunfo.
»Seria hacerse ilusiones
»Pensar que haya otro recurso
»Que unirnos todos i acordes
»Trabar un combate a muerte
»Con las opuestas lejiones.» —
— «Pues trabémosle!», Fernando
Repuso, «i si es que dispone
»La suerte que perezcamos,
»Sea a lo ménos como hombres,
»Vendiendo caras las vidas,
»I nuestras almas se gocen
»Cuando sobre inmensas pilas
»De muertos opositores,
»Nadando en rios de sangre,
»Nuestros cuerpos abandonen.
»Corramos hácia la parte
»Donde habeis visto mas dobles
»Aglomerarse sus filas,
»I allí empezemos el choque.»

*

Dice, i prepara el cebo a su escopeta,
I la terrible espada cortadora
Al cinto suspendida se sujeta.
De sus ojos la llama vibradora
I su mirada vagarosa, inquieta,
Denuncian el ardor que le devora,
I en su rostro feroz, de rojo tinto,
Brota el primero sanguinario instinto.
Seguro de triunfar la marcha emprende,
En todo semejante al tigre hambriento
Que del asilo montaraz desciende
A buscar en el prado su alimento.
Su paso presuroso no suspende,
Ni altera su semblante el elemento
Que el bosque entero con fragor consume,
I en medio de él sin vacilar se sume.
Mas su banda, no ménos atrevida,
Sigue detras. — Aunque una nube espesa
De humo a sus pechos respirar impida,
I la tierra que rápida atraviesa
Esté de ardientes brasas esparcida,
I aunque el incendio de ofender no cesa
Sus frentes en furioso remolino,
Ni un punto ella detiene su camino.
Al contemplar la intrepidez serena
De su caudillo, así su arrojo crece,
Que de césped menudo i rosas llena
Sobre una alfombra caminar parece.
Ah! Por seguirle arrostrará sin pena
Mortal tormento, i si al morir merece
Que su jefe benévolo la mire,
No habrá dicha mayor a que ella aspire.
Las sendas mas ocultas conociendo
Del bosque, por la rápida pendiente
Descienden a las faldas, protejiendo

Suerte propicia su entusiasmo ardiente.
Míranse arroyos de sudor corriendo
De cada hinchada i palpitante frente,
Sus cabellos estan medio quemados,
I sus vestidos negros destrozados.
Ya, de alimento a falta, ménos densa
La combustion al pié de la montaña,
De armas i enseñas multitud inmensa
Les deja ver brillando, i de la España
En cerco desglepar su fila estensa
Las orgullosas tropas, cuya saña
Espera que el incendio abra camino,
Sin temer al contrario tan vecino.
Breve momento de reposo hubo,
En el cual tras los troncos apuntando
El bandido a sus víctimas estuvo —
«¿Estais ya prontos?» preguntó Fernando
A media voz, i a la señal que obtuvo
De afirmacion, la mano levantando,
Oyó seguirse formidable estruendo
Que unísono en los bosques fué cundiendo.
I una nube de balas i de flechas
Parten del bosque en hórrido silbido,
I a las contrarias filas van derechas,
Sin que un tiro se viese allí perdido.
En ellas abren anchurosas brechas,
I de sangrientos cuerpos fué esparcido
El campo, cual la mies por tierra abate
De agua i granizo el tempestuoso embate.
Un alarido inmenso que retumba
De las lejanas sierras por el seno,
Viene a aumentar su espanto, i como zumba
El rayo asolador detras del trueno,
Dejando su escondrijo, se derrumba
Sobre el contrario el salteador sin freno,

I con ímpetu tal, furia tan rara,
Cual si el monte sus rocas despeñara.
Blandiendo con sus brazos iracundos
Espadas i puñales, se ensangrientan,
I a su paso, de cuerpos moribundos
I miembros rotos la cosecha aumentan:
Tornan en rojo lago los fecundos
Campos, i el triunfo asegurado cuentan
Al ver cómo deshecha se desbanda
Ya por do quiera la española banda.
No tan veloz en la honda mar revuelta
La tromba, horror i espanto del marino,
En agua hirviente i en espuma envuelta,
Se eleva, i con su raudo remolino
La nave despedaza que resuelta
Siguió entre mil borrascas su camino,
Como el bandido rompe i despedaza
Cuanto su curso rápido embaraza.
Mas ¿quién es el mancebo que ceñido
De refuljentes armas, presuroso
Llega por entre zarzas, parecido
En la apostura i el mirar radioso
Al númen de la guerra? Enfurecido
Rompe el hijar de su alazan fogoso,
Que al batimiento de sus raudas huellas,
Saca de los peñascos mil centellas,
I produce un fragor como el que flota
Cuando los cielos la tormenta hiende.
Vedle! Desesperado a la derrota
De su jente el caudillo, la reprende
Con tales voces, que el efecto nota
Casi al instante, su pavor suspende,
I detenerse i revolver la mira
Rujiendo de vergüenza i justa ira.

Entónces reviviendo su esperanza,
Deja el veloz corcel i se coloca
Al frente i los conduce a la venganza
En denso peloton cual firme roca.
Al ver cuán fiero el adversario avanza,
De los bandidos el ardor se apoca,
I al bosque retroceden sin que baste
A detener Fernando tal contraste.
«Al monte! al monte! a perseguirlos!» grita
El caudillo leal, i con su bando
Al través del incendio precipita
Su curso, grandes gritos arrojando.
A proseguir valientes los excita
El salteador rebelde que a Fernando
Jurado habiendo un odio vengativo,
Fué de esta empresa el promotor activo.
Mas si bien al principio en la inflamada
Selva disperso se escondió el bandido,
I ya la fiel lejion lleva trepada
Gran parte, sin azar, del monte erguido,
Cuando del humo i llamas sufocada,
Al desaliento casi ella ha cedido,
Su desconcierto i confusion se aumenta
Nueva descarga al recibir sangrienta.
I las balas i flechas por el vago
Aire cruzando, sin cesar la cubren,
Pero sus ojos de tan grande estrago
No entre el incendio al causador descubren.
Tan solo allí se siente el golpe aciago,
Mas las manos mortíferas se encubren,
I ni el consuelo de vengar su muerte
Quiere dejarles la contraria suerte.
Tal turbacion entónces los aqueja,
Que a ciar comenzaban, cuando un viento
Rápido el humo al rededor despeja,

I haciéndoles cobrar algun aliento,
Bien cerca al enemigo ver les deja,
Que oculto tras los troncos, si un momento
Para lanzar sus tiros aparece,
Con precaucion al punto se guarece.
  En desórden sobre él se precipitan
Cual sierpes jadeando vengativos,
Mas los bandidos el encuentro evitan,
I nuevos troncos ganan fujitivos,
De do con befas su furor excitan,
I rien al mirarlos tan activos
Victimas ofrecerse entre sus manos,
Miéntras que buscan la venganza insanos.
  Como si alcázar encantado fuera
El bosque, por demonios defendido,
Se multiplica el salteador dr quiera
I el bando de la lei es consumido.
Tras cada tronco la apariencia fiera
Sale a su vez de un rostro denegrido,
Para arrojar silbando alguna flecha,
O bala que a algun cuerpo va derecha.
  I su sepulcro allí talvez hallara
La hueste entera que orgullosa vino
El monte a acometer, si no acertara
Su jefe a darle de salud camino.
«Amigos! si la ruina que os prepara
»Impune el salteador. quereis con tino
»Evitar, i que os ciña aqui la gloria
»El honroso laurel de la victoria,
  »La destreza oponed a la destreza.
»Enfrenando vuestro ímpetu imprudente:
»Que de los robles la muralla espesa
»Asilo a vuestros cuerpos les presente,
»I a adelantar ninguno se dé priesa
»Miéntras no vea al contendor de enfrente

»El tiro despedir que oculto apronte.
»Encime a tal momento el arduo monte.»
Dijo; i este consejo obedecido
Salvó su heroica jente, pues tomando
Cada uno por defensa un tronco erguido,
I las furiosas llamas soportando,
Esperan el momento apetecido
De ir el terreno impunes conquistando,
Como entre la maleza acecha el lobo
La ocasion sin peligro de su robo.
I el bandido, al mirar que la pelea
Con desventaja suya se difiere,
No mas ya de sus puestos se menea,
I a todo trance defenderlos quiere.
Un charco, que la tierra colorea,
De roja sangre, un campeon que muere
De enorme tronco al pié, muestra a la vista
Cuán disputada ha sido su conquista!
Pero mas inflamados los guerreros
Leales con la misma resistencia,
Ocupan palmo a palmo los senderos
I alcanzan ya del monte a la eminencia.
Redoblan los esfuerzos postrimeros
I crece irresistible su violencia,
Hallando a su valor casi rendido
El invencible albergue del bandido.
Furia infernal inunda el alma impía
De Fernando a tal punto, i solamente
Ya a la pujanza de su brazo fia
La propia salvacion i de su jente.
Avanza, al adalid cuya osadia
Alienta a sus contrarios, fieramente
Reta i provoca a decisivo duelo,
I el otro acude a contentar su anhelo.

*

Frente ya el uno del otro,
Lanzaron un gran rujido,
Cual si se hubieran venido
El leon i el tigre a encontrar,
I al borde de la meseta
Su curso un punto parando,
Se están ambos contemplando
Con un furioso mirar.

Sus ojos vibran venganza
Por las pupilas ardientes,
I los demas combatientes,
Cuando acercarse los ven,
Su propia lid suspendiendo,
A esperar se determinan
Que los caudillos definan
La suerte de ellos tambien.

Cual dos opuestos turbiones
Al fuerte impulso del viento
Vienen por el firmamento
Su mole inmensa a estrellar:
Así los dos campeones
Sus armas entrechocaron,
I con fragor se miraron
Mil relámpagos brotar.

«Malvado! Cuanto delito
»Perpetró tu mano impía,
»Vas a pagar este dia!»
Clama el campeon de la lei.
I esgrimiendo el crudo acero,
Contesta el jefe inhumano:
«No será tu débil mano
»Quien dé tal gloria a tu rei!»

I así le estrecha en su ataque,
Ya su cabeza amagando,
Ya en veloz jiro apuntando
Al cuello o al corazon,
Que el oficial, ya perdida
De embestirle la esperanza,
Que usar tiene su pujanza
En conjurar el turbion.

Allí de firmeza doble,
De serenidad i vista
Como la del lince lista
Necesita el oficial.
Pero no a un riesgo tan grande
Desfallece su entereza,
Que a tan rápida destreza
Oponer sabe otra igual,

I aun de furioso reves
Al momento mismo dado
Que un golpe hendiente ha parado,
Al bandido logra herir.
Mas fué fatal su ventaja,
Pues no bien su sangre mira
Correr, atras se retira
De un salto el negro adalid.

Arrojando desdeñoso
De sí léjos la ancha espada,
Vibra en su mano avezada
Un reluciente puñal;
I a finalizar de un golpe
El combate bien resuelto,
De un nuevo salto ha revuelto
Tan veloz como el jagual.

En vano resguarda el otro
El cuerpo i le opone en vano
Su acero, pues con la mano
Asiéndolo el salteador,
Lo sacude tan violento,
Que en pedazos mil lo rompe,
I un clamor grande interrompe
El silencio al rededor.

Luego de las fieles tropas
Sucede tumulto inmenso,
Que al ver su jefe indefenso
Le vuelan a socorrer.
Ai! Fernando bien asido
Le tiene el brazo derecho,
I mas ájil va en su pecho
Inerme el hierro a esconder.

Ya la luz turbia a los ojos
Del caudillo casi falta,
Cuando al parecer por alta
Milagrosa proteccion,
Súbito se escucha un grito,
Mas bien lúgubre lamento,
De terror i sentimieuto,
A un tiempo fiel espresion.

Del centro de una cabaña
El quejoso grito suena,
Sobre la cual la melena
Del fuego empezaba a arder,
I hasta el fondo penetrando
De cada alma, como hechizo,
De Fernando el brazo hizo
Falto de vigor caer.

Uno i otro combatiente
Vista i rostro a un tiempo jiran,
I salir absortos miran
Una mujer celestial
Del abismo fulgurante
Que la choza va envolviendo,
Como puro ánjel huyendo
De la mansion infernal.

Tendidas entrambas manos,
Compasion i ausilio implora,
Con lágrima tembladora
Brilla su pupila azul.
El tierno pié sin defensa
Huella el suelo endurecido,
I al viento, de su vestido
Flota el leve i blanco tul.

En sus pálidas facciones
I en sus ademanes todos
Se retratan de mil modos
La pavura i la afliccion.
I cuantos pechos feroces
Su clamor doliente oyeron,
O miráronla, sintieron
Una intensa compasion.

*

Fernando, empero, al punto que la ha visto,
Dejando a su adversario,
Vuela a salvarla como el viento listo:
Con los nerviosos brazos la levanta,
I huye por los peñascos donde el fuego
A falta de alimento no adelanta
Su detrimento ciego.

Mas aunque esto obra fué de un solo instante,
Aunque un punto no mas brilló la hermosa
Aparicion delante
Del gallardo oficial, cual la centella
Huye i se pierde por los aires, ella
En él ha conocido
Un objeto querido
Que largo tiempo de su vista ausente,
La sola ocupacion fué de su mente;
I al verle, con acento que ablandara
A la insensible roca,
La mísera esclamaba: «Anselmo mio!»
I aun sonaba en su boca
Aqueste nombre, cuando el negro impío
Con ella entre las breñas se ocultara.

*

Anselmo, sí, el jóven era
Que ha venido a sorprender
Esta guarida; el esposo
A quien iba a dar su fé
María, cuando a torrentes
La sangre haciendo correr,
El salteador su morada
Atacó en fiero tropel,
I la arrastró inexorable
Hácia su asilo montés.
Largos tiempos ha llorado
Su penosa ausencia él,
I aun la imajinó ya hundida
En sepulcral lobreguez.
Así pues cuando hoi la ha vuelto
Viva aunque marchita a ver,
Quedó atónito cual suele

Quedar proscrito doncel
Si en el estranjero clima
La tierra que le dió el ser
Viene a iluminar sus sueños
De improvisa esplendidez.
Siguióla con su mirada
Hasta el punto que al través
Ocultóse de las rocas
Con súbita rapidez,
De su opresor en los brazos,
Llamando en vano a su bien.
De su estupor dominando
Entónces la pesadez,
«María!» grita i se lanza
Tras del raptor a correr.
Mas por aquel laberinto
De rocas, cuya esquivez
Se cruza, vuelve i revuelve,
Su inexperiencia se ve
Bien pronto sin senda o rumbo
Harto seguro a sus piés.
Detiénese, i un instante
Pone el oído a atender,
Mas solo oye el estampido
De los fuegos otra vez
Entre ambas cuadrillas rotos,
Tronando a la redondez.
Tiende la vista, i no alcanza
Sino en la distancia a ver
Las hembras de los bandidos,
Trémula asustada grei,
Que huye del fuego i las armas
El doble amago a la vez,
Llevando al seno apretados
Los hijos de su querer.

I al correr como insensatas
De riscos por la aridez,
En sus gritos i apostura
Presentan la imájen fiel
De hechiceras ajitadas
Por las furias de Luzbel.
Perdido ya se imajina
Anselmo su amado bien
Tan llorado, nuevamente,
I su amargura cruel
Una muerte pediria
Vengada por otras cien;
Cuando hácia allí de enemigos
Dirijirse ve un tropel,
Los que apénas le divisan,
De su sangre ardiendo en sed,
Le embisten como los lobos
A la descarriada res.
Mas su salvacion no fia
A veloz fuga el doncel,
Antes cual lebrel lozano,
Heróico de intrepidez,
Se arroja sobre uno de ellos,
Le arranca el hierro, i con él
Defendiéndose, i un risco
Dando por resguardo fiel
A su espalda, los provoca
Al combate con desden.

*

Mas los bandidos fiando
Que en tan desigual reyerta
Tienen la victoria cierta,
Le atacan sin vacilar;

I él cual leon acosado
De trailla numerosa,
Aquí i allí sanguinosa
Muerte les empieza a dar.

Para con tal lijereza
Cuanto golpe sobre él llueve,
I así el firme brazo mueve,
Que sin recibir lesion,
De sangre i miembros cortados,
Siempre que al reedor circula
El hierro, en torno acumula
Un espantoso moton.

Mas si la contraria fila,
Al mirar tanto despojo,
Siente disminuir su arrojo,
I aun retrocede talvez,
Brama de verse vencida
Por un hombre de esta suerte,
I darle segura muerte
Resuelve su avilantez.

Desde léjos le amenazan,
Formando círculo estenso,
I hácia su pecho indefenso
Cien flechas apuntan ya.
El las vé venir silbando
En sus miembros a esconderse,
I como mártir verterse
Su sangre sintiendo está.

Quiere en un postrer esfuerzo
A su escape abrir camino,
I va a avanzar, mas sin tino
Vacilan flacos sus piés.

I la multitud infame,
A quien ya el héroe no espanta,
A acabarle se adelanta
Para ultrajarle despues.

Puesta en tierra una rodilla,
Anselmo desfalleciente,
Con feroz mirada ardiente
No cesa de amenazar.
Aun torna furioso a alzarse,
I como llama que espira,
Mas terrible se le mira
El acero revibrar.

Dos víctimas inmoladas
A su golpe postrimero
Caen, mas al punto el acero
De su mano se escapó.
Tendióse sobre sus ojos
De la muerte el denso velo,
I volviéndolos al cielo,
Falto de aliento cayó.

Al mismo tiempo a lo léjos
Se ve acercarse a Fernando,
Que en seguridad dejando
La prenda de su querer,
Ciego de furiosos celos
Por las voces de María,
Buscando el triunfo volvia
Que ella le hizo suspender.

Mas aunque rápido corre
Como la flecha volante,
I con eco amenazante
Le oyen los suyos gritar:

Que suspendan obedientes
Sus ataques i la gloria
Le guarden de la victoria,
Es inútil su clamar.

Cuando al sitio del combate
Llega en ardoroso anhelo,
Es para ver por el suelo
Tendido a su contendor,
Envuelto en su roja sangre,
Sin calor ni movimiento,
Víctima de un ardimiento
Digno de suerte mejor.

*

Amargo su disgusto
Fué entónces al mirar cómo él en vano
En pos del triunfo tan veloz viniera,
I a golpes de otra mano
El último suspiro
Ya el jóven jefe al parecer rindiera!
No empero de la muerte en el despojo
Su vengativo enojo
El insensible corazon cebara,
I aun impidió a la hueste que manchara
Sus manos, ultrajando a un enemigo
Que ya incapaz de ofensa,
Halló en la tierra el postrimer abrigo.
Ellos de rabia intensa
Miradas le arrojaron,
I bárbaros rujidos
Cual tigres exhalaron
A abandonar su presa compelidos.
Mas todos obedientes
Siguiéronle bien pronto dilijentes

Donde resuelta a coronar su gloria,
Su presencia aguardaba la victoria.

*

Ai! de funesto agüero
De Anselmo la desgracia
Fué de la lei al escuadron guerrero,
Pues si el polvo han mordido
Aquel dia de luto
Muchos de la cuadrilla del bandido,
Mayor de la española fué el tributo:
I de la banda apuesta
Que al monte arremetia
Tan ufanosa al principiarse el dia,
Ya solo un grupo combatiendo resta,
Que si dilata firme el rendimiento,
Abrigar no podria otra esperanza
Su inútil ardimiento,
Que contentar muriendo su venganza.
Fernando sobrevino
Conduciendo impetuoso su refuerzo,
I sobre el cuadro heroico, repentino,
Precipitóse con tan grande esfuerzo,
Que los que al choque muertos no rodaron,
La vida pretendiendo
Del vencedor, sus armas le entregaron.
Mas ai! no hubo piedad, que en el destrozo
Cebados los impíos,
I queriendo proveer a su reposo
I a su seguridad, vertiendo rios
De la contraria sangre, en escarmiento
Al que intentase profanar su asiento,
No perdonaron una sola vida,
I de yertos cadáveres
La tierra por do quier quedó esparcida.

Entónces harta ya la sed de sangre
Que enciende el corazon, la mente ofusca,
Cada cual en el plácido beleño
Del sosegado sueño
De sus fatigas el descanso busca.

CANTO TERCERO.

Es ya la tarde. — Del zenit desciende
Velado en densa nube de vapores
El padre de los astros, con su lumbre
Corriendo a visitar otras naciones.
Al ir a hundirse en el remoto ocaso,
Cual si un momento espectador inmóvil
Quisiera ser del sitio del combate
I de la inmensa destruccion del monte,
Con sus vibrantes rayos largo trecho
Rompe la niebla que su faz esconde,
I en mar de luz convierte la penumbra
Que el campo entrista con su manto doble.
Al ver aquella escena do la muerte
Dominadora ostenta sus horrores,
I con rostro infernal vuela i revuela,
El mismo dios del dia entristecióse.
Ya el vasto incendio, al terminar su curso,
Como último alimento a sus furores,
De las mas altas cumbres devorando
Está los peumos i empinados robles.
Mas la parte inferior de la montaña,
I la meseta que poco ha miróse
Cubierta de cabañas i de indicios
De prolongada habitacion del hombre,

Solo presentan troncos en pavesas
I de ruina amontonadas moles,
De que se elevan humeantes nubes,
Que a modo de temblantes pabellones
Prendidos en la tierra, al soplo leve
De juguetona brisan hincha sus bordes,
I confundidos por el viento ondean,
Variando al infinito sus colores.
Salpican el terreno a cada paso
Charcos de sangre, vestes en jirones,
Rotas armas o miembros mutilados
I aun a medio quemar cuerpos atroces.
No rueda despejado el arroyuelo,
Mas un cadáver denegrido, informe,
Aquí i allí se mece en su ribera,
Cual buscando un sepulcro do repose.
Do quiera el aire en lúgubres lamentos
Resuena, o en horribles maldiciones
Que al puzante dolor de sus heridas
Exhalan los impíos salteadores.
Vense los unos por amigos brazos
A alguna cueva conducir del monte,
Otros se arrastran a una fuente, i sangre
Propia talvez con la corriente sorben.
La imájen del terror por todas partes
Se alza, i las nubes que la esfera esconden,
Tambien del sol poniente a los reflejos,
Ostentan sanguinosos tornasoles.
Seca la yerba en fin, i sin ramajes
El viento, que al pasar blandos le aromen,
Un hálito de muerte solo esparcen,
En vez del grato aliento de las flores.

*

Fernando, desde lo alto de una peña,
Por largo tiempo contemplando inmóvil
Estuvo aquella escena, sumerjido
En hondas i funestas reflexiones.
Su rostro pareció por una momento
Perder su aspecto de frialdad feroce,
I de piedad dió indicios al mirarse
Envuelto de aquel cúmulo de horrores.
Se hallaba vencedor: sus enemigos
La faz marchita contra el polvo esconden,
Mas su banda tan fuerte poco habia,
Qué número tan débil ya compone!
¡Cuántos guerreros de ella han perecido!
I con los pocos que le restan ¿dónde
Irá a buscar seguro un nuevo asilo,
Cuando ya el fuego del mejor privóle?
Con tales pensamientos se entristece
I aun desalienta el corazon de bronce,
Tambien de tiempo atras ya fatigado
De la sangrienta vida a que lanzóle
El crudo anhelo de venganza un dia,
Ai! ya sobrado satisfecho, doble
Siente ahora el cruel remordimiento
I ansia por respirar aires mejores.
Así, cuando hubo visto al sol hundirse
En ocaso entre espesos nubarrones,
El jénio de la muerte parecido,
Que sintiese pesar de sus furores,
Al aguijon de sus ideas quiso
Buscar alivio dulce, i dirijióse
Hácia una vasta cueva que natura
Cavó en la roca del espeso monte.
Allí se hallan ahora refujiados
Los débiles infantes, las consortes

De los suyos, i cuantos mal heridos
Han escapado a los contrarios golpes.
Allí en apartamiento solitario
Tambien María está des que veloce
La arrebatara él mismo en el combate,
I en busca de ella apresurado corre.

*

De su retiro en lo mas hondo hallóla
Sentada en tierra, inmóvil cual la muerte,
La frente reclinada entre sus manos,
Sollozando en secreto tristemente.
En profusion cayendo sobre el rostro,
Del cuello i seno la rosada nieve
Cubre el largo cabello, i solo a trechos
Deja entrever sus formas relucientes.
Al lado suyo se sentó Fernando,
I en su silencio mudo i elocuente
La estuvo largo rato contemplando
Con ojos do el amor mezclado vese.
De la ponzoña de los negros celos,
Pasiones que le ajitan i escandecen
El corazon en tumultuosa guerra,
I a retratarse sobre el rostro vienen.
Al fin con voz temblante i temerosa
Llamóla por su nombre, i como inerte
I en profundo silencio continuase,
«María!» prosiguió, «tú me aborreces.
«¿No es ésto cierto? I lo que mas me aflije
Es que este triste tu aversion merece.
Tú, ánjel de luz para vivir nacido
Entre el incienso i flores inocentes.
«I tú, cuya pureza se igualara
A la rosa de célicos verjeles,

Hallarte entre esta atmósfera de crímenes
Do solo sangre i destruccion se huele!

«¿Cómo podia tu sensible pecho
Cerca de tanto horror ni un punto breve
Ser venturoso? ¿Cómo un sentimiento
Abrigar a favor del que inclemente

«Sin cesar se mostraba ante tus ojos
Teñido en sangre i derramando muertes?
Pero ah! Si en lo mas hondo de mi pecho
Leer con vista perspicaz pudieses,

«Tú me compadecieras: no lo dudo.
Lanzado en esta vida delincuente
Por la persecucion, sobrado tiempo
Al abismo he querido sustraerme,

«Por respirar un aire mas benigno
En el silencio suspiré mil veces,
I el mundo a mis deseos oponia
Una barrera insuperable siempre.

«¡Dónde hallar un asilo entre los hombres!
Desprecian a mi raza i la aborrecen,
I vengar en mi propia sangre anhelan
La sangre de ellos que vertí a torrentes.

«Oh! María! María! Una esperanza
Quedábale a este triste solamente,
Si es que puede quedarla al que destroza
Atroz remordimiento como sierpe.

«Desiertos hai, María, donde nunca
Humana planta penetró, i do puede
Cerca de un ánjel, el perdon del cielo
Implorar ignorado un delincuente.

«Si tú quisieras... Ah! Cómo yo entónces
A endulzar los horrores de tu suerte
Me dedicara, hasta lograr que un dia
Acreedor a tu gracia me creyeses!

«Pero cómo esperar que en algun tiempo
Cese tu corazon de aborrecerme!
Me sobran desengaños! A mi lado
Tan solo la violencia te retiene.

«¿I no debo pensar que en un cadalso
Mirarme desearias falleciente,
O al ménos que de mí te apartarias
Desde que huyendo en soledad me vieses?

«¿Puedo disimularme que en tu pecho
Tiene otro amor su duraderò albergue?
Que objeto es sin cesar de tus suspiros
Otro mortal dichoso . . . i que aun en este

«Dia en que estamos, con dolientes gritos,
Miéntras del fuego te salvaba, aleve
Llamabas por su nombre a libertarte
De entre mis brazos a ese odiado jefe?

«¿No escuché yo tu nombre entre sus labios?
Oh! i ahora mismo, con dolor vehemente,
De que él no hubiese su intencion logrado,
En secreto no culpas a la suerte? . . .»

No pudo proseguir mas el bandido,
Que la rabia cortóle de repente
La voz, i las facciones de su rostro
Se contrajeron trémulas, i ardientes.

Relámpagos brotaban de sus ojos,
I la infeliz María, cual si fuese
Cadáver animado en el sepulcro
Al resonar de maldicion potente.

Oyendo aquellas últimas palabras,
Levantó su cabeza suavemente;
I sin volver hácia el bandido el rostro,
Rompió con voz temblante de esta suerte:

«Ah! Si es que todavía esperar puedo
Que un resto de piedad en vos se encuentre,

Hoi tenedla de mí... ¿Cuál de ese jóven,
Decidme, ha sido la ignorada suerte?
«¿Vive aún? se salvó? o en poder vuestro
Cautivo triste una venganza teme?...
Le habeis?... — «Le he muerto!» contestó Fernando,
Furioso al ver que con temblor creciente
Ella decir no osaba una palabra
Que iba terrible como el rayo a serle.
«Ha muerto! i su cadáver en el monte
Ser de las fieras alimento hoi debe!»
«Mónstruo!» esclamó María con un grito
Capaz de hacer jemir la roca inerte,
Como el de aquel que los postreros rayos
De su esperanza ve desvanecerse.
Cayó sobre la tierra sin sentido
I en convulsion mortal, i el fiero jefe
La aguda daga desnudó, i de su ira
Al primer arrebato iba a esconderle
En el desnudo pecho el hierro crudo.
Mas su mano quedóse de repente
Inmóvil i en el aire levantada,
Cual si un ánjel de Dios la contuviese.
¿Por qué Fernando tiembla? ¿Qué le impide
El golpe descargar?... Ai! le detiene
La vista de ese cuello do la rosa
Se une con la azucena suavemente,
De amor los blandos besos provocando.
Bañarlo en sangre su furor no puede,
Lanza el puñal léjos de sí, i se postra
Cual la belleza a quien aflije, inerte.

*

Cual si del otro mundo retornara,
Al fin la jóven del desmayo vuelve;

Mas ai! mejor le fuera sumerjida
Quedar en hondo sueño para siempre!
De pronto siéntese tan aturdida,
Que su desgracia recordar no puede;
Solo un rumor de tempestad escucha
I hallarse en un desierto le parece.

Cobrando poco a poco el sentimiento,
La vista entorno conturbada estiende,
I halla los ojos de Fernando airados,
Que sobre ella enclavados permanecen.

De un ánjel de terror los imajina,
Que a confundirla i condenarla viene,
I al punto estas palabras del bandido
Resuenan en su oído i la estremecen:

«Ha muerto! i su cadáver en el monte
Ser de las fieras alimento hoi debe! —»
Nuevo dolor la taladró, i vertieron
De lágrimas sus ojos un torrente.

Su amor, su único amor que no ha cesado
Cautiva triste de tener presente,
I a quien desde su ausencia referia
La historia de sus penas tantas veces,

Su amante habia muerto, i no existia
Ya la esperanza de algun día verle.
¿I quién su matador habia sido?
El bárbaro caudillo a quien se debe

Que ella llore a sus padres, su inocencia,
I un porvenir de nácar i claveles.
I este inhumano mónstruo aun al don puro
De su cariño a pretender se atreve!

Iba a dar curso libre a sus enojos,
Prorrumpiendo en las quejas mas crueles,
Hasta obligarle a que su odiada vida
De un golpe terminase para siempre.

Mas súbito recuerda que el cadáver
De Anselmo está insepulto, i que ser debe
Mui pronto el pasto de voraces buitres,
I esta espantosa idea la detiene.
Trémula, suplicante, ai! i con ojos
Mas bellos por las lágrimas que vierten,
Se arroja ante las plantas del bandido
I esclama con dolor: «Compadecedme!
«Ese infeliz objeto de ira tanta,
Aquese jóven a quien disteis muerte,
Era... mi hermano!» «Justo Dios! tu hermano!»
Esclamó sorprendido el fiero jefe,
I alzándose veloz cual si en su oído
La trompeta final sonado hubiese,
«Tu hermano!... Eran injustos pues mis celos!
»Tu hermano i no tu amante! O cielos! vuelve
«A pronunciar esa feliz palabra!
Que de un infierno horrible me concede
Tornar a la existencia... Oh! mi María!
Perdona mis sospechas tan crueles.
«Ni estés creyendo que yo le haya muerto.
Fueron los mios!... La piedad celeste
No quiso que tambien yo de tu hermano
En la sangre mis manos retiñese.
«Entre el cúmulo atroz de mis delitos,
Dichoso me contemplo al no hallar este —»
«Déjame, pues, le contestó María,
Que con mi llanto sus cenizas riegue:
«Que le haga yo los últimos honores,
I ántes que el alma de animarme cese,
Al sepulcro que harán mis propias manos
Ese cadáver adorado entregue —»
Fernando enternecido entre sus brazos
Levantóla, i con labio balbuciente:

«¿Puedes temer, le dijo, oh! mi María,
Que a tus deseos yo tal gracia niegue?
«¡Ojalá que volverle a tu cariño
A costa de mi vida dable fuese!
Ven ahora mismo: su cadáver yerto
Corramos a buscar i a sustraerle.
«A la voracidad de hambrientas fieras.
Yo mismo su sepulcro cavaréle,
I la alma tierra que sus restos cubra
Regaré con mis lágrimas ardientes.
«Ven, i al darle tu abrazo postrimero,
Cuando la vista suplicante eleves,
Pidiendo al Hacedor por su descanso,
Yo entónce en tierra clavaré mi frente;
«Rogaré, i al Señor talvez no indigne
Que el ruego de un contrito delincuente
Por un hombre virtuoso hasta su trono,
Unido al tuyo anjelical, se eleve.»

*

Dijo, i tomó una tea entre sus manos,
I condujo a María por la diestra,
Entre las sombras de la noche, al sitio
Donde el cadáver de su amor se encuentra.
Ai! Cómo tiembla la infeliz sintiendo
Sus plantas resbalarse por dó quiera
En charcos sanguinosos, i mirando
Al vislumbrar de la humeante tea,
Mil despojos mortales esparcidos
En espantables formas por la tierra,
I troncos i malezas aun ardientes
Que un infernal aspecto la presentan!
Solo el sagrado objeto a que ella marcha
La infunde aliento i su valor sustenta,

Como invencibles óbices allana
Aquel que un talisman consigo lleva.
De súbito Fernando se detiene,
I la rojiza luz que al viento ondea,
Un cúmulo de cuerpos ilumina
Amontonados en confusa rueda.
Ha conocido el sitio i por sí solo
Pide le deje obrar su compañera,
Por evitar a sus pulidas manos
El contacto fatal de muerte horrenda.
Ella no lo consiente, i aunque toda
Helada de terror allí se sienta,
De buscar los despojos adorados
Ayuda al rudo jefe en la tarea.
¡O triste condicion de la infelice,
Que de esperanza mas dichosa ajena,
Quiere siquiera hallar cadáver yerto
A aquel por cuya vida ella mil diera!
En medio de aquel cúmulo espantoso
Yace un cadáver solo i que demuestra
Un héroe que al morir se ha hecho una tumba
De enemigos vencidos por su diestra.
Un rayo sobre el pálido semblante
Vierte la luz, i conociéndole ella,
A abrazarle se arroja como loca,
Su nombre repitiendo con voz tierna.
«Anselmo! Anselmo mio! ¿Este el estado
En que debia recobrarte era,
Despues que tanto tiempo he lamentado
Sin esperanza tu penosa ausencia?
«Has muerto! i no he podido yo a tal punto
Tu último aliento recibir siquiera!
El cielo solo quiso te cobrase
Para poner tus restos en la tierra!» —

Sin poder decir mas, la voz ahogada
De sollozos i lágrimas, le estrecha,
Contemplando anhelosa aquel cadáver
Cual si su llanto a reanimarle fuera.

Inclínase i le besa sobre el pecho,
I con sus manos cubre las abiertas
Llagas, como a impedir ai! que se escape
Algun último soplo de existencia!

Vano delirio que el dolor produce,
Pero la realidad terrible ahuyenta,
Volviendo a herir los aires sus sollozos
Con mayor amargura i doble fuerza!

Movido a compasion Fernando mismo,
La vista separó de aquella escena,
I dió al llanto lugar . . . Mas ¿por qué ha oído
Un grito penetrante de sorpresa?

¿Por qué al volver el rostro, la ha mirado,
El labio abierto, palpitante, atenta,
Desencajados e inmovibles ojos
Clavar al rostro do la muerte reina?

¿El alma de su amante habrá venido,
Compadecida de su angustia estrema,
A animar un momento esos despojos?
Sí, que ya de ilusion vana proceda,

O de dichosa realidad, María
Sintió salir de aquella boca yerta
Leve suspiro, i palpitóle al punto
El corazon con rápida violencia.

I miéntras que sus manos aplicaba
Al pecho del difunto, otra vez ella
Oyó un suspiro, i no dudó ya viendo
Los muertos ojos entreabrirse apénas.

«María! a qué esa voz?» dijo Fernando,
I ella le contestó: «Mi hermano alienta!

»Suspirar i moverse le he sentido!»
— «Cielos! Será posible?» — «Por la eterna
«Justicia, i por cuanto es a vuestros ojos
De mas precio, señor, sobre la tierra,
Tened piedad de mi infeliz hermano;
Su vida conceded a mi terneza» —
«¿Lo dudas tú, María? De ese jóven
Pertenece a tí sola la existencia.»
— «Dios os bendiga! Mas de aquestos sitios
»Trasportarle al momento conviniera.
«Ya lo veis. El rocío de la noche
I el penetrante frio mal le hicieran;
Su vida vacilante está en peligro,
Su vida que a mis ojos tanto cuesta!
«Preciso es conducirle a algun asilo,
Pues aquí solo destruccion le cerca» —
«Voi pronto a hacer que dos de mis guerreros
A trasportarle sobre un guando vengan.» —
«Gracias, oh! justo Dios!» clamó María,
«Gracias, salvado está,» siguió contenta
Al ver abrir sus párpados a Anselmo
Cuando el bandido se alejaba apénas.
E inclinándose luego sobre el jóven,
«Anselmo, Anselmo mio!» con presteza
Le dijo, «soi María. ¿Me conoces?
La que iba a unir su desgraciada estrella
«Por siempre con la tuya» — Al escucharla,
Cual si un sopor profundo sacudiera,
Él la empezó a mirar como espantado;
Despues dudoso aún, i sus ideas
Reuniendo poco a poco — «Era María,»
Dijo, «sí, mi María; en sombras densas
Verla me pareció» — «Sí, la que nunca
Te apartó de su mente», añadió ella.

— «Cielos!» repuso aquel, i a desmayarse
Iba al poder de su impresion estrema,
Miéntras María: «Vuelve en tí, mi dueño,»
Clamaba, sosteniendo su cabeza.
«Que no te pierda yo, pues no podria
Prolongar a tal golpe mi existencia.
Anselmo, Anselmo, escucha. En un instante
Tu bárbaro enemigo está de vuelta.
«Le he dicho por salvarte eres mi hermano.
Procura que este engaño no comprenda.»
— «¿Dónde está ese malvado?» exclamó Anselmo
En un rapto de ira, «¡ que aquí venga!»
«Quiero arrancarle el corazon!» — «Dios mio!
«Guárdate, si tu vida en algo aprecias,
De ese delirio, i tu furor oculta,
Si es que no quieres que yo misma muera.
«¡Qué puedes tú contra él?... Estás herido,
Debilitado, i a la muerte mesma
Acabas con trabajo de arrancarte;
Ni una espada tu brazo sostuviera.
«I él robusto, veloz! Te mataria,
Te mataria sin piedad. Le cerca
Tanto feroz satélite, i yo sola,
Débil mujer, me ofrezco a tu defensa!
«Déjame pues salvarte, ya que él mismo
Me ha dado de tu vida la promesa,
Creyéndote mi hermano, i esperemos
A que nos luzca mas propicia estrella» —
Diciendo así, quitóse el blanco velo
Que el seno la cubria, i varia venda
Del jóven puso a las heridas hondas,
Llenas de sangre conjelada i negra.

*

Vuelve el bandido en tanto acompañado
De los dos hombres que a buscar partiera,
I a su vista sintió el herido jóven
Encenderse su pecho en rabia nueva.

Miradas furibundas de amenaza
Lanzóle i pudo contenerse apénas
De prorrumpir en duros improperios
Contra el malvado autor de sus ofensas.

Pero el terror fatal que de María
Todo el temblante aspecto manifiesta,
I el temor de envolverla en su ruina,
Le hacen vencerse i reprimir su lengua.

Sin resistencia, puesto sobre el guando,
Se deja conducir a la caverna
Donde en brazos del sueño los bandidos
De la pasada lid descanso encuentran.

Allí en apartamiento solitario
María le formó de ramas secas
I de pieles un lecho, i sus heridas
Curó afanosa con propicias yerbas.

Despues con salutífero brevaje
Calmando sus dolores, vió contenta
Quedar en blando sueño sumerjido
A aquel de quien pendia su existencia.

Tan solo entónces la dejó Fernando,
I entónces solamente pudo ella
Abandonarse libre a la ventura
Que su alma conturbada esperimenta.

Dicha bien triste — ai! Dios! pues quien la mire
Cómo aquel rostro de su amor contempla,
Mostrando ya en el suyo la esperanza
Entre una nube borrascosa envuelta;

Ya la desperacion mas dolorosa
Que entre súbitos llantos se acrecienta,

Al punto adivinara que María
Es de tormentos indecibles presa,
I que en su pecho un hórrido combate
Se dan mil sensaciones, i oh! funesta
Fuerza del hado! que ella en vano lucha
Por encubrirse una verdad tremenda.
En este afan pasó dos largas horas,
Velando el sueño de su amada prenda,
Cuando llegó un mensaje de Fernando,
En que la intima que a su lado venga.

CANTO CUARTO.

No bien toda temblando,
Sobresaltada, ante el cruel bandido
Hubo comparecido,
La pregunta primera
Que de su labio balbuciente oyera,
Fué cuál se hallaba su querido hermano —
«Tranquilo duerme,» contestó, «i yo fio
«Que no ha de hacer que en vano
«Aliente mi esperanza, el cielo pio.»
— «Tal es, bella María, mi deseo;
Pero no podré yo disimularte
Que tengo celos de él. Cuando te veo
Tiernamente afanarte
Por restituirle la salud preciada,
Cuando sobre su lecho, palpitante,
Le observas inclinada
Con mil ansias de amor, i yo recuerdo
Que interes semejante
Jamas he visto en tí, siempre de hielo
Por otra parte a mi amoroso anhelo . . .

Dispensa a este demente
Que la africana sangre hervir aun siente
En sus venas. María!
Oh! yo quiero llamarte toda mia,
I annque sienta mostrarme interesado,
Preciso es que me pagues
De ese doncel la vida que te he dado.»
— «¿Qué precio la poneis?» la jóven dijo
«Nada si lo exijis morir me cuesta
»A fin de rescatar la deuda aquesta.»
— «No es tu bella existencia lo que exijo.
Pero tú sola puedes, bien lo sabes,
Librarme de este cúmulo de horrores,
I en el infierno de mis penas graves
Esparcir bondadosa algunas flores.
Oye pues mi demanda. Apénas deje
De peligrar la vida de tu hermano,
Es necesario que de aquí se aleje;
Yo no podré sufrir que a cada hora
Su presencia me increpe acusadora
El crímen que pasó i hoi lloro en vano,
O bien lazos me tienda,
I mas tu corazon en mi odio encienda.
Mas como a rescatarte,
Sabiendo dónde estás, volver podria,
A nuestro turno es fuerza abandonemos
Esta mansion que desolada hoi vemos.
Vasto es el mundo, i favorable el hado,
En sus montañas densas,
Nos brindará algun valle retirado
Donde hacerte olvidar tantas ofensas
Arrepentida mi pasion procure.
Pero ántes es preciso me asegure
Tu labio irás conmigo a toda parte
A donde huyendo yo quiera llevarte.»

— «¿Qué presumis, señor, que yo os responda?
¿Cómo oponerme a vuestro intento, cuando
Me lo pedis en premio de la vida
De aquel que yo amo con pasion tan honda?
Miradme a vos rendida:
Salvándose él, a todo estoi dispuesta,
Ni habrá rejion funesta
Donde llevada ser terror me inspire,
Sin otra condicion que ántes no espire,
Pues mi triste existir, segun me siento,
Se va acercando a su final momento.»

*

¡Cuán tétricos sonaron
De Fernando al oído,
Estos ecos que el viento penetraron
Cual lúgubre sonido
I postrimer adios de un moribundo!
Oh! cuánto atormentóle aquel profundo
Acento de dolor i aspecto triste
De desdichada víctima que al fiero
Poder de su tirano,
Solo cesando de vivir resiste!
Mas viendo que era en vano
Toda reconvencion, su rabia intensa
Frenó sumiso al hado rigoroso,
I escondiendo la frente silencioso,
Comenzó a sollozar, i aquella fiera
Que a esfuerzo humano irrefrenable fuera,
Vencida se encontraba
De una débil mujer que no le amaba.

*

Anselmo duerme en tanto, i blandamente
Vital vigor le va inspirando el sueño;

Mas si el feliz beleño
Que por sus venas fluye,
Al físico dolor da algun descanso,
Como el arroyo manso
Vida al verjel marchito restituye,
No así interrumpe la moral zozobra,
Que en medio de esta calma
Con doble fuerza se acrecienta i obra.
En vario delirar mecida el alma,
Ya alegre se imajina
Ver preparar las fiestas de himeneo
Demasiado tardio a su deseo.
Ya la nupcial corona la alba frente
Ciñe a su prometida,
La tea en el altar está encendida,
I el templo con mil luces reluciente.
Mas ai! súbito truena
Furiosa tempestad que el templo llena,
La vasta claridad el viento apaga,
I multitud aciaga
De gritos espantosos
De asolacion, de muerte i de destrozos
En confusion estrepitosa vaga.
En busca de su esposa
Vuelve él; pero espantado
Ya no la halla a su lado,
I solo en torno mira sombra inmensa.
Oh! cómo en lamentosa
Voz su nombre repite i por la densa
Oscuridad llamándola se lanza!
Inútil esperanza!
Que un mar de sangre levantarse mira
Su paso resistiendo,
I al otro lado de este abismo horrendo
Que muje i brama i fetidez respira,

Oye un eco adorado que le implora
A la distancia lamentoso, en vano,
Pues cuando quiere perseguirlo insano,
Le sepulta aquella ola bramadora. —
Cambiada está la escena.
Ya luengos años de angustiosa pena
Para él han trascurrido.
En que su sola ocupacion ha sido
La pérdida llorar de sus amores,
Sueña que en un desierto
Para él de límite ignorado, incierto,
Marchando va sin guia
Tras de un objeto que encontrar no espera,
I que dejando de seguir, muriera.
Llega la noche impía
I densa oscuridad envuelve el cielo,
La tempestad estalla,
I el infeliz cerca ni léjos halla
Amigo albergue que le dé consuelo.
El viento ruje horrendo a sus oídos,
El trueno hace escuchar sus estampidos,
La negra esfera rota
Un mar de fuego brota,
De que los rayos en furiosa guerra
Parten veloces a asolar la tierra.
Mas cual si por despojos
Al infeliz buscaran solamente,
Sus varios jiros siente
Venir ante sus ojos
Sobre sus yertos miembros a estrellarse,
Haciendo el curso de su vida helarse.
Muerto en tierra parece,
Mas ai! luchando está con un letargo
Terriblemente amargo,
Por el dolor agudo que padece.

Entre la densa sombra
Al fin lejana lumbre se imajina
Percibir, que dudosa se avecina
Cual un astro benigno de esperanza.
Blanco i flotante objeto hácia él avanza,
I una voz que le nombra
Resuena melodiosa allá en su oído,
En que aquel eco inolvidable ha sido.

*

No era ya un mero sueño,
Que a tanta ajitacion se despertaba
Anselmo, i aun miraba
Ante sí la blanquísima figura,
Que entre rojiza luz i sombra oscura
Del iris con los tintes resaltaba,
Dudando de su bien llamó a *María*,
I ella con un sollozo respondia:
Tendióla entrambos brazos,
I a tan queridos lazos
Se abandonó sin resistir su dueño.
Entónces, conociendo que era cierta
La dicha celestial que vió en su sueño,
«María!» la decia, «Oh! dulce encanto!
«Es verdad que eres tú? Tú a quien yo muerta
I perdida he llorado tiempo tanto?» —
I ella le contestó: «Sí, soi María,
«Aquella a quien un dia
«Jurabas tanto amor, i que al momento
«De ir a llamarse tuya para siempre,
«Fué arrebatada del paterno asiento
«I a su dulce esperanza i sus amores.
«Ai! ¿Por qué no me es dado
«Otra vez de aquel tiempo afortunado
«Ver relucir los plácidos albores?» —

De amor en un delirio,
Anselmo a tales voces la estrechaba,
I besando su frente humedecida
De un ardiente sudor que en ella brota
Cual matutina gota
El cáliz riega de amoroso lirio,
Dichoso recobraba
Vigor en su regazo i nueva vida. —
«¿Por qué recelas del favor del cielo?»
Decia, «¿no es indicio
«De que a mi fé te reservó propicio,
«Cuando despues de tan penoso duelo,
«De tan largo llorar tu ausencia dura,
«I aun de temer que bárbara fiereza
«Hubiese aniquilado tu belleza,
«Te ha restituido a mi inmortal ternura?
«Huyamos ya, bien mio,
«De este recinto impío,
«I al lugar que meciera nuestra cuna
«Con rapidez volvamos,
«Donde nos llama próspera fortuna
«Para que en lazo eterno nos unamos...
«Mas tú lloras, María! i a mi gozo
«Responde solamente tu sollozo!
«Pues qué! ¿no me amas yá? Gran Dios! me habria
«Dado tu pecho a sempiterno olvido?»
— «Yo olvidarte jamas!... ¿Puedes tan grave
Ofensa hacerme? Ah! Solo el cielo sabe
Cuánto por tí he sufrido
Desde que en este pecho
Hubo toda esperanza fallecido!
Las noches que en mi lecho
Eternas revolcándome he pasado,
Sin cesar viendo desperada i loca
Tu imájen, ya inflexible

Como la dura roca
A mi desgracia horrible,
Ya otras veces mirándote apiadado,
Mas sin poder tú mismo,
Por un hado funesto,
Salvar el hondo abismo
Que entre los dos un bárbaro habia puesto!» —
— «María! qué me dices? Cielo santo!...
Esplícate algo mas... Habla, desecha
Esta cruel sospecha,
Este indecible ultraje
Que me obliga a inferirte tu lenguaje.
No, no puede ser cierto, i soi injusto!» —
— «Decírtelo es preciso,
(Aunque el aliento para hacerlo falta)
Porque mas no lo dudes indeciso.
Si sobre aquella que debió *tu esposa*
Llamarse venturosa,
El mas negro temor tu pecho asalta,
No lo deseches: tu recelo es justo.
Nada la mente imajinar podria,
Que se acercase a la desgracia mia!» —
Apénas esto dijo, el lazo estrecho
Con que ceñida al pecho
Hasta allí la tuviera el tierno amante,
Se aflojó, i a mirarla de hito en hito
Con ojo resaltante
Inmóvil comenzó, como el proscrito
Que de la dulce patria a eterna ausencia
Fué condenado, cuando absorto aun duda
De la sentencia cruda
Que se está fulminando en su presencia.
Oh! qué de sensaciones,
De raudos pensamientos
Su mente en un tumulto combatian!

Cómo las venas de su sien se henchian,
I fuertes convulsiones
Del corazon mostraban los tormentos!
Así la fuerte nave,
De los furiosos vientos al empuje,
I de la mar que con acento grave
Ola sobre ola amontonando ruje,
Roto el gobierno ya, vaga sin tino,
I a cada nuevo golpe que lo mece,
El crujimiento, el sobresalto crece,
Hasta que en playa ignota
El lamentable fin de su camino
Corre a encontrar entre peñascos rota.
En tanto anonadada
Ante su juez la triste
María no resiste,
I cuajada su sangre por un hielo,
Clava los ojos moribunda al suelo,
Ai! cual otra Eva del Eden lanzada!
Terrible fué este momento
I aun mas el que le siguió,
Cuando al fin, cobrando el habla,
Su amante en trémula voz
La dijo: «¿Tú habrias sido,
María?.... — «No acabes, nó,
Que lo demas te lo dice,
Anselmo, mi confusion,»
Hundiendo en tierra la frente,
La desgraciada esclamó.

*

Aquel que por un momento,
Tras doloroso esperar,
Leve lampo vió brillar
De un suspirado contento,

I despues esta lijera
Vislumbre en tiniebla oscura
Miró tornarse, mas dura
Haciendo su suerte fiera,
Solo él concebir podria,
De Anselmo el penoso estado
Cuando fué otra vez cerrado
El cielo que se le abria.
La misma que seductora
Halló con cuanto embeleso
Deja una mujer impreso
En el alma que la adora,
Para él cuando la hubo oído,
Fué objeto sin interes,
Como un arroyo talvez
Que por el prado florido
Otro tiempo con orgullo
Sus puras ondas llevaba,
I el viajador se gozaba
De adormirse a su murmullo;
Mas hoi turbios sus cristales,
Llena la márjen de abrojos,
En vez de halago a los ojos
Dan tristeza sus raudales.
Pobre Anselmo! ¿A do voló
La existencia de harmonia
Celestial, que él este dia
Recobrar se figuró?
Es su actitud muda i fatua,
Está aturdida su mente,
I el cuerpo desfalleciente
Inmóvil como una estatua.
Ni hace un ademan siquiera
Para alzar su antigua esposa

De esa actitud dolorosa
En que ella se desespera.
  Jime convulsa en el suelo
Delante del que es su mundo,
Pero a su dolor profundo
No oye un eco de consuelo.
  Apártala abismo atroce
De todo cariño o dicha,
Sin remedio es su desdicha,
Ai! bastante lo conoce.
  Nunca el hado ha permitido,
Aunque mil prodijios obre,
Que débil mujer recobre,
Si una vez los ha perdido,
  Ese esmalte i brillo de oro,
Ese ambiente de ambrosía,
Que a su derredor vertia
De su pureza el decoro.
  Desdichada! Concubina
Del que en sangre se recrea!
Quien sufrió mancha tan fea
De perdon podrá ser dina?
¿Cómo calmar los enojos
De amador así ultrajado?
Ante un juez tan irritado
Cómo levantar los ojos?
Nó: no hai talisman que pueda
Remediar su infausta suerte;
En una inmediata muerte
Su único alivio le queda.

*

  Tras de silencio largo
Que solo interrumpieron los sollozos,
En ecos dolorosos

Rompió de Anselmo el sufrimiento amargo.
«María! quién de tí lo sospechara!
«Jamas dudé que pura
«Te hallaba mi ternura
«Desde que viva te encontré, i jurara
«Yo veces mil que a ignominiosa suerte
«Preferirias sin dudar la muerte.
«¡Cuán duro es conocer que me he engañado!
«Si hubieras perecido
«Constante defendiendo tu inocencia,
«Llorarte habria sido
«La sola ocupacion de mi existencia,
«I ese dolor tendria algun consuelo
«Al pensar que eras digna de mi duelo.
«Mas ver que no mereces
«Lágrimas ni ternura,
«Me atormenta mil veces
«Mas que lo hiciera una infernal tortura.»
A estas voces, alzando la abatida
Frente, — «Eso no, Anselmo,»
Triste esclamó la jóven ofendida.
«Tú puedes despreciarme
E indigna de tu afecto reputarme:
Sufriré mi destino sin despecho
Pero al ménos jamas me eches en cara
Que sea yo culpable, o si hai un pecho
Que a mis padecimientos se enternezca,
Tal muestra de interés yo no merezca.
Oh! cuando hayas oído el lastimero
Oríjen de mi mal, tú sí, mas digna
De compasion benigna,
Que de desprecio me hallarás, lo espero.
Sabes que arrebatada
Fuí juntamente con mi padre anciano
La noche que empezada

Con astro el mas propicio,
Finalizó con tan terrible auspicio.
Mi hado cruel dispuso
Que de aquella cuadrilla al inhumano
Jefe inspirase una pasion impura
Mi funesta hermosura.
Bien presto se propuso
Satisfacer su amor con el delito.
Los ruegos, el mandato, la amenaza,
La súplica a la vez, el torvo ceño,
Aun la violencia la ensayó el precito.
Mas vano fué su empeño,
Pues los ruegos pasaron por mi oído
Como sobre el peñasco endurecido
Raudo torrente sin herirlo pasa.
Oí su fiero amago con la fria
Calma de aquel que mira desde el puerto
En tétrico concierto
Las olas rebramar del mar sañudo;
I aun la flaqueza mia
La estraordinaria fuerza del jigante
Frustrar con brio desusado pudo.
Mas ai! en su poder él conservaba
Un talisman para obtenerlo todo,
I usarlo quiso en malhadado instante!
El recordó que prisionero estaba
Mi anciano padre, i a una oscura cueva
Do de esqueletos multitud estraña
De las víctimas tristes de su saña
En confuso monton se alza i eleva,
Le hace arrastrar, e hincada la rodilla
Allí, en aquel lugar (pues lo que cuento
Era en este aposento
Mismo en que estamos) fulgurante brilla
A cada lado del inerme viejo,

I al rededor de sus cabellos canos,
Un puñal horroroso entre las manos
De bárbaro asesino,
Que a la menor señal del jefe indino,
No tardará perplejo
En consumar el crudo asesinato.
Fernando me tenia ante esa puerta,
De donde yo miraba el aparato
Del atroz sacrificio medio muerta,
I palpitante de terror seguia
Ai! cada jesto que su rostro hacia.
«Decide!» dijo al fin; «dí que mi esposa
«Quieres ser, i se salva
«Tu anciano padre; dí que te resistes,
«I verás al instante sanguinosa
«Rodar al suelo su cabeza aun alba!» —
Ai! en momentos para mí tan tristes,
Me acordé de tu amor i desperada
Pedia a mi tirano que una hora
Para deliberar me fuera dada.
— «Nó, ni un momento! Ahora
«He de oir tu respuesta,»
Fué su contestacion, i la funesta
Señal iba a emitir. — Ah! ¿qué mas quieres,
Anselmo, que te diga?... Hacerme rea
De la muerte temí del que dió vida
A la mas infeliz de las mujeres.
La postrimer mirada dolorida
Le dirijí, i mis ojos se cerraron,
Mis labios ni un sonido pronunciaron;
Un vértigo espantoso
Trastornó mi cerebro, i todo el mundo
Me pareció, i el cielo desquiciarse
Con ruido estrepitoso,
Hasta que hundíme en estupor profundo.»

Aquí llegando ella
En su lloroso cuento,
Su voz ahogada fué del sentimiento;
I como imájen bella
De la desperacion, se retorcian
Sus miembros palpitantes,
Cual hojas que los vientos resonantes,
De un recio tronco en el verano espelen,
I aquí i allí volteando las repelen.
Ni una palabra sola a Anselmo loco
Le permitian proferir tampoco
La rabia i el dolor; pero latidos
Le daba repetidos
La sangre que en el pecho hirviendo estaba,
El cuerpo por momentos le temblaba,
I todas sus facciones
Desfiguraban rudas convulsiones.
María al fin siguió su horrible historia:
«Cuando hube vuelto en mí de aquel letargo
Salvado estaba quien el ser me diera,
Pero mi honor ya no era
Sino un remordimiento, una memoria!
Mísero i triste anciano! Cuán amargo
Tormento habria sido a su existencia
Saber que era su precio mi inocencia!
Mas él fuera del monte
Del salteador morada,
Fué conducido con la vista atada,
Do mostrándole estenso el horizonte,
«Libre estás» le dijeron,
I con burla cruel le despidieron.
Ah! despues de aquel dia
Fatal, la muerte sola fué mi anhelo,
Pues sufrir no podia
Ni mi vergüenza ni la luz del cielo.

Solo el temor de Dios, el ser cristiana,
I la esperanza vana
De que el dolor me acabaria presto,
Contuvieron mi brazo a herir dispuesto.
Me engañé sin embargo i he vivido!
Aun el feroz amor de mi tirano,
Al conseguir su objeto,
No la tibieza halló, sino motivo
A retoñar mas vivo,
Aunque con apariencias de respeto.
Su pecho, desde entónces mas humano,
Probó con el halagò i la blandura
I juramentos de pesar i enmienda,
Que me irritaban mas que sus rigores,
Mi afecto a conquistar, la sola prenda
Que le dejaron pura
Al corazon sus bárbaros amores.
I yo que no pensaba
Ya merecer del mundo,
Sino desprecio a mi dolor profundo,
Mis iras ocultando, me esforzaba
A mitigar su sanguinoso anhelo
I hacerme al cielo grato,
Siendo a la triste humanidad consuelo.
Ningun asesinato
Que estorbar yo pudiese, efecto tuvo,
I asegurar pudiera
Qne he humanizado un corazon de fiera.
Aun en la situacion en que hoi me miro,
Él es quizas el solo, oh! dura suerte!
A quien un débil interes inspiro.
Autor de mi desgracia i de mi llanto,
Talvez él solo asistirá a mi muerte
Con voces de consuelo a mi quebranto!» —
Así acabó María,

I la pálida frente
Escondiendo en sus manos, tristemente
Un diluvio de lágrimas vertia.

*

Anselmo imprecaciones
Contra el bandido horribles exhalaba,
I varias ocasiones
Probóse a levantar, con vagos ojos
Aquí i allí buscando un instrumento
Con que correr al punto al escarmiento
Del criminal autor de sus enojos.
Jamas Fernando mismo
Sintió de sangre humana, en su despecho,
Tanta furiosa sed cual la que vibra
De su semblante en la inflamada fibra
I en las palpitaciones de su pecho.
Viendo al fin la impotencia con que lucha,
La cabeza estrellaba contra el muro
Por destrozarla en el peñasco duro,
Hasta que ya perdido
El escaso vigor que le alentaba,
En un hondo desmayo sumerjido,
Por derribarse sobre el lecho acaba.
María en aquel punto,
Temiéndole difunto,
I oríjen ser quizá de su improvisa
Fatal desgracia, anticipando ansiosa
Una revelacion tan dolorosa,
Turbada a socorrerle dióse prisa.
Mas no bien advirtiera
Que a volver comenzaba del desmayo,
Partióse presurosa
Porque jamas la viera,

Cual sol que esconde su postrero rayo.
Ai! que de los furores
De su amador fué mísero testigo,
Pero de labio amigo
No recibió consuelo a sus dolores,
Ni muestra de interes vió que a lo ménos
Al alma desolada
Lijera duda inspire,
Con que un momento el corazon respire,
Como la flor que de áridos terrenos
Continua sequedad aja i consume,
Cobra nuevo perfume,
Si en ráfaga fugaz de lluvia leve
El almo jugo que le falta bebe.

*

Triste el dia amaneció
Cubierto de nubes negras,
I esparciendo luz sombría,
Presajio de la tormenta.
Muerta se halla la natura,
Todo viste luto en ella,
Los vientos aun no rebraman,
Pero las plomizas nieblas
Sobre los flancos del monte
Se entrechocan i condensan.
Oyese solo el zumbido
De los torrentes que rüedan,
I el graznido de los cuervos
Que cruzan la negra esfera
En mil concéntricos círculos,
Envidiándole a la tierra
El cadáver insepulto
Por su instinto olido en ella.

Mal cobrados los sentidos,
Anselmo por consecuencia
De la ajitacion pasada,
Continúa siendo presa
De un doloroso delirio,
Entre imájenes funestas.
Ya cual débil niño llora
Desgracias que no recuerda
Sino entre sombras, i un nudo
Da a su garganta la pena;
Ya rompiendo las prisiones
Que a la voz el paso cierran,
Quiere lamentarse, i solo
Inarticuladas quejas
I alaridos prolongados
Hacen resonar la cueva.
Cerca de él está una jóven,
Pero ya no es la que huyera
Poco ha, como moribunda
Claridad de su presencia.
Despues de haberla buscado
En vano con vista hueca,
El amador infelice
Osó preguntar por ella,
Porque entónces mas que nunca
Era necesario el verla
Para su pecho oprimido;
I oyendo que le contestan
Que María se ha marchado
I que ya volver no piensa,
En rapto loco desata
De sus heridas las vendas,
I la contenida sangre
A hallar libre curso empieza.
Oh! de una alma destrozada

Ominosa inconsecuencia!
María ante la invencible
Valla entre ambos interpuesta,
Espantada se retira,
Cediendo a la suerte adversa,
I en sempiterno destierro
Corre a ocultar su vergüenza;
Pero él su consuelo aun busca
En quien martirios le lleva.
Así blanca mariposa
Que en torno a la llama vuela,
No porque abrase sus alas
Cada vez que se le acerca,
Al rigor de sus dolores
Prudente i cauta se aleja,
Sino que amando mas fina,
Cuanto mas la luz la quema,
Ansiosa la solicita
De fatal prestijio presa,
Porque solo aguarda alivio
De la causa de sus penas.
O ama una vida sin llama
Ménos que una muerte en ella.
En vano su cuidadora
Una vez i otra le ruega
No se abandone al delirio,
Que él ni la escucha ni anhela
Sino dejar una vida
Que no ha de alumbrar su estrella.
Solo se logró calmarle
Con la segura promesa
De que volverá María,
Pues irá la jóven mesma
A pedirla con instancia
Del infeliz piedad tenga.

A tal condicion Anselmo
Dejóse ligar las vendas
I recobró algun alivio,
Como en nocturna tormenta
Amiga voz escuchada
De repente en las tinieblas,
De estraviado caminante
El valor perdido alienta.
Ni tardó por largo tiempo
La contestacion que espera:
María ha enviado a decirle
Que tornará a su presencia;
Mas dejó pasar el dia
Sin realizar tal promesa.

*

Llega la sombría noche
En mil borrascas envuelta,
Cuando de esperar cansado,
Ya Anselmo a dudar comienza.
Rujen los vientos furiosos,
Las nubes surcan la esfera,
I entre torrentes de lluvia
El trueno estalla i resuena.
Sucédense los relámpagos,
E ilumínase la cueva
En luz triste por instantes,
Finjiendo a la vista atenta
Los esqueletos que un dia
Se amontonaban en ella.
El agua por los resquicios
Vase entrando de las peñas,
A tiempo que el viento en ellos
Modula voces funestas

I alaridos lamentables,
I en la aturdida cabeza
Del amador desgraciado,
Los estampidos se aumentan
De la tempestad que ajita
Fuera la naturaleza.
De repente ante sus ojos
Brilla temblando una tea,
Por la diestra conducida
De una figura cubierta
De cabeza a pies de negro,
Sin que otra cosa difiera
Del color de aquel ropaje,
Que una mano blanca i bella
Con un pequeño manojo
De medicinales yerbas
I algunos albos vendajes,
Que al mísero herido prueban
Que aquel ser que el rostro encubre
I desconocido intenta
Permanecer bajo un velo
Anuncio de angustia acerba,
Es un ánjel compasivo
Que en su vida se interesa,
I de ver a su María
La esperanza se renueva.

*

Acercóse con pasos vacilantes
La encubierta figura al tosco lecho,
Donde palpita conturbado el pecho
Del que mas fino adorador fuera ántes,
Mas para quien María
No duda haber perdido aquel halago

Que ántes del robo aciago,
Cuando se preparaba su himeneo,
Figurarla, en los raptos del deseo,
Superior a los ánjeles le hacia.
Apénas el rumor de sus pisadas
Se escucha sobre el suelo,
Sus manos sin cesar tiemblan heladas,
I si se alzara el velo
Puesto sobre el semblante, en los hundidos
Ojos sin luz i al divagar perdidos,
Un indicio evidente
Viérase ya de enajenada mente.
I cuando al lado del enfermo estuvo,
Que ya en ella a María adivinara,
Apénas visto hubo
Al rayo de la tea aquel marchito
Cadavérico rostro, donde escrito
Parécela observar fallo de muerte,
Sus miembros sacudió temblor tan fuerte,
Que apénas acertara
En tierra a colocar la luz de abeto.
Haciéndole señal de estarse quieto,
Quitó la venda luego a cada herida,
I la lavó i curó con varia yerba
Medicinal, por ella recojida.
Anselmo en tanto observa
En silencioso asombro este misterio
De que ella se circunda,
I estrema ajitacion su pecho inunda.
Mas sobre sí perdiendo todo imperio,
Súbito la doliente
Comenzó a sollozar profundamente,
I por su velo a deslizarse el llanto.
Anselmo en lo mas hondo conmovido,
«María! prorrumpió, ¿por qué ese velo

«Oculta de tu rostro el dulce encanto?
»Ese fatal disfraz qué es lo que indica?
»¿Tendrias tú recelo
»De ser reconocida por tu amante? —
— «Aquesto significa
»Ser mui desventurada,»
Ella dijo con voz cuasi espirante
I de una tumba al parecer lanzada.
«Aquesto significa no atreverme
»Ni en mi última agonia,
»Tu semblante a mirar, luz de mi dia» —
No bien Anselmo escucha tales voces,
Arranca con veloces
Manos el negro velo que la cubre,
I queda el infeliz petrificado
Cuando del rostro amado
La lividez terrífica descubre.
En él se ven patentes
Las muestras de la angustia mas aciaga.
Desciéndele difusa
La cabellera en espiral confusa:
Enjutas, trasparentes
Sus facciones estan, hundida, vaga
La pupila sin luz por azul hueco,
I tiembla sin color el labio seco.
Difícil, anhelosa
Es su respiracion, i todo en ella
Anuncia que los bárbaros tormentos
Que la han por largo tiempo consumido,
Llegados ya sus últimos momentos,
Van a encontrar el fin apetecido.
«¿Qué es esto, dulce bien? ¿Qué has hecho, dime,»
Anselmo en triste voz la interrogaba,
«Habla por Dios, con tu respuesta acaba
»El temor espantoso que me oprime» —

Ella: «Voi a morir!» con voz entera
Le contestó; «sobrevivir fué dable
»Al deshonor; pero imposible fuera
»Que el corazon sufriese tu desprecio.
»No me mató la falta abominable,
»Pero sí del castigo el golpe recio.» —
— «Oh! no puedo creer tan gran desdicha.
»Dime al ménos, mi amor, que ella no es cierta,
»Que tú vas a vivir, i ya mi dicha
»Benigno el cielo en nuestra union concierta.» —
— «En nuestra union!» —
— «¿Qué importa lo pasado?
»Mi corazon lo olvida i te perdona.
»¡Qué digo perdonar, si tu inocencia
»Un crímen no ha manchado,
»I el mas sagrado fin tu falta abona,
»El salvar de tu padre la existencia!»
— «No, Anselmo, vienen tarde
Esas palabras dulces de consuelo,
Ni me permite aguarde
Ya tu induljente persuasion el cielo.
No es lícito evitar ningun delito
Otro delito perpetrando. Ahora
Con luz aterradora
Percibo esta verdad que en el conflicto
Entreví solamente en niebla envuelta;
Pero que yo, temiendo por mi daño
De mi afecto hácia tí culpable engaño,
No osé escuchar, como debí, resuelta.
Lo que debí haber hecho,
Fué clamarle a mi padre: «Padre mio!
»Quieren que compre vuestra hermosa vida
»De mi virtud el sacrificio impío.
»Decidme qué he de hacer» — I conmovida
De indignacion el alma del anciano,

¿No lo piensas tú así? me contestara
Que al golpe del tirano
Perecer le dejara,
I de su suerte digna compañera,
Yo, conservando mi virtud, muriera.
Esto es así sin duda, yo lo siento,
I aun cuando tú escusases mi flaqueza,
Concibes qué tormento
Es amar siendo indigna de terneza?
Acentos amorosos
Escuchar, i en su pecho al tiempo mismo,
Como en un hondo abismo
Sentir que claman ecos espantosos:
«Tú, degradada estas para tu amante,
»I esa voz que un cariño te pondera,
»No puede ser sincera,
»Sino fuego que brilla un breve instante!»
Oh! no, jamas: a semejante suerte
Mil veces preferible
Es para mi la muerte;
I en esta persuasion . . . veneno horrible
Hace rato circula por mis venas,
Que de un frio mortal ya siento llenas.
Aun mirar tu semblante en vano anhelo,
Pues cubre ya mi vista un denso velo» —
— «Gran Dios! ¿Será posible? . . . o mi María,
Tú siempre un ánjel a mis ojos eres.
No me abandones, nó; pues no podria
Seguir yo respirando, si tú mueres.
Socorro! ausilio!» . . .
— «Ya seria en vano:
»No grites que es mi muerte inevitable;
»Tu clamor atraeria a mi tirano.
»Oh! i por piedad te ruego, en mi inefable
»Postrer momento a verle no me obligues,

»Porque mi enojo estremo
»Le negaria su perdon supremo.
»Nunca dudé que el hado
»Como la hora de mi muerte habia
»Aquella designado
»En que suspieses la deshonra mia.
»Se cumple este decreto, i me resigno.
»Vive tú, Anselmo mio, sé dichoso,
»I olvida mi recuerdo de tí indigno.
»A aquesa compañera
»De mi desgracia, cuya fiel ternura
»Me la hizo llevadera,
»Tu curacion encargo. Tú procura
»Volverla a sus hogares,
»Cuando ya salvo i libre te encontrares.
»Lleva a mi padre en fin mi adios postrero,
»Mas sin decirle cómo o por qué muero,
»I dame tu perdon, cual yo lo imploro
»Para el autor de cuanto yo he llorado» —
— «Oh! mi amor! Oh! mi vida!» —
— «Yo te adoro!»
Apénas balbució la agonizante,
I como el lirio de segur tronchado,
Cayó sin alma en brazos de su amante.

*

Quedó en seguida la estancia
En silencio terroroso,
Anselmo mirando ansioso
El cadáver de su amor.
I la jóven compañera
De María amargamente,
Clavada en tierra la frente,
Exhalando su dolor.

Solemne instante que nunca
Mi voz espresar podria,
Instante en que descubria
Su abismo la eternidad.
I este abismo era insondable,
I allá en su profundo seno,
Un ruido, de nombre ajeno,
Se oia en la oscuridad.

Hai algo que allí se aleja,
Algo por siempre perdido
Algo que exhala un jemido,
Como sempiterno adios.
I quién sabe el que lo exhala
Dónde volverá a encontrarse!
Antes ha de sepultarse
El mundo en ruina atroz.

¿Porqué jime el triste amante
Si aun estrecha la hermosura,
Objeto de su ternura,
Cerca de su pecho fiel?
Es que si mira sus ojos,
Los halla vueltos a un lado,
I si besa el labio amado,
Solo encuentra hielo en él.

¡Cuán insensible es la muerte,
Cuánta mutacion en ella!
Todo allí, todo se sella
Bajo inmovible ataud.
I el mas ardoroso amante
Al reclamo no responde,
Sino que la frente esconde
Buscando solo quietud.

Así Anselmo el rostro mira
De su amada i las facciones
Que las crudas convulsiones
Contrajeron del dolor.
I aunque dudando ¡infelice!
De haber perdido a quien ama,
Una i otra vez la llama,
No contesta a su clamor.

Entónces poniendo el frio
Cadáver sobre su lecho,
Gritos de horror i despecho
Comenzó furioso a dar;
E iba a salir de la cueva,
¿En busca de quién? — Lo ignora!
Solo sabe que él va ahora
Una venganza a buscar.

De su clamor atraido,
Fernando a tal tiempo viene,
I a la puerta se detiene
Ante escena tan cruel.
Anselmo que ve al malvado
Oríjen de sus dolores,
En dos saltos voladores
Corre a estrellarse con él.

Fernando, sin que le deje
Estorbarlo la sorpresa,
Por mano de hierro opresa
Siente su garganta asir;
E inarticuladas voces,
Como de un tigre el bramido,
Del pecho, en largo acezido,
De su enemigo salir.

«Si hai Dios, pagarás la muerte
»De mi amada, monstruo infame,
»Por mas vigor que te inflame,»
Al fin Anselmo esclamó.
I el bandido que al principio
Con tan repentino asalto
Turbóse de tino falto,
A este grito en sí volvió.

No mas turbacion le embarga
Las fuerzas, no mas vacila,
Que inflamada su pupila
De rojo color se ve.
I al oir que Anselmo *amante*
Nombra a la que él creyó *hermana*,
Encendido en furia insana,
Su vigor doblado fué.

Del brazo del enemigo,
Que apura i gasta su fibra,
Violento impulso le libra,
I resurtiendo hácia atras,
Con la violencia del cóndoro
Revuelve sobre su presa,
Le ciñe i rabioso empieza
A sacudirle a compas.

Terrible fué aquel combate,
Terrible, pues el bandido
Con apreton repetido
Le hace su pecho crujir;
I él, aunque ya no consigue
Reanimar su gran flaqueza,
Con arañazos le empieza
I con mordiscos a herir.

La rabia por ambas partes
Es igual, igual la furia
Con que la inferida injuria
Quiere cada uno vengar.
Antes que apartarse un punto,
Mil vidas ellos perdieran,
I sin miedo el mundo vieran
Bajo sus plantas rodar.

Sin armas los dos combaten
I mas sin ellas se ofenden,
No ya sus cuerpos defienden,
Dañar solo es su ambicion.
El uno es un leon terrible,
El otro serpiente brava,
Que en solo un momento clava
Por mil partes su aguijon.

Anselmo otra vez el cuello
A Fernando ase, i le aprieta
Tan feroz, que le sujeta
El aliento i el sentir.
Mas Fernando exasperado
De verse en angustia tanta,
Como pluma le levanta,
I hace el pié de tierra huir.

Por los aires le sacude
Un instante en atroz juego,
E inclinando el cuerpo luego,
Se arroja al suelo sobre él.
I con tan violento golpe,
De doble peso agravado,
En tierra quedó enclavado
Medio aturdido el doncel.

Mas no por aquel contraste
Soltó el cuello que aferraba,
I los dientes rechinaba
Aun mas negro el salteador.
De cólera ya convulso,
I el rostro desfigurado,
La rodilla ha colocado
Sobre el pecho contendor.

En sus angustias estremas
Lleva la mano a su cinto,
Donde está el puñal retinto
En sangre ocasiones mil.
I al encontrar que allí estaba
Su olvidado compañero,
Cual relámpago lijero,
Lo desnuda en gozo vil.

Una vez i otra lo esconde
En el corazon contrario,
I a su víctima el nefario
Ve los ojos revolver.
Luego su cuello oprimido
Quedó libre del tormento,
Que Anselmo, falto de aliento,
Dejó los brazos caer.

Alzóse el negro bandido,
I el amante en su agonia,
Bañado en sangre tendia
Manos i ojos a su amor.
Dos veces probó a arrastrarse
Al lecho donde ella estaba,
I otras dos en tierra daba
Con su rostro sin color.

Pudo por fin la tercera
Llegar al cadáver frio,
I en el postrer desvario
Su mano yerta alcanzar.
Sobre ella imprimiendo el labio,
Exhaló el suspiro estremo,
I recibió el Ser Supremo
Una alma sin macular.

Vibrante alarido siguióse a su muerte,
Lanzado del pecho de débil mujer,
I en tierra a tal vista, desmayada, inerte
Cayó la que amiga de María fué.
El trueno furioso que breves instantes
Habia acallado su ronco bramar,
Sonó con ruido mas rudo que enantes
I un rayo no léjos sintióse estallar.
Quedó como inmóvil estatua el bandido,
Mirando allí fijo la escena cruel,
Absorto, en profundo callar sumerjido,
Trasunto indecible de angustia i placer.
Despues que su triunfo i funesta venganza
Gozó entremezclados de agudo dolor,
Volviendo en sí mismo, con loca esperanza
Llegóse al cadáver que vivo adoró.
Con pié inexorable la mano aun asida
Quitó de un empuje al odiado rival,
I vió cuidadoso si un resto de vida
El pecho adorado aun pudiese alentar.
Al fin conociendo su inútil empeño,
Pues ella por siempre los ojos cerró,
Cual jénio de muerte, terrífico el ceño,
A pasos inciertos de allí se alejó.

Llegado a su estancia, con pecho anheloso,
Cual si un largo esfuerzo le hiciese sufrir,
Tendióse en su lecho; pero halló un reposo
Turbado de espectros i angustias sin fin.
Su labio no vierte un sonido siquiera,
Silencio de muerte reinó en torno de él,
I a ratos tan solo en la noche se oyera
Suspiros dolientes su pecho romper.
Así el ánjel malo sintióse sin duda
Despues que lanzado de la alta rejion,
Miró allá en los cielos la espada desnuda
Cerrando al soberbio el alcázar de Dios.

CANTO QUINTO.

Llegó en fin la grata aurora
Ya despejada i serena;
El sol la campiña amena
Con su luz esmalta i dora;
Mas la turba bullidora
De aves que con voz no ruda
Al bello dia saluda
Por los campos convecinos,
No va a hacer sonar sus trinos
En la montaña desnuda.
Aun en sus flancos se mira
Claro el destrozo del fuego,
Ni de tanta lluvia el riego
Vida a las plantas inspira.
Todo su encanto retira
Natura de aquel infausto
Sitio, pues talvez exhausto
Dejó su fértil terreno,

Un dia de árboles lleno,
Tanto sangriento holocausto.
  Solo corona su cima
Una nube parda, resto
Del huracan ya traspuesto,
Que a sus peñascos se arrima.
Preséntase, puesta encima,
Como anuncio pavoroso
De que el silencio i reposo
En que el monte se sepulta,
Feos despojos oculta
De otro desastre espantoso.
  En medio de aquel nublado,
Cual astro de mal agüero,
Un hombre de ceño fiero
De repente se ha mostrado.
Parece allí encaramado
El jénio de la tormenta
Que a otras rejiones se ausenta,
I ántes de emprender su vuelo,
A gozarse en el asuelo
Por él causado se asienta.
  Su jente por él llamada,
Al rededor se va uniendo,
La curiosidad teniendo
Cada semblante pintada.
Triste está i debilitada,
Pero en su jefe aun espera,
I así es que a su órden primera
Vienen los mismos heridos,
A obedecer prevenidos
Cuanto él ordenarles quiera.
  Saben ya el fatal motivo
De la tristeza profunda
Que a Fernando el rostro inunda

I le muestra tan esquivo.
¿Mas cuál intento nocivo
Perciben en ese ceño
Que con disfrazado empeño
Observan, sin que razon
Se den de la turbacion
Que hoi les infunde su dueño?
Aguardan a que les hable
Con silencio en tanto ansioso,
I en cada pecho dudoso
Prende un susto inesplicable.
Mas Fernando inalterable
Procurándose mostrar,
I sin de frente mirar
A nadie de su auditorio,
Con lenguaje repulsorio
Así les empieza a hablar:

«Amigos, nuestra alianza
Ha terminado desde hoi:
Teneis por delante el mundo,
I estais libres como yo.
Harta sangre hemos vertido,
Hartos gritos de dolor
A la humanidad causamos,
I ya veis si amargos son
Los frutos ai! recojidos
De tan bárbaro furor.
Viendo estais nuestras moradas
Presa de un incendio atroz,
I en tanto que nos abruma
Jeneral execracion,
Miéntras que no habrá una puerta
Que se abra en nuestro favor,
Descubierto está el refujio

Qne largo albergue nos dió.
Los mas de nuestros amigos
Ya no ven la luz del sol,
I parece haber sonado
La hora de la espiacion.
¿Qué aguarda pues todavía
Esta junta de terror?
¿Qué aguarda que no se ahuyenta?
Mis riquezas vuestras son,
Si aun algunas me quedasen.
Busque ahora hado mejor
Cada cual donde le lleve
El acaso o su eleccion.
Solo parto, i no sé adónde,
Talvez a la muerte ... A Dios!»

*

Dice, i de su jente absorta
A tal determinacion,
Queja o súplica no aguarda,
Mas con ademan feroz
Como alma que en justa pena
Envia al abismo Dios,
La espalda les da i desciende
Del monte a paso veloz.
Ellos síguenle con ojos
Do se pinta el estupor,
Hasta que él se les oculta;
I entónces, muda la voz,
Sus miradas se interrogan
¿Qué hará su desolacion?
De lúgubre desaliento
Lleno el ánimo mejor,
Nadie encuentra otro recurso

Que una pronta dispersion.
Así pues, de imprecaciones,
Dictadas por el dolor,
Llenando de su caudillo
La impensada desercion,
Por la suerte se reparten
Los despojos que él dejó;
Luego huyendo de las leyes
Ofendidas el rigor,
A buscar diverso asilo
Cada cual se separó.
El monte por tanto tiempo
Teatro de su furor,
Solo en adelante, al cuento
Popular materia dió.
I aunque ya desierto estaba,
Infundia tal horror
Por los antignos recuerdos,
Que por años nunca osó
Recorrer sus cercanías
El mas probado valor,
I si un viajador perdido
En la noche, allí esperó
Que a indicarle su camino
Viniese la luz del sol,
Al volver a sus hogares,
Gracias tributando a Dios,
Contaba que por la cumbre
Del monte cien luces vió
Discurrir entre las nieblas
Con estraña confusion,
I que vino a sus oidos
De una víctima el clamor
Quejumbroso, lamentable,
Como moribunda voz,

Confundido entre mil gritos
De frenético furor.

*

Dias tres han trascurrido
Desde que el altivo bando
Despedido por Fernando.
Vaga en los montes perdido,
De entre ellos mas atrevido,
En la ciudad populosa
Uno buscar salud osa,
Creyendo burlar mejor
De la justicia el rigor
En la turba tumultuosa.
Entrando a la gran ciudad
Vió absorto por cada via
Que hácia su plaza corria
De jente una inmensidad,
Movido a curiosidad,
La causa a indagar se atreve
Que tal alboroto mueve,
I contéstanle *si ignora*
Que va a justiciarse ahora
Al negro bandido aleve.
Dejóle nueva tan rara
De miedo i de espanto mudo;
Pero creer aun no pudo
Que a su jefe se indicara.
Temiendo que si indagara
Mas, sospechas de sí diese,
Quiso que su vista fuese
De la realidad testigo,
I del tumulto enemigo
Las olas él mismo acrece.

Llegado a la vasta plaza,
La ve llena de caterva,
I en cada semblante observa
Ardor curioso sin tasa.
En medio de aquella masa
Confusa se alza un tablado
I un altar allí enlutado
Sosteniendo está la cruz,
De que pende el Dios de luz;
La horca amaga al otro lado.
Todos ya con impaciencia
La hora aguardan del suplicio
Cunde en tanto el gran bullicio
I del labio la licencia.
Mas la comun conferencia
Admirando está el dolor
Del contrito salteador,
I que él mismo haya venido
A entregarse, no vencido,
Al cuchillo vengador.
Aquella reunion confusa
De miedo, horror, alegría
Feroz, i de risa impía,
A ratos, de turba ilusa:
Ese tablado que acusa
Un crímen no perdonable,
El hombre que en lamentable
Voz una limosna pide
Por aquel que se despide
De una existencia culpable;
Todo esto, i la hueste armada
El suplicio rodeando.
Del súbdito de Fernando
Dejan la razon pasmada.
Mas aunque ya disipada

Esté su primera duda,
De su puesto no se muda,
Pues intenta ver curioso
Cuál su jefe valeroso
Sufrirá la muerte cruda.

*

Este entretanto qué hacia?
En el triste calabozo
Que entre hierros le aprisiona,
I adonde entrarán bien pronto
A conducirle a la muerte,
Se encuentra puesto de hinojos.
Tiene vuelto hácia la tierra,
Contrito i humilde, el rostro,
I va a confesar sus culpas
A un ministro respetuoso:

«Padre, una noche cual la que he pasado,
Yo a nadie en este mundo la deseo;
I no es que a mí la muerte me intimide.
Sabido es que yo mismo cual remedio
«Al desgarrado corazon la pido,
I he venido a buscarla desde léjos.
Mas las visiones ai! que me han cercado
Son mas terribles que suplicios ciento.
«Jamas imajiné que imperio tanto
Cobrase sobre mí el remordimiento.
Padre! ¿pensais que los delitos mios
Llegue algun dia a perdonarme el cielo?»
—«Su clemencia es igual a su justicia,
I del contrito pecador los ruegos
No sabe desoir» — «Ah! pero cuando
Se han cometido crímenes tan negros!»...

— «Es superior a todo su induljencia!
— «Entónces pues la relacion comienzo
De mi delirio, i confesion plenaria
Con ella de mi vida os habré hecho.
«Yo no dormia, nó; pero la noche
La fiebre habia dado a mi cerebro.
Por la tarde yo habia percibido
De mi suplicio hacerse los aprestos,
«I léjos de temblar, querido hubiera,
Se anticipase mi final momento,
Sin haber de pasar aquella noche
Que presajiaba por atroz mi pecho.
«Velaba, digo, pues despierto estaba,
Apénas reclinado sobre el lecho,
I mi mansion cubrian las tinieblas,
Cuando cerca de mí, súbito, en medio
«De las sombras escucho una voz débil
¿Quién eres esclamar *tú que me has muerto?*
I era esta voz la misma de aquel amo
Que injusto desgarrar mandó mi cuerpo
«Tan solo porque tuve la osadia
De librar de su azote a un compañero.
Yo, rechinando de furor mis dientes,
«*Soi Fernando*, le dije, *soi tu siervo*,
«*La víctima infeliz de tu barbarie*,
Que mi hora me llegó, i ahora me vengo!
No respondió la voz, pero un suspiro
Sentí profundo desgarrar el seno
«De alguno que el espíritu exhalaba,
Quedando todo silencioso luego.
Yo no sentí terror sino alegría
Despues de fenecido aquel suceso.
«Una secreta voz dentro del alma
Clamaba que era justo mi primero

Arrojo; mas no sé si así lo juzgue
El Dios que pesa los humanos hechos» —
SACERDOTE. — «Ah! nó, hermano; por mucho que ofendido
Os hubiese aquel amo, ¿no es mui cierto
Que Jesucristo le rogó a su padre
Por los que en el suplicio le pusieron?» —
FERNANDO. — «Jesuscristo era un Dios! Mas si yo nunca
De este hecho mio arrepentirme puedo,
Tenga el cielo piedad de mi flaqueza,
O mude Dios mi sangre, i me arrepiento.» —
SAC. — «Si los medios poneis de vuestra parte,
Todo lo pesará benigno el cielo.» —
FERN. — «Tan solo percibí por largo rato
Los violentos latidos de mi pecho
«I el crujir de mis dientes. En un rapto
De ira por fin me levanté, i diversos
Golpes dí con mi mano desarmada
Hácia el lugar en donde oyera el eco,
«I me incliné a palpar sobre la tierra,
I hundí mis brazos hasta el codo mesmo
En la caliente herida de un cadáver
Con el placer del tigre carnicero.
«Luego retrocedí, pues tuve espanto.
Inmensa claridad el aposento
Inundó, sin saber de do venia.
Ya no se hallaba ante mis pies el muerto.
«Mas ai! ese claror que me abrasaba
Era sin duda el de voraz incendio,
Porque ni respirar casi podia,
Aunque me era gozoso aquel anhelo.
»De cabellos nevados se adelanta
Luego un anciano del mas noble aspecto:
El rostro cadavérico tenia,
I dos infantes hechos esqueletos

«Venian a su lado. Cada uno
Me señalaba, padre, con sus dedos
Descarnados la herida aun palpitante
Que les hiciera mi puñal sangriento.
«Me estremecí, las víctimas segundas
De mi primer furor reconociendo.
Dos niños inocentes, un anciano
Que nada en contra mia habian hecho,
»I no tenian para mí otro crímen,
Que de la raza que yo odié ser miembros!
Ah! ya veis si era un crímen espantoso.
Confieso que sentí arrepentimiento
«Al reparar los ojos doloridos
Con que ellos me miraban i que luego
Volvian, implorando mi castigo,
Al vengador de la inocencia, el cielo» —
SAC. — «Desgraciado!» —
FERN. — «Despues fueron llegando
Sin cesar infinitos esqueletos,
I de ellos en cada uno conocia
Un inmolado por mi brazo fiero.
«Oh! miéntras yo corria tras el crímen,
Nunca habia cuidado en mi error ciego
De recordar mis víctimas; ahora,
Cuando ví que su número era inmenso,
«En la escena que allí se presentaba,
De horror inesprimible helado el pecho,
Imposible creí me perdonara
Tanta maldad el Cristo justiciero.
«Todas se iban juntando en torno mio
I todas me miraban con aviesos
Ojos, i me mostraban sus heridas,
Jemidos exhalando lastimeros.
«Detras de ellos, de padres i de esposas
Inmensa muchedumbre, a cuyo afecto

Los habia arrancado, demandaban
Pronta venganza en resonantes ecos.
«Quise huir, trastornada ya mi mente
Con vértigos agudos; pero ellos
Un círculo invencible, impenetrable
Formando en derredor, me lo impidieron.
«I burlando mi vana tentativa
Con fieras carcajadas, baile horrendo
Comenzaron, jirando tan veloces,
Que es inferior la rapidez del viento.
«Sus huesos estrellándose crujian,
I el llorar i el reir sonaba a un tiempo,
I a intervalos, saliendo de aquel grupo,
Saltaban sobre mí cien esqueletos,
«Sobre mi rostro sudoroso echaban
La fetidez de repugnante aliento:
I todos los parientes aplaudian,
Volviendo a continuar su baile presto.
«Oh! que ya tan terribles impresiones
No pude resistir, i del tormento
Al rigor flaqueando mis rodillas,
Caí en la tierra cual cadáver yerto.» —

SAC. — «Siempre el castigo al pecador principia
Por medio de su propio pensamiento!
Dios puede perdonar, mas la conciencia
Es el mas duro e inexorable infierno.» —

FERN. — «Vuelto despues en mí, sentí alto alivio
Al ver desparecido aquel ensueño,
Si así puedo llamarlo, i respiraba
Con ansiedad mi corazon opreso.
«Pero duró bien poco este descanso,
Porque al querer alzarme, ví que en medio.
De un charco sanguinoso hundido estaba,
I sangre chorreó todo mi cuerpo.

«Una voz triste, que del otro mundo
Me pareció venir, voz cuyos ecos
Una distancia inmensa atravesaban,
Mil veces remecidos por el viento,

«I semejante al canto pavoroso
De una campana de lejano templo,
Que en noche tempestuosa se columpia
Entre el bramido de huracan violento,

«Vino a herir mis oídos misteriosa,
De maldicion lanzando estos acentos:
«*No te hizo criminal codicia infame,*
Ni matando tuviste otro deseo

«*Que el de satisfacer la sed de sangre*
Que desde niño devoró tu pecho.
Ahógate pues en sangre! una hermosura
De la raza que acosas carnicero,

«*A vengar se prepara tus delitos.*
Tambien la inmolarás a tu protervo
Furor; pero ella en una i otra vida
Causa será de tu suplicio eterno!

«No bien cesó la voz, cuando a mis ojos
Mostróse una mujer de talle esbelto
I blanquísimas formas, parecida
Del paraiso a vaporoso ensueño.

«Del amor los hechizos respiraban
Sus ojos, tan azules como el cielo,
Su labio era coral, rosa su cútis,
Al sol daban envidia sus cabellos;

«I perdonadme, o padre; pero siempre
Que recuerdo los dulces embelesos
De aquel seno redondo que se henchia
Cual terso lago de la brisa al beso,

«Entónces reconozco que mil vidas
Habria dado yo porque ese seno

Un solo breve instante palpitara
Por el amor del desdeñado negro.
«Razon la voz tenia! . . . Al punto mismo
En que la ví, a estrecharla entre mis tiernos
Brazos me precipito, ai! insensato!
Su delicada mano de ella léjos
«Me rechazó con golpe tan terrible,
Como si fuera de acerado hierro.
Oh! que tú nunca me amarás, María?
La dije en desperado i triste acento.
— «*Amarte!* contestó, *yo amar al monstruo*
Mas infame que habita el universo!
A aquel que contra mí, flor indefensa,
Cometió sus mas bárbaros excesos!
«I luego prosiguió con un suspiro:
»Yo era feliz en el hogar paterno:
»Todos idolatraban mi pureza,
»Un jóven me adoró virtuoso i bello,
»Cuya mano a mi afecto prometia
»Rosado porvenir en dicha eterno.
»La víspera llegó de nuestro enlace,
»I la siguiente aurora iba ya a vernos
»Recibir del Ministro de las aras
»La sacrosanta bendicion. Mi pecho
»Con esta dulce idea palpitaba.
»Pues bien! qué furia atroz, sin un pretesto
»Para abonar su encono, aquella noche
»A convertir voló mi dicha en duelo,
»Incendió la morada de mis padres,
»Sembró de sangre i mutilados miembros
»Las alfombras del baile, malherido
»Dejó a mi esposo, asesinó mis deudos,
»I a mí i a un padre anciano arrebatónos
»A las guaridas del furor mas negro?» —

— «Fuí yo, fuí yo, María,» contestéla:
»Yo que oí referir cuánto embeleso
»Iba a gozar tu amante i tuve envidia
»De que un blanco estrechase tu albo seno!» —
— «¿Quién fué,» siguió la jóven, «quien mirando
»Burlado cuanto ardid pusiera en juego
»Para arrancarme la inocencia mia,
»Llevó mi anciano padre al sitio horrendo
»En donde de sus víctimas juntaba
»En fétido monton los esqueletos,
»I colocando allí dos asesinos
»Con puñal asestado hácia su cuello,
»Me dijo: *O va a morir tu padre al punto,*
»*O de tu honor me constituyes dueño!*
»I como yo pedia arrodillada
»Para deliberar un breve tiempo
»Clamó impasible: *No! ni un solo instante!*
»I abusó de mi triste desconcierto
»Para quitarme un bien que yo salvara
»Si consiguiera aquella gracia al menos?»
— «Fuí yo tambien, María, interrumpíla.
»Pero tú sabes el cariño estremo
»Con que te amé despues, i la mudanza
»Que en mi alma tus hechizos produjeron.
»Cuánto fué mi respeto a tus virtudes!»
— «¿I sabes,» añadió, «qué de tormentos
»Me habrias evitado si en seguida,
»Cual yo te lo pedí, me hubieses muerto?
»Oh! tú, por prolongar mi cruel martirio,
»No me quisiste oir, porque el acerbo
»Dia llegase en que mi amor me hiciera
»Por tí demostracion de su desprecio.
»¿I puedes aspirar a mi cariño
»Despues que se han cumplido tus deseos?»

— «Perdóname, María: eres un ánjel;
»Los ánjeles perdonan como el cielo!» —
— «Nó!» dijo, «ofensas hai que ni en la tumba
»Una mujer perdona!» — Con un eco
Terrible pronunciando estas palabras,
Despareció cual nubecilla al viento.
«Lo que siguió despues, yo no podria,
O padre, describirlo. — Solo tengo
La maldicion presente de tal modo,
De aquella jóven cuyo fin funesto
«A venir me impelió tras mi castigo,
Que de obtener mi gracia desespero.» —
SAC. — «Dios os perdonará si ella obstinada
La intimacion no cumple que os ha hecho.
«Mas la hora suena ya de vuestra muerte,
I a conduciros vienen: yo los siento.
Aun teneis que vivir hasta el suplicio.
Marchando dirijidla vuestros ruegos.» —

*

Las once sonaba la torre vecina,
I al punto se advierte que es la hora fatal;
El pueblo se mueve, se agolpa i camina,
I en olas se aumenta el rumor jeneral.
De igual aparato la cárcel se llena,
Ministros del Culto en grupos se ven,
Allí de soldados el hierro resuena,
Aquí del alcaide las llaves tambien.
Cerrojos se corren, del negro bandido
Inunda el tumulto la estrecha prision,
Le quitan los hierros, le sacan circuido
De frailes que entonan funesta cancion.
Con paso seguro, serena la frente,
Si bien va cubierta de palor mortal,

La vista inclinada cual de un penitente,
Se acerca Fernando hácia el vasto portal.
Allí crece el pueblo i riñe a porfía
Buscándose un puesto do observe mejor
El triste aparato, la faz que tenia,
Si llora, si tiembla el cruel salteador.

Las dobles hileras de armados que guardan
Aquel que seguro no juzgan aún,
Despejan el paso que opuestos retardan
Los diques que forma el curioso comun.

Dos frailes a un lado i al otro del reo,
Poniendo en su mano una cruz de marfil,
Le rezan i exhortan: en todo el paseo
La cruz él contempla con vista no hostil.

Llegado al suplico, subió tan gozoso,
Cual si le aguardara una pompa de honor,
Hincóse ante el ara, pidiendo humildoso
La audiencia postrera a su fiel confesor.

Oyóle el Ministro por un breve instante,
I apénas Fernando fué absuelto por él,
A la horca se acerca con paso triunfante,
Aparta al verdugo, le arranca el cordel:

Al pueblo asombrado serena mirada
Inmóvil dirije con mudo ademan,
I luego en su cuello estendió la lazada,
Sin dar un indicio de pena o de afan.

Elévase él mismo de la horca a lo alto
Con mano harto diestra i segura al subir,
Detiénese i rie, se arroja de un salto,
I empieza su cuello pendiente a oprimir.

Los pies i las manos se muestran en ello
Tan llenos de encono de sí destructor,
Que absorto el concurso, con largo resuello
Lanzó de sorpresa un acorde clamor.

El cuerpo en el aire sacúdese un punto,
I el rostro mas negro tomó la actitud
De alguno que mofa, al sentirse difunto,
La vida en que engaño creyó a la virtud.
Quedó luego inmóvil, jirando a ser visto
De aquel i este lado a impulso del viento;
El *credo* entonóse por su alma, i ya listo
Sonó, la agonía un lúgubre acento.
Empero a la turba simpática idea
Le impide sus ruegos al canto mezclar,
Talvez porque claro su enojo se vea
Contra el que la vida mostró tanto odiar.
Tres dias estuvo el cadáver suspenso,
Espuesto al rocío i al rayo del sol,
Concurso de dia contémplale inmenso,
De noche le alumbra desierto un farol.
Al fin de este tiempo, con furia hecho cuartos.
Dió adorno terrible a mas de un lugar,
Sobre altas espigas sus miembros ensartos,
Do mas crudos golpes en vida osó dar.
I al pié de aquel monte que albergue le diera
I mas largo tiempo sus crímenes vió,
A fin que hondo espanto de léjos pusiera,
La horrible cabeza mas alta se alzó.
I nadie contiguo a pasar era osado,
Temiendo que fuese de pronto a lucir
Furioso i terrible aquel ojo indignado
Que apénas parece en la muerte dormir.